

LA HIJA DEL MAESTRO DE ESCUELA



Xavier de Montepin



Lectulandia

Las personalidades contrapuestas de los dos hijos de un rico hacendado se enzarzan en una lucha por conquistar a una mujer, cada uno con distintas intenciones. En estos enfrentamientos cada uno tiene el apoyo de distintos personajes, malévolos unos, otros íntegros y honrados. Hay alguna escena que se puede considerar horrenda.

Lectulandia

Xavier de Montepin

La hija del maestro de escuela

ePub r1.0

Titivillus 13-07-2018

Título original: *La Fille du maître d'école*

Xavier de Montepin, 1860

Ilustraciones: Editeur. 1866 Ilustraciones de de la edición francesa: «Coco le baraquier». París.

Alexandre Cadot

Diseño de portada: manuelBgomez

Escaneo y OCR: manuelBgomez

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Capítulo I

Freysolles, aldea del Franco Condado, está medio oculta en un círculo de colinas coronadas por bosquecillos de abetos y frondosos viñedos.

A corta distancia se encuentra otra llamada Champcarré, situada en medio de una extensa llanura, en cuyos confines nace un riachuelo, casi siempre seco, llamado el Mortard.

Freysolles, la más importante de las dos, tenía presbiterio, iglesia y escuela. Era además cabeza de partido.

Esto excitaba en alto grado la envidia de los habitantes de Champcarré. Así que, en cuanto se encontraban reunidos, tanto las mujeres como los hombres, se insultaban y la mayor parte de las veces pasaban a vías de hecho.

En una tarde del mes de Agosto de 183... dos hombres caminaban, a corta distancia uno de otro, por el camino que conducía a Freysolles. A la vista de la aldea, el que iba detrás aligeró el paso para unirse con el que le precedía.

—El señor ¿va a Freysolles? —dijo quitándose el raído y sucio sombrero que cubría su cabeza.

El interpelado examinó con una rápida ojeada al que le había hablado, y contestó con cortesía:

—Sí, señor maestro.

—¡Jesús, María y José!... ¡Por lo visto me conocéis!

—Os veo por primera vez; pero los maestros se diferencian de los demás hombres, y a la legua se les conoce.

El hombre del sombrero no sabía si enfadarse o tomar a broma lo dicho por su compañero.

Éste era un joven alto, rojo más bien que rubio, de formas hercúleas y largos bigotes muy desaliñados. Aquel rostro poco simpático intimidó algún tanto al maestro.

—Tal vez os conozca yo también —concluyó por decir éste.

—Nada tendría de particular, pues el menos sagaz conoce que soy soldado. Pero, gracias a Dios, he concluido de llevar la mochila auestas. ¡Caramba, qué duro es el oficio para quien no le gusta!

—Todos los oficios tienen sus espinas, caballero —contestó sentenciosamente el maestro.

—¡Truenos! ¡Podéis hablar, cuando, después de azotar dos o tres niños y de cantar en la misa, os vais tranquilamente a casa al lado de vuestra esposa... y todo está dicho! Pero soldado, ¡vamos! ¡Bien se ve que no sabéis lo que es!... ¡Truenos y rayos!

El maestro creyó prudente variar de conversación.

—¿Fuisteis al servicio por haber caído soldado?

—Sí, señor —contestó el aludido—. Y aunque mi padre tiene dinero para comprar mil sustitutos, me ha dejado, como castigo de algunas niñadas, entrar en el regimiento, para servir el tiempo que marca la Ley.

El maestro de escuela se hizo todo oídos.

—¡Oh!, ¡oh! —exclamó. —¿Tan rico es vuestro padre?

—Os convenceréis de ello cuando sepáis que es el señor Leroux de Champcarré...

—¡Rico es... tenéis razón! Pero permitidme deciros, sin que os ofendáis por ello, que el señor de Champcarré nunca ha sido casado legítimamente.

—¡Pardiez, lo sé demasiado! Por eso me llamo Jacobo Bertrand.

El maestro se detuvo, mirando con el mayor interés al militar, y exclamó:

—¡Pero cómo os parecéis a vuestro padre... tenéis todas sus facciones! Dejadme que os abrace, pues ignoráis que sois sobrino mío... hijo de mi respetable prima Jacobina Bertrand Mucho hemos llorado a la desgraciada, y hemos sentido estar lejos de ella cuando falleció; pero se fue a vivir a Belfort... ¡estaba tan lejos!...

—Yo estaba en África cuando falleció mi madre —repuso el joven militar vivamente impresionado—, y hasta hace poco me han dejado ignorar tan sensible pérdida.

—¡Pobrecillo! —dijo el maestro—. Y ahora ¿qué vais a hacer?

—Lo primero ir a ver a mi padre, para preguntarle qué piensa hacer en favor mío.

—Nada desde luego.

—¡Bah! ¡Con qué calma decís eso! Si así fuese... ¡truenos!, pronto lo veremos.

—Por visto. Cuando muera os dejara algo, es indudable.

—Y mientras tanto ¿me moriré de hambre? —repuso el joven con vivacidad.

—¡Bah! —contestó el maestro cuyo nombre era Galoppot—; a vuestra edad nadie se muere de hambre. Luego aquí tenéis a toda la familia de vuestra madre y ésta os ayudara.

—Eso es pisar sobre huevos, y no me conviene. Mañana veré a mi padre, a quien no he vuelto a ver desde que iba a pagar la mensualidad en el colegio de Strasbourg. ¡Pero no crea que se va a reír de mí, como lo ha hecho de mi pobre madre! Tengo veintinueve años. Por lo tanto, vamos a hablar seriamente él y yo.

—Me parece bien que veáis a vuestro padre. Pero no os pongáis a mal con él; armaos de calma y prudencia. Mientras tanto, considerad mi casa como vuestra. No soy rico y tengo una hija; pero lo que hay en nuestra casa es vuestro. Para empezar vais a cenar con nosotros; pasaréis la noche en casa, y mañana iréis a ver a vuestro padre.

El joven aceptó, dando un abrazo a su tío.

En aquel instante llegaban al puente que la Municipalidad había edificado sobre el Mortard.

Desde aquel punto la vista se extendía a larga distancia, dejando al descubierto, al otro lado del río y detrás de un bosquecillo de seculares árboles, un caserón con paredes de una deslumbradora blancura, que era designada por los habitantes de Champarré con el pomposo título de *El Castillo*.

Los dos viajeros se detuvieron, y el maestro, señalando con la mano aquella morada, dijo a su sobrino:

—Hijo mío, allí vive vuestro padre...

—Supongo que me acompañaréis, tío —dijo el joven.

—Hoy no puede ser, sobrino; pero como estoy seguro de que vuestro padre no os retendrá a su lado, os espero para cenar.

—Ya os daré cuenta de lo que suceda —repuso el militar mordiéndose con despecho los bigotes.

Y, dando un nuevo abrazo al maestro, siguió su marcha.

Conforme el joven se aproximaba a la vivienda de su padre, sentía su corazón oprimírsele, y de pronto su atención se distrajo por la huida de un pobre anciano que en rápida carrera trataba de sustraerse a la persecución de un malintencionado dogo.

—No tengáis miedo, buen anciano —exclamó el joven—; he llegado a tiempo de libraros de los agudos colmillos de ese malhadado can...

Pero el anciano, como si nada oyese, seguía corriendo más de prisa, estrechando sobre su pecho una alforja muy abultada, y de la cual salía de vez en cuando alguna manzana.

—Es un merodeador —pensó Jacobo—, pero no importa.

Y dando un tremendo golpe con su garrote en la cabeza del perro, libró al anciano de su persecución. El animal, ante aquella dura agresión, lanzó un aullido lúgubre y entró corriendo en el castillo.

Pocos minutos tardó Jacobo en llegar a la vivienda del señor de Champarré.

—¡Triste hogar me parece la morada de mi señor padre! —dijo el joven determinándose a llamar.

Capítulo II

Para hallar el origen de la fortuna del señor Leroux de Champcarré, es necesario volver bastante atrás.

En la época de la emigración, el padre del millonario era procurador en Besançon; la promulgación de la ley del 30 de Marzo de 1791, al suprimir ese cargo, le arruinó, obligándole retirarse a Freysolles, donde compró algunas haciendas con ventaja.

Poco a poco su infatigable actividad, unida a su intachable honradez y esclarecida inteligencia, le formaron una clientela considerable, y con ella una pingüe fortuna.

Cuando llegó la revolución del 93, y casi toda la aristocracia emigró, gran parte de la fortuna de las más ricas familias del Franco-Condado quedó depositada en manos del exprocurador.

En la misma época, una señorita de la antigua y acaudalada familia de los Champcarré, de Freysolles, vivía sola en el castillo, con un niño habido en sus amores con un ayudante del mariscal de Soubise.

El abandono en que la dejaron sus padres a consecuencia de su falta la había irritado contra la aristocracia, y anhelaba la revolución como un bien.

No dejaba de comprender que su nombre, y sobre todo su gran fortuna, podían servir de pretexto para que se la atropellase quizás, y, deseando evitarlo, creyó prudente ocultar su título y hacienda al amparo de un plebeyo.

Dio parte de este proyecto al señor Leroux.

Éste vio una ocasión de aumentar su peculio y no vaciló en ofrecer su nombre a la señorita de Champcarré.

Al casarse legitimaron al niño, el cual, uniendo el apellido de su madre al del procurador, se llamó Leroux de Champcarré.

Cuando murieron su madre y el marido de ésta, se halló en posesión de una fortuna inmensa, pues muchos de los emigrados no reclamaron los depósitos hechos al señor Leroux, y la casa de éste llegó a ser una de las más poderosas de Francia.

Tuvo el buen sentido de no mezclarse nunca en asuntos políticos; así que conservó su fortuna intacta.

Tenía pocos amigos; vivía solo con un criado; jamás visitaba a nadie y nadie le visitaba tampoco.



La noche en que Jacobo Bertrand llamó a la puerta del castillo, el millonario, sentado en una silla de madera, delante de una clara y alegre llama producida por un haz de espinos, se calentaba.

A su izquierda, calentándose como su amo, se hallaba tendido un hermoso perro mastín, el mismo a quien Jacobo había dado el garrotazo momentos antes.

A su derecha, un aldeano de fisonomía inteligente y burlona, vestido con un traje de terciopelo rayado, daba vueltas entre sus manos a una caja de rapé.

Dicho aldeano parecía tener cincuenta años, contando en realidad sesenta; pero era vigoroso y su aspecto muy simpático.

Aquel hombre y el mastín eran los únicos amigos del señor Leroux de Champarré; y si hemos mencionado primero al perro, ha sido porque éste ocupaba el primer lugar en el afecto del millonario.

Una animada conversación mantenían el aldeano y el señor Leroux.

—¿Con qué derecho —decía el millonario— vituperan las gentes mi conducta? ¿Les debo algo? ¿Les pido algo? ¿No puedo disponer de lo mío a mi antojo? Si quiero dejar mis tierras sin cultivo, ¿no soy dueño de hacerlo? Creedme, tío Mathieu, todavía no han visto nada. ¡Mi testamento les dejará asombrados!

—No más que vuestro modo de vivir, señor Leroux —contestó el aldeano—. ¿Os parece que vuestra manera de vivir no es rara?

—¿En qué?

—¿Os parece que no es para maravillarse ver un hombre tan rico encerrarse en su casa como un topo en su agujero y dejarse morir de hambre en medio de sus paneras llenas de trigo, cual medroso ratón que fenece dentro de una hogaza por temor de que se la quiten si la deja un momento?

—No paso hambre. Soy sobrio en el comer, como otros son glotones, y hallo un

placer en mi comedimiento, como otros lo encuentran en la intemperancia.

—¡Extraño placer, caballero! Enflaquecéis: vuestro rostro se va pareciendo a un viejo pergamino. ¡Mirad vuestras manos! No parece sino que están cubiertas con una hoja de cebolla seca y que se agitan como la cresta de un gallo encolerizado. ¡Apenas os quedan seis meses de vida! Mientras que yo, con vuestra misma edad, estoy muy diferente. Tengo el vigor de un hombre de treinta años. ¡Vivir como vivís, no es vivir! ¡Sin duda os habéis hecho la promesa de dejaros morir!

El señor Leroux bajó la cabeza sonriendo.

—Lo que decís es casi verdad, Mathieu —murmuró—. Pero, si variase el género de vida, tengo por seguro que moriría más pronto.

—Hacéis bien, después de todo, en cumplir vuestro gusto... pero pronto os enterrarán.

—¡Qué placer tenéis en asustarme, Mathieu! ¿Creéis que temo la muerte?

—Creo que ése es vuestro único temor.

—¡Vamos! Por lo menos sois franco, y os quiero por eso.

—Poco me lo probáis. ¿Queréis seguir mis consejos?

—Sí, pero con una condición.

—Ya veis que no puede esperarse nada de vos.

—No quiero comprometerme.

—¿Por qué?

—Porque el hombre de juicio no debe ofrecer lo que quizás no pueda cumplir.

—Entonces no contéis más conmigo, porque es inútil interesarse por vos.

Y el aldeano se levantó incomodado, dirigiéndose hacia la puerta.

—¡Vamos, vamos, Mathieu! ¿Me vais a abandonar así? —dijo el señor Leroux.

Mathieu se volvió.

—¡Ahí tenéis a vuestro perro! —dijo—; ése os ama, y le amáis, porque nunca os contradice.

—¡Sois malo, Mathieu! Vuestros dientes son más dañinos que los de *Brillant*.

—Bien sabéis que, de todos vuestros amigos, soy el único que frecuenta vuestra guarida. Los demás huyeron, como las golondrinas cuando se acerca el invierno, en cuanto vieron que no os podían explotar ya.

—¡Triste, y solo, como dice Hamlet!

—Yo no sé quién es ese señor Omelet, a quien no conozco; lo único que sé es que tiene razón.

—Es bien triste, efectivamente, vivir siempre solo. Parece que aquí falta aire. ¡Uf! ... Me voy a mi casa. Por lo menos allí se respira.

—Esperad un momento, amigo mio. Cenaréis conmigo.

—¡Eso sí que no, señor Leroux! ¡No faltaría más!

—¿Por qué?

—¡No hablarían poco las gentes!

—¡Las gentes!, ¡las gentes! ¡Siempre las gentes! ¡Cómo las desprecio!

—Vuestro desprecio os lo devuelven.

—¡Qué me importa! Si quisiera, se arrodillarían todos a mis plantas.

—¿Eso creéis?

—Estoy seguro.

—Os engañáis. ¡Ahora, si os referís a un atajo de canallas como Juan Bregaudet y Justo Magnien, que serían capaces de tragarse el Mortard si fuera vino!... ¡Pero hay honrados padres de familia!

El señor Leroux dejó oír una estridente carcajada.

—Vos y vuestro hermano únicamente sois buenos y honrados.

—¿Y Zizi Follot?

El millonario se levantó, y tomando de un escondite hábilmente disimulado en la pared un fajo de papeles, dijo:

—Mirad —dijo al aldeano enseñándole un papel.

Éste vio con asombro una escritura de hipoteca de todos los bienes de Zizi Follot. Al leerla, el aldeano palideció.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —exclamó estupefacto.

—Ahora que ya estáis convencido de lo que puedo, veamos vuestro consejo, Mathieu.

—Es inútil, señor Leroux. Nada pueden mis consejos, al menos por lo que respecta a vuestros intereses. ¡Tenéis atados a todos de pies y manos!

—¿Y en cuanto a mi salud?

—No he recibido educación; pero Dios me ha concedido un sano criterio para ver claras las cosas, y en este siglo ver es saber. Os aconsejo, pues, que comáis y bebáis bien, y que pongáis al médico a la puerta, porque es un tuno redomado que se aliará con vuestros herederos para mataros cuanto antes. Ha hecho de vuestro cuerpo una verdadera farmacia y el día que el Diablo se lleve vuestra alma, ésta saldrá de una botica y no de un cuerpo humano.

En aquel instante, *Brillant* levantó la cabeza olfateando y gruñendo.

—¿Qué ocurre, *Brillant*? —dijo el millonario.

Una voz ruda exclamó, mientras daban sendos golpes en la puerta:

—¡Abrid, señor de Champcarré! ¡Abrid con mil diablos, que me he roto una espinilla!

El señor Leroux se levantó pausadamente, y, volviéndose hacia el aldeano, murmuró:

—El que así llama es algún beodo.

Y acercándose lentamente a un ventanillo practicado en la puerta, desde el cual divisaba al recién llegado, le preguntó:

—¿Quién sois, y qué queréis, para llamar de ese modo?

—¡Pardiez, abrid! —repuso el interpelado—, ¡y luego os diré quién soy! ¿Tenéis miedo, por ventura?

—Habéis de saber, señor insolente, que no recibo en mi casa ni a beodos ni a

mendigos. Por lo tanto, largaos u os descerrajo un tiro.

—¡Hola!, ¡hola! —exclamó el interlocutor—; sois poco amable y poco cariñoso, señor Leroux. Habéis de saber que no soy ni beodo ni insolente, y si sólo un militar que pide hospitalidad.

—¿Tenéis la boleta de alojamiento?

—Lo que tengo son buenas suelas en mis botas, y con ellas voy a derribar la puerta si tardáis en abrirla.

El señor Leroux se volvió hacia Mathieu, consultándole con una expresiva mirada. El aldeano se encogió de hombros como diciendo:

—Somos dos; ¿qué teméis?

Al ver aquel ademán, el millonario abrió la puerta.

Capítulo III

¡**D** iablo, papá! —exclamó el joven al entrar—; ¡no os habéis hecho tirar poco la oreja para abrir la puerta! Afortunadamente no hacía frío afuera; sin eso, habría tenido tiempo de quedarme helado y tieso como una momia.

Y, acercándose al señor Leroux, refunfuñó con aire displicente:

—¡Poca prisa tenéis por contemplar a vuestro primogénito!

El anciano se aproximó al joven, a quien reconoció al punto, exclamando:

—¡Vos aquí, Jacobo! ¿Cómo os habéis permitido... sin mi permiso?...

—¡Ah, pardiez! ¡Vaya un recibimiento después de ocho años! Pero ¡qué veo! ¡Estáis temblando! ¿Os doy miedo por ventura? ¿Me rehusáis el abrazo de bienvenida? Ya me habían dicho que erais un ser extraño y lo creía una exageración; pero veo que se han quedado cortos. ¡Yo, que llegaba loco de alegría, creyendo que me ibais a abrir vuestros brazos para estrecharme con amor en ellos! ¡Yo, que me extasiaba de antemano creyendo que gozaría al fin de esa ternura de que tan ávido estoy, puesto que siempre he estado privado de ella; que contaba también con que me abrierais vuestra bolsa, puesto que nunca he sabido de qué clase son los escudos paternos! ...

—Ante todo, caballero, sed más cauto en vuestra manera de expresaros; y puesto que os habéis permitido entrar en casa de vuestro padre como se entra en una cuadra cualquiera, no os quejéis de que no se os trate con consideración.

Al oír esto, el joven se volvió muy serio.

—Acabo de atravesar inmensas campiñas —dijo—, que me han dicho son vuestras, y las cuales dan una idea justa de los desiertos de la Sonora. He llamado a vuestra puerta y la he encontrado cerrada; creo inútil llamar a vuestro corazón, porque me lo figuro tan sordo como vuestra puerta. Sois más árabe que cien beduinos juntos. ¡No vengo a pedir os una limosna... no, señor! Vengo a saber qué conducta pensáis observar conmigo.

—¿Venís a pedirme cuentas? He hecho más de lo que debía; nuestras cuentas están saldadas por lo tanto. Sed prudente, y salid de mi casa. Sin embargo, os diré antes una cosa. Cuando muera, seréis uno de mis herederos; pero, mientras tanto, conducíos bien y guardaos de molestarme, porque os desheredaré.

—¡Ah, viejo pícaro! —exclamó el joven encolerizado—. ¿Habéis creído que me voy marchar así, como un pordiosero? ¿Me habéis tenido diez y siete años en un colegio, para echarme hoy al mundo sin dinero y sin saber adónde ir? ¿Por qué no me habéis hecho aprender un oficio con el cual hubiese podido ganar mi sustento? Hoy no tengo más remedio sino saltarme la tapa de los sesos. ¡Y sois mi padre!, ¡y sois millonario!

Al decir esto, el joven se acercó amenazador al señor Leroux de Champcarré.

—¡Desgraciado!... ¿qué hacéis? —exclamó el tío Mathieu; ¿amenazáis a un anciano?

—Y a ti te voy a romper el espinazo, palurdo.

El aldeano se sonrió.

—¡Eso es un decir, amiguito! Os falta aún que comer mucho pan para asustarme.

El soldado soltó una carcajada, desafiando con la mirada al aldeano.

El tío Mathieu asió de las muñecas al joven, y con una fuerza que no se podía suponer en un hombre de su edad, le obligó a sentarse.

—Hablad ahora con tranquilidad y sensatez, joven, porque la cólera es mala consejera y creedme: la cordura os cuadrará mejor que la soberbia.

—Nada tengo que decir —murmuró Jacobo amostazado.

Al verle sereno, el señor Leroux le dijo:

—Soy ya viejo y achacoso: la escena que acaba de tener lugar me ha hecho mucho daño. Marchaos: tengo necesidad de hallarme solo para descansar.

—¿Me echáis? —exclamó Jacobo.

—Ya os he dicho que necesito descansar.

El joven tomó su maletín y su bastón, y salió sin saludar, oyendo cerrar la puerta sobre sus talones.

Entonces, volviéndose hacia la casa, exclamó amenazándola con el puño cerrado:

—¡Me marchó, pero volveré... y desgraciado de ti entonces! ¡Tú, que dicen eres mi padre!...

Y después de esta amenaza se dirigió con paso ligero hacia Freysolles.

Cuando quedó solo con Mathieu, el señor de Champcarré se mostró pensativo.

—¿Puedo marcharme? —preguntó el aldeano.

—Sí —respondió el señor Leroux—. Al amanecer estaré en vuestra casa.

Mathieu, después de dar las buenas noches, salió tan deprisa como momentos antes lo había hecho el hijo del señor Leroux.

En cuanto dejó de percibir el ruido de los zuecos del aldeano, el millonario se apresuró a atrancar con dobles barras de hierro la puerta y la ventana del piso bajo; hecho esto, subió al cuarto principal, entrando en una estancia contigua a su cuarto de dormir. Aquella habitación era espaciosa, aunque parecía reducida por la aglomeración de muebles que en ella había.

En primer lugar, una inmensa y vetusta cama de encina esculpida; a lo largo de la pared, una infinidad de almohadones de diferentes formas y dimensiones, formando una especie de diván oriental, y una gran cómoda con incrustaciones de cobre.

En un angulo, sujeto la pared por fuertes grapas de hierro, un armario de encina negra, pero de forma tan singular, que más bien que armario parecía un ataúd; debajo de este mueble había una gran arca de la misma madera, cerrada con triples candados; tanto ésta como el armario estaban cubiertos de polvo, de tal modo adherido a las ranuras, que dejaban suponer no habían sido abiertos hacía tiempo.

El millonario trató de sacar el arca de su sitio; pero, viendo que ni siquiera podía moverla, tiró del cordón de una campanilla.

Al momento se presentó un joven muy robusto.

—Miguel —le dijo el señor Leroux—, es preciso bajar este arca.

El joven cargó, no sin trabajo, con el pesado mueble y lo ocultó en la cocina, debajo de un montón de sacos que estaban preparados para llenarlos de trigo y centeno.

—Esta noche dormirás aquí —le dijo el señor Leroux—; pero antes de recogerte subirás a mi cuarto.

—Así lo haré, señor —respondió Miguel, único criado del señor Leroux de Champcarré.

Éste desempeñaba una infinidad de cargos, y estaba pésimamente retribuido por su amo, a quien la avaricia impedía ser más generoso; pero el joven se arreglaba de tal modo que todavía hacía algunas economías al finalizar el año.

Miguel era el mayordomo del señor Leroux: cuidaba de sus caballos, bueyes, jardín y de cuanto poseía su amo. Era su guardabosque; impedía que se pescara en las charcas de su señor, si bien él lo hacía, comiéndose lo mejor y vendiendo lo que le sobraba, cuyo importe, como asimismo el de la leña, gallinas, vino y fruta se reservaba lindamente.

En cambio su amo sólo le daba un traje completo al empezar el invierno, y doscientos francos al año.

El señor Leroux conocía perfectamente los tratos ilícitos de su fiel Miguel, pero nada le objetaba, porque aquel criado conocía todos sus secretos.

Miguel subió a recibir las órdenes de su amo.

—Mañana a las cinco —dijo el señor Leroux— tendréis preparado el carro pequeño con el arca, porque voy a Freysolles.

—Muy bien, señor. Que paséis buena noche.

Y el criado se recogió, mientras su amo seguía trabajando.

Capítulo IV

Después de separarse de su sobrino, el maestro de escuela se encaminó rápidamente hacia Freysolles. Al llegar a la aldea, fue a tocar a la iglesia la oración, pues ya era la hora; después se encaminó a su casa frotándose las manos con alegría.

—¡Buen negocio! —murmuraba—. El viejo poco puede vivir; el joven es nuestro.

Su mujer le esperaba en la puerta. En cuanto reconoció las pisadas de su marido, exclamó:

—¡Julia! ¡Julia, trae pronto una luz, y mira a tu padre! ¡Vaya un ejemplo para un maestro de escuela!

A las voces apareció una joven hermosa, de esa hermosura que ha dado en llamarse hermosura del Diablo. Es decir, que era alta, robusta, rubia, fresca y colorada.

—Viene borracho —dijo, sin atreverse salir.

—¡Basta, pedazos de bestias! —dijo el maestro con tono grave—; ¡adentro, y pronto, que tenemos que hablar de cosas muy interesantes!

Y empujando a la madre y a la hija, les siguió diciendo:

—¿Qué hay de cenar?

—Puré de guisantes y tocino frito.

—¡Buena cena para convidar a un amigo!

—Pues ¿qué necesitas, goloso? ¿Acaso habrá que ponerte un plato de chochas y una pava asada?

—¡Tanto no, mujer, pero sí una polla asada, porque he convidado a cenar a nuestro sobrino el militar que llega de África!

—Y a mí ¿qué me importa tu sobrino? ¿Qué tengo que ver con tus antojos y tus prodigalidades?

—Pero, tonta, ¿no comprendes que mis razones tendré cuando le he convidado? Y volviéndose hacia su hija añadió:

—Anda, hija mía, ve a componerte para seducir tu primo.

En cuanto desapareció la joven, el maestro se acercó a su adusta mitad, diciéndole muy quedito:

—¿No comprendes, tonta, que ese sobrino es el hijo de mi prima Jacobina y del señor Leroux de Champcarré? Éste está muy enfermo, pronto morirá, y Jacobo será, rico... muy rico. Llega de África, donde no ha visto más que beduinas. Julia es hermosa, y, si llega a gustar al primo, éste se casará con ella, y, siendo ellos ricos, lo seremos también nosotros. ¿Comprendes ahora mis manejos?

—¡Tienes razón! No hay tiempo que perder; echa un haz de leña al hogar,

mientras voy a retorcer el pescuezo al mejor pollo del corral para obsequiar a nuestro futuro yerno.

En esto apareció Julia, vestida con más coquetería que gusto, pero esplendente, pues ya hemos dicho que poseía la hermosura del Diablo y tenía de diez y ocho a diez y nueve años.

—¡Oh, hija mía! —exclamó su padre al verla—; eres una maravilla. Tu primo se envanecerá de ser pariente tuyo.

La joven no contestó, pero se sentó con el mayor estudio para no perder nada de su gravedad y evitar que su vestido de alepín formase la menor arruga. El tiempo pasaba, y el primo tan codiciado no parecía.

EL maestro de escuela dejaba ver su contrariedad, la cocinera su impaciencia, y la joven parecía haberse petrificado, tan grande era su inmovilidad. Por fin, pasos precipitados se dejaron oír.

—¡Ya está aquí! —exclamó el maestro.

Y de un salto llegó a la puerta, abriéndola para dar paso al huésped que Dios o el Diablo le enviaba. Pero al ver su aspecto retrocedió.

—¡Dios mio! —exclamó—. ¿Qué os ha sucedido, sobrino?

—¡Mil truenos le confundan a ese viejo canalla! ¡Le juro que me las pagaré todas juntas!

—Pero entrad, sobrino. ¿Qué os ha sucedido?

El joven, viendo a Julia, dijo:

—Dispensadme, adorable ninfa que me presente ante vos en un estado tan lastimoso. Pero como no conozco este país, y es de noche, me he caído en un barranco, y he aquí explicado el estado en que me presento. Ahora, tío —dijo dirigiéndose al maestro—, conducidme adonde pueda arreglarme un poco.

Introdujeron al joven en una estancia contigua. Mientras se aseaba lo mejor posible, Jacobo examinaba con cuidado la disposición de aquella habitación, situada en la planta baja y con una gran ventana al jardín.

—Tomemos apuntes en la memoria —dijo para sí aquel Tenorio—. Esta estancia es la de la primita, que no es de despreciar, aunque sus mejillas se asemejen a tomates demasiado maduros. Pero ¡bah!, dejemos de pensar en esto, hasta que esté el estómago repleto. Ahora vamos sin perder tiempo a saludar a las señoras. Ante todo seamos galantes.

Como sólo se le esperaba a él para comer, se sentaron enseguida a la mesa.

El maestro le colocó entre su esposa y su hija.

—¡Sobrino, nada de ceremonias! Comed y bebed a vuestro antojo.

—¡Pero, tío, si como lo mismo que un ogro!

Julia, dirigiéndose a su primo, le dijo:

—Un poco más de puré, amigo mío.

—¿Os gusta, sobrino? —preguntó el maestro.

—Más me gusta mi prima —pensó el joven, pellizcando el brazo a ésta.

—¿Y qué tal os ha recibido vuestro padre?

—No mal del todo —respondió el taimado, no queriendo dar su brazo a torcer, por miedo de que el tío le prohibiese volver a su casa.

—Me alegro infinito —contestó el maestro, engañado por la tranquila respuesta del joven—, pues no os podéis figurar el interés que me inspiráis.

—Gracias, tío. Mathieu os afirmará lo que acabo de decir, a tal punto que éste me ha ofrecido de seguida cuanto quisiera... ¡en cuestión de dinero, por su puesto! Pero le he dado las gracias, porque no me hace falta.

—El tío Mathieu ¿os ha ofrecido dinero?

El maestro miraba a su mitad, que se hallaba en un estado de agitación imposible de describir. Sus miradas se habían cruzado, y Dios sabe si ambas eran elocuentes.

—Pero ¿os ha ofrecido algo seguro el señor de Champcarré?

—Me ha dado a entender que su fortuna era inmensa y que, a su muerte, la mayor parte será mía.

—Lo primero que os ha dicho, es cierto, pues posee varios millones; pero, para obtener lo segundo, tenéis que daros mucha maña, porque el viejo es muy astuto y nadie sabe lo que piensa ni en dónde coloca el dinero.

—Con que me deje un millón, me contento —dijo Jacobo—; entonces elegiré esposa, buscaré una joven que me guste... así como mi prima Julia, por ejemplo.

—¡Oh, primo, qué amable sois! —repuso ésta; mientras el color de sus mejillas subía.

—¡Oh, sobrino, sobrino! —exclamó el maestro entusiasmado—; dejadme que os estreche contra mi corazón.

Después de una corta pausa añadió:

—¿Me habéis dicho que Mathieu os ha, ofrecido dinero? Desconfiad de ese taimado. Si acaso os lo da, ya sabréis algún día lo que os cuesta; es muy usurero. Desgraciadamente no soy rico; pero, si necesitáis algo, recurrid a mi bolsillo, que no os cobraré interés alguno.

El truhan no esperaba más que semejante ofrecimiento. Pero, siempre prudente, se contentó con decir:

—Sintiendo en el alma abandonar tan amena compañía, me veo obligado a partir, pues de aquí a Champcarré hay todavía una larga caminata.

El maestro no le dejó acabar y se apresuró decirle:

—Os marcharéis mañana, sobrino: vuestro lecho os espera, y me tendría, lo mismo que mi esposa e hija, por ofendido si no pasabais la noche en nuestra casa.

—Por no disgustar mis amables y hermosas primas, me quedaré. Pero antes de separarnos me permitirán que las abrace.

—¡Eso es natural entre primos! Jacobo abrazó a la hija y a la madre, y creemos no pecar de exagerados al decir que no sólo usó de la licencia, sino que abusó un tanto de ella.

Capítulo V

Al maestro le fue imposible dormir aquella noche; pero su insomnio fue un delicioso sueño, pues se veía riquísimo, obsequiado, adulado, festejado por todas aquellas gentes de quien había sido siempre humilde servidor. Dieron las cinco.

—¡Jesús, María y José! —exclamó—. ¡Las cinco ya! ¡Bárbara!... ¡mujer, levántate pronto! ¿No recuerdas que te dije anoche que iba salir muy temprano con el sobrino? Prepara el café mientras me visto.

La señora Bárbara, que así se llamaba la esposa del señor Galoppot, maestro de la escuela de Freysolles, saltó del lecho y vio a su hija Julia ya vestida y tan compuesta como el día anterior.

—Corro a llamar al huésped —dijo el maestro.

Cuando llegó la habitación en donde éste había pasado la noche, llamó discretamente; pero los sonoros ronquidos del soldado le mostraron la inutilidad de su discreción. En consecuencia, pasado un momento de vacilación, entró y puso la mano en el hombro del joven.

Éste abrió los ojos, diciendo:

—¿A qué me despiertas tan temprano, imbécil?

—¿Con quién te las tienes, muchacho? —dijo el maestro estupefacto.

Jacobo se incorporó en el lecho.

—Dispensad, tío —balbuceó—. Creía que era ese idiota de Rouillart, mi camarada, que se divertía en despertarme todos los días una hora antes de la diana.

El rostro del maestro se serenó, y con amabilidad preguntó al joven:

—¿Habéis dormido bien, querido sobrino?

—¡Muy bien!... gracias. ¿Y vos?

—Yo también; pero vestíos pronto, porque tenemos que ir visitar a la familia de vuestra difunta madre.

El joven saltó del lecho, y al tomar el pantalón dijo:

—¡Habrás visto suerte igual a la mía! ¿Cómo me habré compuesto para perder todo el dinero que tenía en los bolsillos? He perdido diez luisas.

—Eso no es nada: se reemplazarán.

En pocos minutos el joven estuvo aviado; bajaron luego, y después de abrazar a las dos mujeres se sentaron a la mesa, pues les esperaba un succulento almuerzo.

Cuando llegaron a la calle, el maestro tomó la mano de su sobrino, dejando en ella cuatro luisas.

—Gracias —dijo éste—; ya sabéis, que lo tomo como préstamo y que os lo devolveré con interés.

—Me ofendéis, sobrino —dijo el maestro—. Os prohíbo me volváis a hablar

nunca de semejante miseria.

—¡Bueno, bueno! Ya sabré corresponderos. Pero ¿adónde vamos ahora?

—A casa de un tío nuestro que se llama Diodot Maillard, y que es muy rico, pero más tacaño aún que vuestro padre.

Diremos en dos palabras que todos los parientes a quienes visitaron les recibieron de la misma manera; es decir, mal. Reconociendo todos la gran semejanza que existía entre el señor de Champcarré y el joven, y deduciendo de esto que debía ser hijo suyo y que sería su heredero por esta circunstancia, se alegraban no obstante de que fuese de la familia; mas es probable que, si hubiesen creído que iba a ser siempre pobre, le hubieran apedreado para que no volviese a pensar en ellos.

Cuando llegaron al confín de la aldea, junto al cerro donde nace el río Mortard, el joven vio con satisfacción un pequeño chalet construido en la pendiente de la colina, como si lo hubiesen colocado allí para que las aguas del río reflejasen su dibujo.

—¿De quién es esa casita tan rara y tan linda? —preguntó el soldado.

Capítulo VI

Pertenece a otro sobrino nuestro —respondió el maestro.

—¡Pero, para vivir así, tiene que ser loco!

—Loco precisamente no, pero idiota sí. No habla con una docena de personas al año, sin embargo de ser bien educado. ¿Queréis creer que se permite escribir versos y mandárselos a Julia?

—¡Diablo! ¿Y cómo se llama?

—Como su madre: Montant. Pero nadie le llama sino *Coco el Barraquero*.

—¡*Coco el Barraquero*! No me disgusta, el nombre; pues, aunque diminutivo de Francisco, es tan original como la casa y su situación. Pero ¿qué significa *Barraquero*?

—Pues quiere decir dueño o habitante de un barrio. *Coco* ha nacido, según dicen, en la cabaña o barraca de un carbonero, en los montes pertenecientes al señor Leroux de Champcarré.

—Habéis despertado mi curiosidad. Vamos a verle: tal vez sea una víctima como yo. ¿Vive solo?

—¿Quién queréis que viva en ese nido de cigüeñas?

—A los poetas les gusta la soledad.

—Forzosa para *Coco*; es feo como el Diablo, pobre como Job, y además idiota.

—¿Sabéis que me puedo enorgullecer de mis parientes? Excepto vos, no he encontrado sino gentes tacañas, ebrias o idiotas. ¡Por vida de!... ¡aunque no hubiese llegado a conocerlos!...

En esto llegaron tío y sobrino a una pequeña empalizada, que se abrió al empujarla; la franquearon, y llamaron poco después a la puerta de la casa.

Nadie contestó, pero se oyó un pesado paso aproximarse. La puerta se abrió de pronto, dejando ver en el dintel a un hombre.

Éste merece una ligera descripción.

Podía tener unos treinta años. Sus espaldas estaban encorvadas como las de un anciano; su frente, muy despejada, estaba adornada por ligeros rizos de cabellos negros como el ébano; su rostro, de un óvalo demasiado prolongado, estaba iluminado por hermosos ojos negros.

Miró con sorpresa a los dos visitantes, y al reconocer al maestro de escuela lanzaron sus ojos vividos destellos.

—¡Venís a verme! —preguntó con voz sorda dirigiéndose a éste.

—Sí —contestó el señor Galoppot—, y os presento a vuestro primo Jacobo Bertrand, a quién no conocéis: es hijo de vuestra tía Jacobina.

—Entrad —dijo lacónicamente *Coco*.

La planta baja de aquel lindo chalet se componía de una sola pieza, pero que merece fijar nuestra atención.

En el ángulo más oscuro se hallaba colocado un inmenso lecho de roble, esculpido tan primorosamente que el más delicado de los aficionados lo hubiera elegido entre mil.

Este lecho estaba medio oculto, por colgaduras de rico lampás. Algunas sillas, varios taburetes y diversos mueblecitos que parecían chucherías adornaban aquella estancia. Sobre una mesa-velador, obra maestra de arte, se veían algunos libros y todas las herramientas necesarias al hábil y paciente tallista.

—¿Sabéis, querido primo —dijo el soldado—, que vuestra morada se asemeja a un museo? Todos estos muebles están tan primorosamente tallados como las mejores obras de arte... No creáis que es una lisonja banal que os dirijo; expreso sinceramente lo que siento.

—Gracias —contestó lacónicamente *Coco*.

Jacobo Bertrand examinaba atentamente a aquel extraño ser. ¿Cómo hacerle hablar? —se decía.

Después de una corta pausa añadió:

—Si algún día me fijo en Freysolles, vendré a suplicaros que me fabriquéis alguna de estas preciosidades.

—Sentiría no poderos complacer —repuso *Coco*.

—¿Entonces no os mantenéis con el producto de vuestro trabajo?

Capítulo VII

No. —¿Mendigáis acaso?

—Tampoco.

—¿Sabéis, primo que sois bien lacónico, y sería más fácil hacer hablar a las murallas de Constantina que a vos?

—Tal vez tengáis razón.

—¿No sois nunca más comunicativo que ahora?

—Jamás.

—Entonces perdonad mi impertinencia.

—Vuestra curiosidad es natural, y está perdonada.

—¿Me permitís os visite de vez en cuando?

—Como gustéis.

—Y vos ¿iréis a verme?

—No.

—¿Por qué?

Coco no contestó.

—¿Tenéis odio al género humano? —dijo riendo el soldado.

—Sí.

—Pues, ¿qué os han hecho para odiar de ese modo a los hombres?

—Nada.

—Entonces tienen razón en decir que sois...

—Loco —respondió *Coco*.

Jacobo Bertrand acogió aquella afirmación con una carcajada; pero el maestro de escuela, trémulo de impaciencia, le señaló la puerta.

—Vámonos —dijo—; ¿qué diablos queréis que os diga ese idiota?

Coco miró de pies a cabeza al maestro con el mayor desprecio, recobrando al punto su atonía habitual.

—Por el contrario —dijo Jacobo— quedémonos; me divierte mucho mi primito. Debéis aburrirlos, primo —añadió el soldado.

—Algunas veces —contestó *Coco*.

—¿Y por qué no adoptáis otro género de vida?

Coco se puso una mano en el corazón, con la mirada fija en el maestro, cuya turbación aumentaba por momentos.

Jacobo Bertrand, dirigiéndose a *Coco*, dijo:

—¿Queréis venderme esa mesita tan primorosamente esculpida?

Coco hizo una señal negativa.

—¿Sabéis, primo, que si no fueseis loco, seríais por demás insolente?

—¿Por qué?

—Os pido me vendáis ese mueble...

—Y os contesto que no.

—Tal negativa la tengo por un insulto.

—Tomadlo como gustéis.

—¿Luego vuestra intención era tal?

—Sí.

El militar se puso pálido de coraje.

—¡Vámonos! —dijo el maestro de escuela levantándose.

—¡Irnos —repuso Jacobo Bertrand—, cuando ese imbécil se divierte insultándonos!

Y volviéndose *Coco* dijo:

—Si no tuviese presente que sois loco, os diría lo que hace al caso.

—Podéis decir cuanto gustéis.

—Que os voy a dar una senda paliza.

—¡Probad!

El militar dio un paso atrás, como para aprestarse a la lucha; pero, soltando una carcajada, exclamó:

—No quiero empezar, primo, porque haría con vuestro cuerpo un desaguisado.

Coco se levantó con la mayor calma y se aproximó a una ventana que daba a un jardincito. La abrió, fijó su mirada en un cuadrante solar, y con gran tranquilidad dijo:

—¡Son las cinco!

—¡Manera indirecta de decirnos que estorbamos! —exclamó encolerizado el militar.

—¡Precisamente! —repuso *Coco*.

—¡Ira de Dios! —aulló el soldado; y se lanzó hacia el supuesto idiota.

Pero, antes de que se le acercara, dos manos de hierro le cogieron por los hombros, empujándole con fuerza hacia la puerta, en donde se reunió al maestro; pues éste, durante la discusión de los dos primos, había salido prudentemente.

La puerta se cerró detrás de Jacobo.

—Nada perderás por esperar —dijo éste furioso y dando un puñetazo en la puerta.

El maestro y su futuro yerno tomaron el partido de marcharse.

Capítulo VIII

¿**A** qué os obstináis en buscar querrela a *Coco*? —preguntó el maestro—. Los idiotas son temibles y doblemente peligrosos. La vida de un hombre no es nada para ellos; inconscientemente lo matan, y nadie les castiga teniendo en cuenta su falta de intención.

Jacobo Bertrand estaba furioso, formulando toda clase de amenazas contra *Coco*.

—Pero ¿por qué odiáis tanto a vuestro primo? —dijo el maestro.

—Porque me cargan todas las gentes de este país —respondió Jacobo—; en cuanto tenga dinero, veréis qué baile armo con todos ellos.

—Y haréis bien. Pero tenéis todavía que esperar bastante.

—Tal vez no tanto como suponéis.

—¿Está peor el señor Leroux?

—Antes de un año habrá dejado de existir.

—Larga es la fecha —dijo *in petto* el maestro—, si te he de mantener durante ese tiempo.

Sin embargo, se tranquilizó pronto pensando que, casándose Jacobo con su hija, le pagaría centuplicado cuanto hubiera hecho por él. Dos cosas turbaban hondamente el espíritu del pobre maestro.

La primera era si Jacobo sería el único heredero del señor Leroux de Champcarré.

La segunda, si, en el caso de heredar, se casaría con su hija. Esta doble hipótesis sumía al ambicioso maestro en una perplejidad fácil de comprender.

—¡Bah!, ¡bah! —se dijo como conclusión—. Es imposible que, por lo menos, Leroux no deje cien mil francos a su hijo. Eso sería infame, poseyendo millones..., pero aun con esa suma me conviene para mi Julia.

Y completamente tranquilo en cuanto al porvenir, el maestro, para seducir más al joven, dijo:

—Jacobo, ya habéis visto el recibimiento que os han hecho todos los parientes. Os aconsejo que no volváis a ver a ninguno; pero no os privéis de nada, pues ya sabéis que cuanto poseo es vuestro.

—Gracias, tío. Sois mi único amigo. No lo olvidaré nunca, pero tampoco debo abusar de vuestra condescendencia. Voy a marchar a Besançon, a dar un asalto, que siempre me valdrá unos quinientos francos.

—¡Quinientos francos por un asalto!

—Que durará a lo sumo tres horas.

—¡Oh! —exclamó el maestro maravillado.

—En Marsella he ganado mil francos por tres *botas*.

—¡Cómo!, ¿*botas*?

—¡Sí, tres *botas*!

—Entonces serían doradas.

El soldado se echó a reír, pero no creyó oportuno explicar al maestro la teoría de la esgrima y se contentó con decirle que la palabra *botte*, en el tecnicismo de la esgrima, equivalía a asalto.

Así hablando, habían llegado a la casa-escuela.

La señora Bárbara les esperaba impaciente.

—¡Ah, sobrino! —dijo al joven—; habéis tenido una visita... ¡un hombre con una barriga! ¡Jesús, qué panzudo!... y con una corbata blanca tan grande, que podría servir de pañal para algún chiquillo. Viendo que no estabais, y cansado de esperar, ha dicho que volverá, esta noche o mañana.

Capítulo IX

A pesar de los variados incidentes de aquel día, algunos bastante enfadosos para Jacobo Bertrand, éste se mostraba muy alegre. Apresurémonos a decir que Julia entraba por mucho en esa alegría.

La robusta joven empezaba a tener bastante confianza con su primo, y se permitía hacerle algunas preguntas indiscretas, que Jacobo contestaba de la misma manera; pero los equívocos del soldado no parecían intimidar ni disgustar a la joven.

En un momento dado llamaron.

—Entrad —dijo el maestro, pues la puerta estaba sólo entornada.

Un hombre grueso, completamente calvo y de una estatura regular se presentó.

—¿A quién tengo el honor de saludar? —preguntó el maestro al recién llegado.

—Soy el doctor Brochet —contestó aquél con tono casi descortés.

—Ese caballero es el que ha estado en busca del sobrino —dijo la señora Galoppot.

—¿Me buscáis? —preguntó Jacobo sorprendido.

—Quisiera —contestó el doctor— hablaros en particular.

—Tened la bondad de seguirme —replicó el militar.

Ambos entraron en la habitación que ocupaba Jacobo.

—¿Qué tenéis que decirme, caballero? —preguntó el joven.

—Ante todo —respondió aquel personaje—, me vais a dispensar mi atrevimiento, y jurarme contestar con la misma franqueza que uso con vos. Escuchadme primero: después de haberme oído juzgaréis y contestaréis. Y para que no veáis en mí un intrigante, a una persona completamente desconocida, empezaré por deciros que soy el médico de Champcarré. ¿Comprendéis?

—Absolutamente nada. ¿Qué me puede importar que seáis o dejéis de ser el médico del señor Leroux?

—No disimuléis vuestra sorpresa... la leo en vuestro semblante. Vuestro padre tiene en mí gran confianza y creo haceros un favor al deciros, poco más o menos, la fecha del fallecimiento del señor de Champcarré.

—Efectivamente me haríais un favor al precisar esa fecha, porque espero variar entonces de posición.

El médico miró atentamente a Jacobo, y, sacando de su bolsillo una cartera, le dijo:

—Antes de contestaros, haced el favor de tomar esta cartera, cuyo contenido me devolveréis el día que seáis millonario.

—Caballero —dijo el joven—, vuestra conducta me sorprende en extremo, y apreciaría mucho saber qué os impulsa a hacerme este favor sin haberlo solicitado.

—Tomad sin escrúpulo. ¿Quién os dice que no sea el intérprete del señor Leroux de Champcarré?

—Si así fuese, me haríais muy feliz y aceptaría gustoso.

—Debéis suponerlo, cuando no os pido recibo de ninguna clase. Deseo sólo que me consideréis como a un verdadero amigo, y que contéis siempre con mi cooperación en cuanto necesitéis.

—Os prometo hacerlo; pero si necesitase dinero, sería contra recibo; si no, no aceptaría.

—¿Será honrado este truhán? —se decía el médico—. Entonces he errado el golpe.

Por su lado, Jacobo se decía:

—Debo insistir; no vaya a creer este médico que soy un perdido. En cuanto a la devolución del dinero es otra cosa: si heredo, poco me importará hacerlo. Si es lo contrario, cuando lo haya gastado, él verá de dónde se resarce con recibo y sin él...
¡Al que nada tiene, el Rey le hace libre!...

Y volviéndose al médico añadió:

—¿Qué plazo me concedéis, caballero?

—Pongamos dos años.

—¿Luego vuestro cliente vivirá aún ese tiempo?...

—No. Fallecerá mucho antes. Pero las particiones no estarán concluidas antes de ese tiempo. ¿Os dirigiréis, pues, a mí siempre que necesitéis dinero? —añadió.

—¡Por supuesto!

Y alargó al médico el recibo que acababa de firmar, después de cerciorarse de que la cantidad encerrada en la cartera era de mil seiscientos francos.

—Ahora —dijo el médico—, un apretón de manos, y ¡hasta la vista!

Jacobo retrocedió.

—¿Nada más tenéis que decirme?

—¡Qué diablos queréis que os diga!

—¡Luego ha sido para prestarme este dinero por lo que habéis venido a verme!

El doctor simuló que se marchaba; pero, al llegar a la puerta, se volvió y le preguntó:

—¿Qué vais a hacer en estos días?

—¡Qué queréis que haga! Aburrirme, como desde que he llegado.

—¿Queréis aceptar un convite mío?

—Con el mayor placer.

—Pues os espero el domingo en Besançon. No olvidéis que estamos en miércoles.

—Descuidad; no faltaré.

—Adiós, querido amigo —dijo el doctor.

—Hasta el domingo —repuso Jacobo.

—Sobre todo —añadió jovialmente el doctor—, al separarnos no vayáis enfermar.

—No temáis que os moleste por ese estilo —contestó Jacobo—; gozo de salud

perfecta.

Al separarse los dos nuevos amigos, el astuto doctor deslizó al oído de Jacobo estas palabras:

—No digáis a nadie que os he prestado dinero, porque daría lugar a suposiciones malévolas hacia mí.

Y, sin despedirse de la familia del maestro ni de éste, el médico se marchó.

El maestro se aproximó al joven y le dijo con impaciencia:

—¿Qué hay de nuevo?, ¿qué os ha venido a contar el doctor?

—Que mi señor padre está bastante malo, y que pronto abandonará este valle de lágrimas.

—Pronto vais a ser el más feliz de los mortales, sobrino.

—¡Bah! No me quejo de mi suerte, y en nada podría mejorarla la muerte de mi padre. A Dios gracias, nada me falta; os tengo por amigo; uno de estos días recibiré una cantidad de dinero bastante crecida y...

—¡Hum!... —dijo el maestro—. ¿Y de dónde os va a llegar ese dinero?

—De Lyon. Se lo presté a un capitán de dragones, y no tardará en mandármelo.

—Pero ¿cuánto dinero ganáis? ¿Sabéis que tenéis un buen oficio?

—No es malo, pues cada asalto me vale una cantidad muy regular. Pero, en cambio, tengo muchos gastos.

—¿Qué gastos?

—Tengo que convidar a los oficiales de la guarnición a comer, y ya comprendéis que la comida para esos señores debe ser de lo mejor... Y a propósito, ¿a qué hora llega el correo?

—Casi siempre a estas horas.

—Tengo interés en ver al conductor: ayer le rogué se hiciera cargo de algunas cantidades que debían mandarme de Besançon.

—¿Queréis que os acompañe?

—Tomad la delantera y esperadme en el estanco; dentro de un rato iré a buscaros.

Jacobo, al salir, se encontró con Julia y aprovechó la ocasión para darle un beso.

—¿Qué os parece mi sobrino? —preguntó el maestro.

—Parece un buen muchacho —contestó la madre.

—Yo lo encuentro muy amable —dijo Julia.

—Con semejante hombre no se debe nunca temer la miseria, pues gana cuanto dinero quiere dando asaltos.

—Nada tiene de particular —dijo Bárbara—. En las ciudades se gana dinero por no hacer nada. Los abogados, hablando tan sólo, o, lo que es lo mismo, diciendo sandeces, hacen su fortuna en pocos años.

—¡Silencio, mujer, pues yo también gano la vida hablando!

—Sí, sí, pero hasta ahora de poco te ha servido.

—Eso consiste en una de las anomalías de la humanidad. Pero día llegara en que los maestros seremos los reyes del mundo... porque ellos tienen en su mano el

porvenir social y político.

El maestro sólo era decidor con su mujer y su hija. Como no dejaba de comprender su ignorancia, jamás hablaba delante de quien podía reprender sus faltas de gramática.

—¿Adónde vas? —preguntó Bárbara al ver que su marido se disponía para marcharse.

—Hemos quedado en reunirnos en el estanco.

—¡Para pasar allí la noche bebiendo como de costumbre!...

—¡Mujer, no seas charlatana! ¡Bien sabes que en casa del señor Grisey jamás se bebe más que agua!

—¡El agua se la bebe el gato, que vosotros bebéis vino, aguardiente, cognac y cerveza! Y si no, el último día que estuvisteis allí, ¿en qué estado viniste a casa? ¡Procura llegar esta noche lo mismo y verás lo que es bueno!...

Capítulo X

En Freysolles, como en todas las aldeas del Franco Condado, había un *Casino*. Éste era al mismo tiempo estanco.

Allí se reunían los jóvenes y los ancianos, para comunicarse sus impresiones, leer el periódico que el estancero recibía diariamente, y esperar el correo; además, y sobre todo, para chismorrear.

El estancero se llamaba señor Grisey, y era el presidente del comité.

Amable y festivo, a Grisey le llamaban con justicia el alegre y jovial: sus agudezas y chistes gustaban en extremo y le hacían popular en toda la comarca.

Aquella noche, un vecino del estancero estaba moralmente sobre el tapete.

—¿Qué diréis que ha dado Diodot Maillard a mi hijo cuando ha ido a entregarle el obsequio de la matanza?

—¿Le habrá dado dos sueldos? —contestó uno de los concurrentes.

—¿Un par de almadreñas? —añadió otro.

—¿Una moneda de oro?

—¡Vaya una broma!...

—¿Una olla rota?

—¿Bombones?

—¡Nada de eso! ¡Le ha dado media horquilla tomada!

—¡Qué miserable!

—¡Qué grosero!

—¡Qué tacaño!

—¡Eso os quitará el gusto de ser atento con él!

—¡Ya lo creo!

—Sin embargo, es rico.

—Eso no quita para que haya pasado tres días en la cárcel de Besançon, por no pagar en una taberna el gasto que hizo.

—Y ¿cómo lo echaron a la calle?

—Escribió su familia, ésta le mandó el dinero que pedía, y entonces lo pusieron en libertad.

—¿Quién te lo ha contado?

—Claudio Faivre, que le llevó el dinero.

—¿Qué cantidad?

—Siete francos; y desde entonces dice que esta arruinado.

—¡Pordiosero!

—¡Mal perro!

—Ha poco se decía que casaba con una mujer rica. ¿Será verdad?

—Como es tan taimado, ha hecho correr esa voz para que los sobrinos cuiden mejor de él; pero no lo creo.

—Ese diablo de Diodot es un segundo Leroux.

—¡Es peor!

—Peor no cabe.

—A propósito, dicen que Leroux de Champcarré esta enfermo de gravedad.

—¡Enfermo Leroux! Gentes de esa calaña nunca mueren; antes de ayer le vi de paseo con su perro; perro y amo parecen perfectamente buenos.

Cuando más interesante se iba haciendo la conversación, entró el maestro de escuela.

—Maestro, ¿queréis tomar una copita? —preguntó el estanquero.

—Gracias, señor Grisey. Estoy esperando un sobrino que me ha citado en vuestra casa.

—¿Es el soldado que os esperaba esta mañana en la taberna?

—El mismo.

—¡Guapo mozo! ¡Dicen que tiene una voz magnífica!

—¿Cuándo lo habéis visto?

—Cuando os acercasteis a la fuente para lavaros la cara.

El maestro de escuela se puso rojo.

—¡Oh! —dijo—, como no tengo costumbre de beber, el alcohol se me subió a la cabeza.

—¡Decid mis bien que se os bajó a las piernas porque ibais como el día aquél en que os atacaron los bandidos! —dijo con ironía el estanquero.

—Como me pegaron en las piernas, los dolores no me dejaban andar.

—¡Vamos, maestro, ya sabemos que no despreciáis la ocasión de vaciar unas copitas! ¿Qué mal hay en eso? Figuraos que una mañana, a las tres, volvía algo alegre a mi casa. Me encontraba a la sazón en París, y al pasar por delante de una carnicería, que me pareció el Jardín de Plantas, exclamé, ante lo que yo consideraba las jaulas de las fieras: —¡No creía que se visitaba tan temprano a los cuadrúpedos!— No bien había concluido de expresar mi parecer, cuando salieron de la tienda dos gañanes que la emprendieron conmigo. Por milagro escapé sano y salvo de sus garras; pero mi susto fue tal que aún creo estar corriendo.

El relato del estanquero fue acogido con ruidosas carcajadas y bravos.

Animado por la general benevolencia, Grisey prosiguió:

—Fue una torpeza por el estilo de la que cometió hace pocos días el compadre Boulot. Preciso es confesar que él no estaba ebrio, como yo aquella noche. Boulot fue a ver al registrador de la Propiedad; ya sabéis que las oficinas se hallan en la planta baja de su casa, con salida al patio. Boulot no encontraba puerta para entrar, ni a nadie para preguntarle: sólo vio a un loro asomado a una ventana.

—«¿Qué buscáis? —preguntó el pajarraco.

»Boulot, que veía por primera vez a un loro, quedó estupefacto, y, quitándose el

sombrero, contestó:

»—Dispensad, caballero. Creía que erais un pájaro; pero, como veo que no es así, os contaré lo que me ocurre.

»Y contó al loro el asunto que le llevaba. Cuando dejó de hablar, el loro estiró la patas, se espulgó y después dijo:

»—¡Está bien! ¡Vete al diablo, animal!

—Desde entonces, Boulot, cuando habla del registrador, dice que el tal es un insolente.

—¡Vaya una broma! —dijeron todos a una.

—Es la pura verdad —repuso el estanquero—. Preguntádselo a Boulot a la primera ocasión, y veréis cómo os cuenta lo mismo.

—¡Otro cuento! —vociferaron los concurrentes.

—Dejémoslo para otro día —dijo Grisey.

—¿Qué dicen los periódicos? —preguntó un vecino.

—Siempre lo mismo —contestó el estanquero—: ¡tonterías!

—¿Habéis ido Besançon?

—¡Sí, hace ocho días!

—¿Qué contaban de nuevo?

—Decían que, en la plaza Labourée, unos acróbatas bailaban sobre un alambre.

—¿Qué animales son esos acróbatas? ¡Jamás he oído nombrar semejantes bichos!

—Yo tampoco —dijo el estanquero.

—¡Acróbatas!... ¡acróbatas!

—Maestro, vos, que todo lo sabéis, decidnos qué son acróbatas.

—¡A fe mía que tampoco lo sé! Buscaré en el *Diccionario*; pero me parece que es una palabra nueva, cuyo sentido significa *diplomata*.

—Eso debe ser, porque los dos terminan en ta.

—Ahora recuerdo que tengo un *Diccionario* —dijo Grisey—. ¡Veremos qué son acróbatas!

El maestro de escuela hubiera querido desaparecer; pero era imposible: le cerraban el paso.

El estanquero, con el *Diccionario* en la mano, exclamó:

—Acróbatas: unión de dos palabras griegas; se conoce por ese nombre a los individuos de ambos sexos que se dedican a ejercicios gimnásticos, bailan sobre maromas o alambres, etc.; volatineros en fin.

—¿Veis cómo tenía razón? —dijo el maestro—. ¡Los *diplomatas*, los diputados, todos son bailarines, volatineros, saltimbanquis!

—¡Cierto, cierto! —exclamaron los concurrentes—. Cuando nos hablen del diputado del distrito diremos: ¡que baile el acróbata!

El cartero, al entrar, interrumpió tan interesante conversación.

—Pedro Claudin, ¿está? —dijo.

—Presente —contestó un campesino.

—Tomad esta carta.

—¡*Pristi!* —refunfuñó el interesado—. ¿Quién diablos me escribirá?

Todas las miradas se clavaron en él mientras abría la carta.

—Del juez de Paz —exclamó—. ¿Qué tengo yo que ver con esas gentes?

—¿Queréis que lea la carta? —preguntó el estanquero.

—Sí, hacedme ese favor, porque tengo vahídos.

Grisey leyó:

«Nos... etc... citamos al señor Pedro Claudin para el viernes próximo al juicio de conciliación, ante Nos, con el señor Diodot Maillard...».

—¡Diodot Maillard! —exclamó Claudin—. ¿Qué queja puede tener de mí?

Grisey prosiguió:

«... con motivo de un agujero practicado en una pared medianera».

—¡Ah, gran tuno! ¡Mendrugo! ¡Citarme por semejante tontería! Dadme esa carta, que se la voy hacer tragar.

—No hagáis tal —exclamó el estanquero—; eso os podría llevar ante el juez de Primera Instancia.

—Poco importa; es preciso que le dé una tunda.

El campesino, al salir, dio un encontrón a Jacobo Bertrand, que entraba en busca de su tío.

Capítulo XI

En el principio de este verídico relato hemos puesto ante nuestros lectores una colección de siluetas tomadas del natural, y cuyos tipos son repugnantes.

Ha cinco siglos, los campesinos eran hospitalarios, aunque casi siempre la hospitalidad sólo se ejercía por deudos de señores feudales.

Cuando la revolución llegó nivelar las clases, el pueblo francés aprendió a leer, escribir y discutir como académicos, pero olvidó la moralidad y las costumbres sencillas al par que elevadas que le distinguían. A pesar nuestro sentimos vivamente la pérdida de esos hábitos que tantos y tan grandes recuerdos dejan en nuestra memoria.

Las declamaciones de los Voltaires, los Helvétius y Juan-Jacobo Rousseau no hicieron sino turbar los espíritus, sin indicarles los medios de mejorar tanto física como moralmente. Los gobiernos constitucionales reemplazaron la dominación del Clero y de los señores feudales; se predicó la libertad ejerciendo más presión y empeorando la situación de las clases menesterosas, sobre todo la de los campesinos, porque despertaron sus aspiraciones sin poner a su alcance los medios de satisfacerlas. Éstos comprendieron su utilidad y se negaron a trabajar para proporcionar pan a los que habían aprendido a llamar holgazanes. Formaron bando aparte y se sublevaron.

Cuando se restableció el equilibrio social, el campesino siguió viviendo aislado, retraído, aferrado con orgullo a su necia pretensión de hombre necesario, y de ahí nació ese malestar que le hace desgraciado por su ambición, sin que logre jamás lo que desea.

Del centro de tan triste cuadro surge una radiante figura; ésta es la del tío Mathieu, administrador del señor Leroux de Champcarré.

Al día siguiente al en que tantos acontecimientos sucedieron, Mathieu, levantado desde las tres y media de la mañana, mandó a los criados que cuidasen del ganado. Luego esperó a que sus clientes acudieran en demanda de su ministerio, porque era el veterinario de la aldea, aunque sólo por el gusto de ser útil a sus vecinos, que le llamaban el patriarca.

Ya amanecía, cuando un carro se detuvo delante de su casa.

—¿Quién será? —se preguntó Mathieu yendo hacia la puerta.

Al llegar al dintel se encontró con el señor Leroux de Champcarré.

—¡Tan temprano! —dijo.

—He querido llegar antes que nadie.

—Es una imprudencia. Tenéis mal semblante.

—He trabajado gran parte de la noche.

—Venid a calentaros —le dijo Mathieu.

—Antes es preciso descargar una caja que quiero dejar en depósito.

—¿Una caja?

—Sí; después hablaremos de su contenido.

Y, volviéndose al criado que le acompañaba, dijo:

—Traed la caja Miguel.

—¿Haré entrar a los bueyes en la cuadra? —preguntó Mathieu.

—Sólo pasaré aquí algunos minutos —replicó Champcarré—. Me esperan en el castillo.

—¿El médico, sin duda?

—Sí.

—He ahí un bribón que os come más gallinas que pueden comer en un mes todas las raposas de la comarca. Tiene el tal médico una fisonomía que no habla en favor suyo.

—Es una buena persona, Mathieu.

—Puede ser. ¡Pero hay tantos bribones que parecen hombres de bien!... En todo caso, no tiene mis simpatías el tal señor Brochet. Si fuera ratón, desconfiaría de un gato tan meloso como él.

Miguel, después de dejar la caja en el suelo, fue a colocarse delante de los bueyes. En cuanto salió, el señor de Champcarré cerró la puerta echando el cerrojo.

—¿Estamos solos? —preguntó.

—Completamente —contestó Mathieu.

Champcarré se sentó junto al hogar.

—Ya sé, querido Mathieu —dijo—, que he de vivir poco tiempo. Por más que el doctor trata de convencerme de lo contrario, sé a qué atenerme. Cuando el aceite se va concluyendo se apaga la luz.

—¡Bah! No estáis tan mal como os figuráis.

—No me hago ilusiones, querido amigo. Hace tres años que observo la descomposición de mi organismo. Empece por perder el apetito, luego por adelgazar. Hoy, como dice el vulgo, sólo me quedan ojos. Tengo un apetito voraz; pero, en cuanto como algo, siento dolores atroces en el corazón. Ése es un mal síntoma.

—Puede ser un síntoma de mejoría.

—No pensáis lo que decís; pero el temor de afligirme os hace hablar de ese modo.

En aquel momento se oyó en la puerta una voz cascada que rezaba un Padrenuestro.

—Un mendigo —dijo Mathieu levantándose y dándole un pedazo de pan.

—Proseguid —dijo al señor de Champcarré.

—No me habéis contestado —dijo el anciano.

—Supongamos que, como vos, veo vuestra última hora próxima.

—¡Ah! Ya sabía que creíais en ello.

—Nada de eso. Es sólo una suposición.

—Sed franco, mi viejo amigo. ¿Creéis en mi próxima muerte?

—¡Pero, caramba, no puedo afirmar lo que no creo!

—¿Luego no creéis que moriré pronto?

—¡Listo sería el que pudiera decirlo. Nadie sabe cuándo llegará su última hora.

En el momento menos pensado le cae a uno un ladrillo sobre la cabeza y... patapouf! ... un hombre menos. Ya sabéis que a mi padre, que era un hombre fuerte y joven, se le rompió una arteria del pecho al coger del suelo un alfiler. Y si digo que viviréis muchos años, es porque, en general, las personas delicadas de salud suelen vivir hasta una edad avanzada.

El señor Leroux lanzó un hondo suspiro, y Mathieu volvió a dar limosna a otro pedigüeño.

—Mathieu —le dijo el millonario—, queréis poco a mi médico el señor Brochet.

—Ni a él ni a ninguno. Todos se ponen de acuerdo con los boticarios en perjuicio de los clientes, con tal de ganar dinero. Creo que si pusierais vuestro médico en la calle, estaríais mejor de salud.

El señor Leroux de Champcarré guardó silencio. Después dijo:

—Bien, lo pensaré. Ahora lo que me preocupa es morir antes de haber arreglado mis asuntos, y temo que, si muero de repente, vaya cualquiera a apoderarse de lo que tengo en casa... sobre todo documentos... ¿Veis esa caja?

—La conozco, puesto que he colocado sus cerraduras.

—Pues bien, en ella he encerrado lo más precioso que tengo... Todas las semanas traeré alguna otra cosa... dejándolo todo bajo vuestra custodia.

—Está bien.

—Esa caja no se abrirá hasta después de mi muerte, lo mismo que este sobre lacrado.

Mathieu se encogió de hombros, diciendo:

—¿Y si muero antes que vos?

—Eso no sucederá. Pero, en tal caso, vuestro hermano sería el depositario..., posee también mi confianza.

—¿Qué encierra este sobre?

—No os lo puedo decir. Cuando haya fallecido lo abriréis, y entonces veréis lo que dice.

—Bien.

—Jurad que no lo abriréis antes.

—Vivid tranquilo.

—Gracias.

Leroux, mirando la caja, añadió:

—¿En dónde la ocultaréis?

—Debajo de mi cama.

Leroux llamó al criado.

—No hay necesidad de que vuestro criado sepa en dónde voy ocultarla —dijo

Mathieu cargando con la caja para subir al primer piso.

Después, colocándola debajo de su cama, añadió:

—Mi hermano no sabrá siquiera que esta caja está aquí.

—Gracias, amigo mío —murmuró el señor de Champcarré—; día llegará en que os pague todos vuestros favores.

—El complaceros me basta —dijo el campesino.

Capítulo XII

Al entrar en el estanco, la fisonomía de Jacobo Bertrand manifestaba mal humor. —No habrá encontrado lo que buscaba —dijo para sí el maestro de escuela.

—Este caballero ¿es vuestro sobrino? —preguntó el estanquero al oído del maestro.

—Sí, señor; viene a buscarme.

El señor Grisey se adelantó hacia el soldado, diciendo:

—Sentaos, caballero.

—Gracias; me marchó enseguida con mi tío.

—Si se os ofrece algo, tendría sumo gusto en serviros.

—¿Podrías cambiarme este billete de quinientos francos?

—No puedo complaceros y lo siento.

—Entonces ¿podréis cambiarme uno de cincuenta?

El maestro estaba aturdido.

—¡Caramba! —se decía—; ¡tiene dinero y está de mal humor!... ¡No lo entiendo!

—Tomad —dijo Bertrand a su tío, poniéndole en la mano los cuarenta francos que le había prestado aquella mañana. —¿Te estás chantageando? —balbuceó el maestro.

—¡Nada de eso! He recibido el dinero que debían mandarme, y nada más natural que os devuelva lo vuestro.

En cuanto el maestro se encontró solo con su sobrino, le preguntó cuáles eran los motivos de su mal humor.

Jacobo contestó con evasivas que no dejaron satisfecho al maestro; por lo tanto éste dijo:

—Es evidente que me ocultáis algo, sobrino, y siento no inspiraros confianza para que me digáis qué os aflige.

El joven lanzó un suspiro.

—Ya veis que tenéis algo —continuó el maestro.

—Es cierto; pero hay secretos que se deben guardar para que no se rían de uno.

—¡Poco me conocéis, sobrino mío! Todos los sufrimientos merecen mis simpatías.

—¿Aun cuando fuesen penas del corazón?

El maestro clavó su mirada en el joven, diciendo:

—Sobre todo si son penas del corazón.

—Habéis puesto el dedo en la llaga.

Estas palabras llenaron de espanto al maestro, porque creía se le escapaba de las manos su futuro yerno.

—Debe amar a alguna mujer —se decía—, y no puede ser a Julia, puesto que sólo la ha visto dos veces.

Y añadió en alta voz:

—He conocido esos tormentos, querido sobrino, pero la reflexión me hizo comprender que la persona a quien amaba no merecía mi aprecio... y logré arrancarla de mi corazón.

—¡Ah!

—Cuando se piensa tomar estado, es preciso mirar despacio lo que se hace, y no casarse a la ligera, exponiéndose a vivir como un desesperado.

—Tengo la seguridad de ser feliz casándome con la que amo, pues la creo perfecta bajo todos los conceptos.

—¡Bah! ¿Es, pues, un fénix? Todas las mujeres tienen infinidad de defectos, y las que más los ocultan son las peores.

—Eso no va con la persona que amo... sin embargo de parecerme que se interesa por alguien.

—Entonces, ¿por qué tratáis de casaros con ella? Si tenéis indicios de que ama a otro, no debéis ocuparos de semejante persona.

—Creo que eso será lo más prudente.

—Hacedlo cuanto antes. En uno de esos caprichos que se llaman amor, se juega la dicha de toda la vida. Es menester mostrarse enérgico para evitar el vivir padeciendo. ¡Sí, sobrino, olvidadla pronto!

El joven, después de lanzar un hondo suspiro, prosiguió:

—Seguiré vuestros consejos, tío, sin embargo de quererla mucho; esta mañana, cuando me separé de vos para ir en busca del cartero...

—¡Esta mañana! —pensó el maestro—. ¡Luego la que ama está en Freysolles!

Y añadió en voz alta:

—¿Esta mañana, decís?

—Sí; esta mañana he visto a alguien dirigirse por una senda oculta hacia la casa de la que amo.

El maestro se quedó casi estático mirando a su sobrino.

—¡Jesús, María y José!... ¿Amáis a una joven de Freysolles?

—Sí —contestó sin vacilar Jacobo.

—Ya os lo he dicho, sobrino: desconfiad, y en Freysolles más que en otro punto.

—¡Pero, tío!

—¿Qué?

—¿Os disgustaría?...

—¿El qué?

—¿Que amase a una joven de esta aldea?

El maestro hizo un gesto ininteligible.

Jacobo repuso:

—Vos conocéis a la que adoro.

—¿Yo?

—¡Sí, y os toca de cerca!

—¡Julia! —contestó el maestro, cuyo corazón latía con violencia.

—Habéis adivinado mi secreto.

El maestro, estupefacto, calló.

—¡Imbécil! —se decía—; ¿cómo no me ha ocurrido antes esa idea? ¡Y haberle dicho que desconfiara!... ¡Idiota! ¡Bruto de mí!

Jacobo, envalentonado con el silencio de su tío, prosiguió:

—¡Sí, tío, sí... adoro a Julia! Hubiera querido poner a sus pies la fortuna que será mía a la muerte de mi padre, y hacer de mi prima la más feliz de las mujeres; pero lo que acabáis de decirme... y luego lo que vi esta mañana...

—¡Detén tu lengua! —exclamó el maestro—, porque si supiera que cualquier atrevido hablaba...

—Tío, me habéis dicho hace un momento que desconfiara...

—Es evidente, pero no tratándose de mi hija, porque mi Julia se ha educado con el mayor esmero y recato, y sé lo que vale.

—¡Sí, sí!... Pero eso no quita el que los jóvenes de la aldea rondan vuestra casa, y el que mi prima se asome a la ventana para coquetear.

El maestro se sonrojó.

—Si algún atrevido ha llegado hasta la ventana de su habitación, tengo por seguro que no la ha escalado. Pero basta de suposiciones: dentro de un cuarto de hora sabré la verdad.

—¡Ay, tío!...

—¿A qué viene esa exclamación?

—Temo que Julia haya dado su corazón a otro más afortunado, y no se debe contrariar el gusto de cada uno.

—¡Quisiera ver eso! ¿Para qué sirven entonces los padres? Los padres tienen el deber de velar por la honra y la felicidad de sus hijos. Ahora bien, ¿me juzgáis tan imbécil o ciego que no haya visto lo que pasa alrededor de mi hija?

—Nada supongo que pueda ofenderla, pero...

—En cuanto llegemos la interrogaré, y veremos lo que contesta. ¡Qué diablo!... ¡Sé lo que me digo, y juro que es tan inocente como el día en que nació!

—No lo pongo en duda; pero eso no quita para que no me ame.

—Os amaré.

Y como para dar más valor su afirmación, el maestro apresuró el paso, llegando a poco a su casa.

—¿En dónde esta Julia? —exclamó al entrar.

—Acostada.

—Está bien. Dame una luz.

Después de tomar la luz de manos de su mujer, el maestro se dirigió al dormitorio de su hija, haciendo señas a Jacobo de que le siguiera.

El joven se detuvo diciendo:

—Tío, no sé si debo...

—¡Entrad! —contestó el padre incomodado.

Jacobo no se movió, pero dijo en voz baja al maestro:

—Me quedo en el jardín; abrid un poco la ventana, y de ese modo oiré cuanto diga mi prima pues contestará con más franqueza no estando yo delante.

El ambicioso maestro no vio en la conducta del joven un acto grosero; por el contrario, lo celebró.

—¡Qué buen muchacho! —se dijo—. Me figuraba los militares menos discretos. ¡Qué buen marido tendrá mi hija! —añadió para sí al entrar en el dormitorio de la joven.

Jacobo se colocó encima de un banco que se hallaba debajo de la ventana de la habitación de su prima, y desde su observatorio no sólo oía, sino que veía lo que pasaba dentro.

Capítulo XIII

Julia dormía profundamente; sus desnudos brazos y el nacimiento del pecho se ostentaban al aire.

El ruido que hizo su padre al entrar no bastó para sacarla de su sueño, viéndose obligado a sacudirle el brazo.

—¿Qué hay? —preguntó sobresaltada al ver su padre.

—Señorita —contestó el maestro con acento grave—, tengo que hablaros.

—¿No me habéis sermoneado bastante durante el día, que todavía venís a despertarme para decirme alguna sandez?

—Reportaos, y contestad con humildad y dulzura a mis preguntas, porque os advierto que, si así no fuere, dejaría de ser vuestro padre para convertirme en juez.

—¡Gran Dios!, ¿qué ocurre? ¿A qué vienen esas frases?

—No son frases. Mírame con atención, y verás que jamás ha existido un presidente de Audiencia más serio que yo.

La solemnidad con que hablaba el maestro frisaba en lo grotesco; y Jacobo, para no soltar una carcajada que dejara adivinar su presencia, tuvo que ahogar la risa en su garganta, tapándose la boca con el pañuelo.

—Está bien —dijo la joven incorporándose en el lecho—; os escucho, papá. Pero ¿qué hora es?

—Las diez.

—¡Las diez, y venís a despertarme!

—¡Caramba! —pensó Jacobo—. ¡Qué hombros enseña mi prima!

—¡Escuchad —dijo el maestro—, joven sin pudor! ¿En qué habéis empleado el día?

Julia, atónita, contemplaba a su padre sin contestar, pues creía, que se había vuelto loco.

—¿En qué habéis empleado el día? —preguntó por segunda vez el maestro.

—En los quehaceres de la casa —contestó la joven.

—¡Callad, hija ridícula! No se contesta de ese modo cuando pueden oírle a uno. Se dice: he bordado, tocado el piano, leído un capítulo de Fénélon...

—Yo no sé hacer nada de eso... por lo tanto, ¿a qué lo he de decir?

—¡Silencio, bachillera!... ¿Quién ha venido hoy a veros?

—El tío Mathieu, Diodot Maillard, Juan Bregaudet...

—¡Alguien más!, ¡alguien más!

—Mamá, y mi primo Jacobo.

—¡Mientes!

—No miento, papá.

—Mientes, porque tu primo te ha visto hablando por la ventana con un joven.

—Y aunque así fuera, ¿qué mal habría en ello?

—¿Que qué mal habría? ¿No lo comprendes, desgraciada?

—¡No!... porque, si no quisiera que nadie me diese conversación, bien pronto le plantaría una bofetada o le echaría un cubo de agua en la cabeza.

—Luego, el que te daba conversación, ¿te gustaba?

—¡He dicho que no he hablado con nadie! Además, los mozos de Freysolles no me gustan; parecen gansos. ¡Si fuesen como mi primo, que ha conquistado a tantas beduinas!... ¡pase! Porque ése... ¡vaya!... ¡me gusta! ¡Pero los de Freysolles! —añadió con desdén.

El maestro, seguro de su triunfo, miró hacia la ventana.

—Y el idiota que te enviaba versos... ¿no te gusta?

—¡Qué tonto!... Hoy me ha enviado unos en que dice que soy *el Sol que alumbra sus tinieblas*... Si no tuviera más luz que la que le voy a dar, pronto se estrellaría contra la pared.

—¿No te gusta *Coco*?

—¡Psch! Si no hubiese llegado mi primo Jacobo, le habría preferido a cualquier aldeano, porque sabe leer y escribir tanto como vos, papá.

—¡Bah!... ¡algo menos!

—¡Eso no... eso no! Y luego, al mirarle detenidamente, no es tan feo como parece a primera vista.

—¡Calla, muchacha!... ¡si es un monstruo!

—¡No, papá! Luego es dulce como un cordero.

—Su boca tiene las orejas por presillas.

—En cambio tiene dientes magníficos...

—Con los cuales comerá el dote que lleve su mujer; además, no tiene un cabello.

—No digáis eso, porque tiene más que vuestro impresor.

—¿Vas a comparar a ese imbécil con un sabio? Todos los impresores deben ser calvos, como los sabios de la Grecia.

—Dicen en la aldea que *Coco* es un sabio, y además que es un filósofo.

—¡Harían mejor en decir que es loco!

—Pues bien, todo ello no me importa. Cuando me envía versos, río como una tonta al leerlos. Hace poco, Josefina Grisey y yo estuvimos a punto de dirigirle unos.

—¡Dirigirle versos!

—Sí, para mofarnos de él.

—¡Tontas! ¿Quién diablos os mete en esas honduras?

—Puesto que *Coco* nos los remite, ¿por qué no hemos de hacer nosotras lo mismo?

—Te prohíbo verle ni hablarle de aquí en adelante.

—No le miro siquiera. Ahí tenéis los versos que me ha enviado..., haced de ellos lo que os parezca.

El maestro tomó el papel adornado con delicadas viñetas hechas a pluma, y leyó un soneto escrito con tan espléndida letra, que Santo Tomas de Aquino hubiera palidecido al verla.

—Coco no puede haber escrito esto —dijo el maestro furioso después de leer el soneto—. De todos modos, no debes hacer caso de las simplezas de ese idiota, hija mía.

—¿Qué os ha dicho mi primo?

—¡Nada!

Y el maestro, después de abrazar cariñosamente a su hija, abandonó la estancia.

En el jardín no halló a su sobrino.

—¿En dónde diablos estará? —se preguntó visiblemente contrariado.

Y empezó a llamarle a voces.

—Aquí estoy —contestó Jacobo.

—¿Cómo no estabais debajo de la ventana?

—El pudor ante todo, tío. No me hubiera perdonado sorprender los secretos de mi prima.

—¡Si los provocaba de intento!

—No importa; me parecía poco delicado. Pero ¿qué os ha dicho?

Y el maestro repitió al joven lo que ya éste sabía perfectamente, añadiendo:

—Mi hija os ama locamente, y desde hoy podéis consideraros como prometido suyo.

Jacobo dio un fuerte abrazo a su tío.

—¡Cuán feliz me hacéis! —dijo—. ¡Ya veréis qué dichosa será a mi lado! Pero tenemos que esperar un poco porque aún no tengo la licencia definitiva. Sin embargo, desde hoy os considero como suegro mío.

Estas palabras tenían un doble sentido en el pensamiento del soldado; pero el maestro de escuela estaba demasiado satisfecho para comentar las frases del joven.

—Al daros mi hija, me considero el más feliz de los padres, querido sobrino. Ya veréis que mi Julia será la perla de las esposas, como vos seréis, así lo espero, el modelo de los maridos. ¿Queréis dar las buenas noches a vuestra futura? —preguntó el entusiasta maestro.

—¡No! Dejadla dormir; mañana me prometo darle una sorpresa.

—¡Ah!

—Me propongo ir en busca de los músicos de la aldea para que le den una serenata al amanecer.

—¡Diablo!

—¿Qué?

—Que ya es muy tarde.

—No le hace. La alegría me ha quitado el sueño.

—Como a mí.

—Entonces, vamos los dos.

—Pero, yerno, ¿qué dirán?...

—¿Quién?

—Las gentes de la comarca... Ya sé que en España eso está admitido; pero no estamos en España...

—¿Y qué?

—Que todo el mundo se escandalizaría, y que dentro de cincuenta años se hablaría aún del suceso.

—¿Y os preocupa lo que digan las gentes?

—¡No!... pero ya sabéis que el vulgo es envidioso y malintencionado, y dirán que, a los dos días de haber llegado, hacéis el amor a mi hija. Dirán, además, que por ambición tolero vuestra estancia en mi casa... cuando os consta que soy el más desinteresado de los mortales.

—Entonces ¿vais a recogeros?

—¡Qué queréis que haga!

—Festejar mi próximo enlace con Julia.

—Esperad un momento: voy a decir a la patrona que salgo en persecución de un zorro que se lleva una gallina; entrad en la cuadra, coged la primera que os venga a mano, y vamos a casa de Grillon el tabernero a que nos dé de cenar.

Fuéronse efectivamente a la taberna. Copa tras copa y botella tras botella, llegó el momento en que el maestro, con los brazos sobre la mesa dejó caer en éstos la cabeza y se durmió profundamente.

Capítulo XIV

Jacobo Bertrand, que sólo esperaba esto para alejarse, le dijo al tabernero:
—Cuando despierte mi tío, decidle que para ir a su casa tome el camino de Champcarré.

—¿Por qué os vais? —dijo el tabernero.

—Porque tengo mucho sueño y no me gusta dormir incómodo.

—¡Farsante!... Esperad: voy preparar un ponche.

—¡Bien pensado! Y mientras lo preparáis, daré una vuelta por el pueblo, para no dormirme.

Jacobo salió corriendo, deteniéndose tan sólo en el jardín de su tío, debajo de la ventana que el maestro había olvidado cerrar.



Abrió una de las hojas de ésta y echó una piedrecita sobre el lecho de Julia.

La joven no despertó.

—¿Qué hacer? —pensó Jacobo—; si entro por la ventana y despierto a mi prima ésta chillará, su madre acudirá y me cogerán en el garlito... Quiero evitar un lance desagradable... ¿Qué hacer? —volvió a decir.

La casi desnudez en que se hallaba la joven pocas horas antes, vista por él, habíale despertado una pasión sensual. Llegado ante la ventana de Julia, la idea de la felonía que pensaba cometer no le arrancó el menor remordimiento.

Volvió tirar otra piedra, y después llamó bajito, obteniendo el mismo negativo resultado.

—¡Caramba!, ¡qué dormilona! —se dijo.

Entonces cortó de un árbol una larga y flexible rama, y con ella sacudió las cortinas del lecho. Julia despertó, y al ver que se movían las cortinas exclamó:

—Es el aire: mi padre ha dejado la ventana abierta.

Y, saltando del lecho, aproximóse a la ventana para cerrarla.

—Julia, no tengáis miedo, soy vuestro primo Jacobo —dijo el joven.

La joven exhaló una exclamación de sorpresa.

—¿No os habéis acostado aún? —preguntó.

—¡El sueño huye de mis párpados pensando en vos, adorada prima, desde que sé que me amáis!

—¿Os lo ha dicho mi padre?

—¡Sí!

La joven rogó a su primo que esperase un segundo.

—Tiemblo de frío —dijo—; voy cubrirme con una manta.

Y envolviéndose en ella, poniéndose zapatillas y cerrando la puerta por dentro, volvió a la ventana.

—Ha tomado una buena precaución —pensó el joven; y añadió:

—¿No teméis que vuestra madre nos oiga?

—Y eso ¿qué importa?

Jacobo miró sorprendido su prima, diciendo para sí:

—¡Oh!, mi prima es muy despreocupada, o muy inocente.

Luego añadió:

—¿Decís que nada importa?

—¡Nada! —prosiguió la joven—. Mi madre sabe que os amo, y encontraría muy natural que vinieseis a hablarme por la ventana.

—¿En medio de la noche?

—¿No es así como los jóvenes hacen el amor a sus prometidas?

Jacobo marchaba de asombro en asombro.

—¡Dadme una mano, Julia!

—Tomadla.

Jacobo besó apasionadamente la mano que se le tendía.

—¿Qué hacéis, primo? En lugar de besar la mano, besad mi mejilla.

El joven, animado por aquella condescendencia, estampó un ardiente beso en los labios de su prima.

Al contacto de aquella caricia abrasadora, Julia comprendió sin duda el peligro de las entrevistas nocturnas, porque se echó atrás temblorosa y diciendo:

—Me habéis hecho daño, y mi corazón hace ¡toc!, ¡toc!, como cuando se corre.

—¡Qué ingenua, qué tonta es! —pensó Jacobo—. Escuchad, Julia —añadió—; ¿sabéis en qué punto nos encontramos el uno y el otro?

—No.

—Desde esta noche sois mi prometida.

—¡Ah, qué alegría! ¿Habéis quedado convenido con mi padre?

—Sí, y dentro de pocos meses nos casaremos.

—¿De verdad? ¿Lo sabe ya mi madre?

—No sé si mi tío se lo ha comunicado, pero entre nosotros es cosa convenida.

—Algunos meses... ¡qué fastidio! —dijo suspirando.

—¿Por qué no ha de ser mañana?

Jacobo no pudo menos de sonreírse.

—¡Qué singular muchacha! —pensó.

—¡Algunos meses! —prosiguió Julia—. Después de todo, tanto mejor; tendré tiempo para hacer rabiar a Josefina y hacerme un vestido precioso.

—¿Permitís que os dé otro beso, prima?

—Bien... pero no me hagáis daño. Y Julia recibió un segundo beso, más abrasador que el primero.

—¡No quiero más! —exclamó alejándose rápidamente de la ventana.

Una nube pasó ante la vista de Jacobo.

—¡Oh, adorada prima!, ¡oh, querida prometida mía! —dijo con voz temblorosa—. ¡Si quisierais!...

—¿Qué?

—Entraría en vuestro cuarto. ¡Dadme la mano, prima! ¡Vamos!, ¿queréis?... ¿quieres?

Al acento apasionado de Jacobo, la joven se estremeció, y por primera vez comprendió el peligro que la amenazaba. Un secreto instinto despertaba en su corazón una loca curiosidad; la embriagadora pasión de Jacobo la avasallaba. Luego, la sutil consejera de los amores ocultos, según dice la Biblia, extendía sobre los jóvenes su velo cuajado de lascivas estrellas. La pálida luz de la Luna iluminaba la cabeza del seductor, y de sus miradas se desprendían destellos magnéticos.

Julia le contemplaba absorta, dominada.

—¿Por qué queréis entrar? —dijo.

—¿No lo adivináis, ¡oh Julia!?

—¡No! —contestó la joven asustada.

—¿No veis que, por culpa de esta malhadada ventana, no puedo estrecharos contra mi corazón?... ¿ni murmurar quedito en vuestro oído las dulces palabras de amor que se agolpan en mi mente? ¡Oh, Julia, cuánto te amo!

Julia balbuceó palabras ininteligibles, de las cuales se desprendían éstas que su pudor alarmado le dictaba:

—¡No!, ¡oh, no! ¡Tengo miedo... mucho miedo!

—¿Miedo de qué, loquilla?

—De mi madre.

Jacobo quedó sorprendido del acento de la joven; pero, cediendo al frenético

impulso de su pasión, se dijo:

—¡Vamos! No perdamos tan propicio momento.

Y de un salto se sentó en el marco de la ventana.

—¡Dios mío! —murmuró la joven—; ¿qué va a ser de mí? ¡Retiraos, primo!
¡Mañana! ¡Hoy no! ¡Marchaos... en nombre del Cielo!

—¡Julia, te amo!

Ya se incorporaba el joven para saltar dentro de la habitación, cuando una mano de hierro le detuvo.

—¿Qué hacéis ahí? —exclamó una voz trémula de furor.

Jacobo saltó al suelo.

—¡Maldito seáis! —balbuceó—. ¿Quién sois y que queréis?

—¡Silencio! —contestó el desconocido—; seguidme. Vais a despertar a vuestros huéspedes.

Julia, aprovechando la intervención del desconocido, cerró la ventana.

Dominado, a pesar suyo, por la voz grave del que le había impedido cometer una infamia, Jacobo le siguió cabizbajo.

Cuando salieron del jardín, reconoció a la luz de la Luna la pálida faz de *Coco* el poeta.

—¡Truenos, señor poeta! —exclamó iracundo—; ¡por lo visto ya no sois mudo!

—¡Seguidme! —dijo lacónicamente *Coco*.

—¿Con qué derecho me mandáis que os siga, señor atrevido?

—Si no obedecéis mis órdenes, diré que sois un cobarde, y mañana todos los de la aldea sabrán que os introducís en las casas de las gentes honradas para cometer felonías.

—¡Perfectamente! ¡Parece que os constituís en campeón de vuestras imprudentes paisanas!

—¿Con qué derecho las calificáis de imprudentes?

—¡Caramba! ¿No habéis visto y oído?

—He oído a una joven que os suplicaba que no entraseis en su estancia.

—Habéis oído y visto mal.

—Creo lo contrario. En todo caso, era una cobardía intentar deshonar a una joven que todo el mundo respeta.

—¡Caballero!...

—¿No es ése vuestro parecer? —preguntó *Coco* mirando de hito en hito a Jacobo.

—¡Pero, miserable! —contestó éste encolerizado—; ¡no sé cómo no te he aplastado la cabeza con esta estaca!

—¡Tratad de hacerlo! —contestó *Coco* sacando un revólver del bolsillo y retrocediendo un paso.

Al ver el arma amenazadora, Jacobo tuvo miedo y exclamó:

—Si venís con intención de asesinarme, me retiraré.

—No soy asesino. ¡Seguidme!

Jacobo siguió dócilmente a *Coco*. Después de atravesar la aldea llegaron delante de la extraña morada en que hemos penetrado con nuestros lectores al principio de este verídico relato.

—Sentaos —dijo *Coco*—, y escuchadme.

—Atento estoy.

—Caballero —dijo con voz grave a Jacobo—, se trata de contestar con lealtad a mis preguntas.

—¿Y si no quiero contestar?

—Os saltaré la tapa de los sesos.

—Preguntad. Contestaré.

—¿Tenéis intención de casaros con Julia?

—Sí.

—¿Juráis decir la verdad?

Coco sacó una hoja de papel de una cartera.

—¡Escribid! —añadió.

—¿Qué diablos queréis que escriba?

—Que queréis casaros con la señorita Julia Galoppot.

Jacobo vaciló.

—¿No queréis escribir? —dijo *Coco* tomando el revólver.

Jacobo escribió.

Al entregar el papel a *Coco*, preguntó:

—¿Estáis satisfecho?

Coco no contestó. Dobló el papel y fingió metérselo en el bolsillo, pero en realidad lo deslizó en el cajón de un mueblecito tallado.

—Aún no hemos concluido; puesto que tenéis la intención de casaros con mi prima, somos rivales, porque yo tengo la misma intención.

—Julia no os quiere.

—Vos ¿qué sabéis?

—Lo sé.

—Razón de más para que os odie; por consiguiente...

Y antes de que Jacobo pudiera adivinar la intención de *Coco*, éste le abofeteó.

Jacobo, ciego por la ira, se levantó.

—¡Ah, canalla! —exclamó—; ¡si supieras tener una espada!

—Suponed que sé.

—¿Tenéis armas?

—Sí.

—¡Tomadlas y seguidme!

—Allá, voy.

Capítulo XV

No conozco estos lugares —dijo Jacobo—; tengo que seguiros una vez más; pero conducidme a un sitio desierto en donde quede el cadáver de uno de los dos.

Coco era un singular personaje. A su alrededor todo era misterio. Se decía que era idiota y hacía buenos versos, hablaba latín como un profesor y conocía la esgrima y la equitación. Su manera de expresarse desmentía que hubiese sido educado, como decían, en medio de una selva.

Volvieron a cruzar la aldea; un aire fuerte sacudía las ramas de los árboles, que al chocar parecían quejarse.

—¿Adónde vamos? —preguntó Jacobo.

Coco señaló las colinas que circundaban la aldea y dijo:

—En medio de esos cerros hay un precipicio: nos batiremos a su orilla; el que muera quedará sepultado en el abismo, y punto concluido.

—¡Bah! —murmuró Jacobo—; ¡parece que amáis mucho Julia!

—¡Con toda mi alma!

—Estoy estupefacto.

Coco miró de hito en hito al joven.

—¿Os sorprende? —dijo.

—¡Sí, a fe mía!

—¿Por qué?

—Porque Julia no es hermosa; es un pedazo de carne que sirve tan sólo para saciar un voraz apetito.

—Sin embargo, pensáis casaros con ella.

—¡Oh! La mujer legítima no necesita encantos. Por lo general la esposa se toma sin amor.

—¿Luego no la amáis?

—¡No, por cierto!

—¡Entonces sois doblemente villano!

La cólera fermentaba en el pecho de Jacobo, pero era prudente y esperaba el momento oportuno para vengarse; las bofetadas que había recibido le quemaban aún las mejillas. Sin embargo, hubiera renunciado a Julia con tal de no batirse.

Coco parecía leer en su pensamiento, y dijo:

—¿Decís que no amáis a Julia?

—Lo he dicho, y lo repito.

—¿Queréis prestarme atención?

—Hablad.

—Renunciad a Julia, y os daré toda clase de satisfacciones.

Jacobo pensó que le tenía miedo, y, adelantándose hacia *Coco*, dijo:

—Hay un asunto que no se puede deslindar sino por la recíproca: me habéis abofeteado, y quiero devolveros las bofetadas.

Al decir esto, pegó en la cara a *Coco*.

El poeta rugió como el león herido, y exclamó:

—Nada os puede ya impedir batiros. La suerte así lo quiere.

Y, apresurando el paso, adelantó a Jacobo.

—¿Huís? —exclamó el seductor.

—¡No!... Es para llegar más pronto.

—Ya estamos iguales.

Coco se volvió con presteza y echó mano al cuello de Jacobo.

—¡Iguales! —exclamó—. ¡Jamás, infame!... ¡bribón! ¡Iguales!... ¡No!, ¡jamás! He abofeteado la faz de un villano, tú la de un hombre de corazón, la de un hombre honrado. ¡Toma, para que tengas un recuerdo mío!

Y ciego de coraje dio sendas bofetadas su primo.

—¡Ira de Dios! ¡Dame la espada para arrancarte el corazón! —vociferó Jacobo—; para matarte estamos bien en cualquier parte.

—Pronto llegaremos al osario... —contestó *Coco*.

Y, apresurando el paso, anduvieron hasta llegar al punto indicado.

—Hemos llegado —dijo *Coco* al poner el pie en un círculo rodeado de piedras y malezas—; aquí está el abismo: el que caiga en él no volverá a salir ni vivo ni muerto.

—¡En guardia! —exclamó Jacobo.

Bien pronto se pudo convencer de que *Coco* sólo poseía algunos principios de esgrima. En cambio, él era un profesor consumado. El combate, por tanto, era desigual, y bien pronto el florete de Jacobo atravesó el pecho de su primo.

Coco lanzó un solo quejido; el florete se le escapó de la mano, y, dando una vuelta sobre sí, rodó en el abismo.

Jacobo, al ver desaparecer a su adversario, fue presa de invencible terror. Echó el florete en el abismo, y, sin cerciorarse de si *Coco* estaba muerto o tan sólo herido, recogió apresuradamente grandes brazadas de ramas secas y espinos, que arrojó sobre el cuerpo del desdichado poeta.

Luego, a todo escape regresó a la aldea. Con la velocidad de la marcha, su espíritu se tranquilizó algún tanto.

—¡Qué asunto tan enojoso! —se decía—. Es preciso evitar que se enteren de lo que ha sucedido.

Cuando volvió a la taberna de Grillon daban las tres.

La puerta de la taberna estaba entornada; entró, encontrando al tabernero y a su tío roncando a más y mejor; una idea atravesó su mente.

Salió de la taberna, volvió a casa de su tío, y llamó otra vez a la ventana de Julia.

Ésta, que no dormía, saltó apresuradamente del lecho, corriendo a abrir la

ventana.

—¿Sois vos, primo? —preguntó.

—¡Sí, Julia mía!

—¿Quién estaba en el jardín esta noche?

—Mi tío.

Julia se puso roja como una amapola; pero, gracias a la semioscuridad que reinaba, Jacobo no reparó.

—¡Mi padre! —exclamó.

—Sí, no ha podido coger al zorro que se llevaba la gallina. En verdad que vos no sabéis nada.

—No.

Jacobo refirió a la joven el cuento inventado por su padre.

No trató esta vez de entrar en la estancia de Julia, y se contentó con dar un beso a su prima, que no quedó muy contenta, sorprendiéndole la variación de su primo. Al alejarse, éste volvió a la taberna para despertar a los dormilones.

Su tío, al abrir los ojos, murmuró:

—¡Dame agua, Bárbara!

—Creéis estar en vuestro lecho, tío, y habéis pasado la noche de parranda.

El maestro de escuela balbuceó:

—¡Ya recuerdo!... la gallina... el zorro... pero no recuerdo más.

—¿No recordáis que hemos ido a casa?

—¿Para qué?

—Queríais saber si vuestra esposa dormía.

—¿Y entré?

—¡No!

—Me alegro; porque, si mi mujer me ve ebrio, me saca los ojos.

—Vuestra mujer no os ha visto, pero creo que os vio Julia.

—¿De veras?

—Os empeñasteis en pasar por el jardín.

—Capaz soy de haberlo hecho, pero no lo recuerdo.

—¡Estabais tan chispo!

—¡Truenos! ¡Siento que me haya visto mi hija!

—No lo sé de positivo. Pero haceos el desentendido.

—Eso será lo mejor. Ahora, bebamos pronto el ponche y vámonos.

—¿Diréis que no me habéis visto?

—Desde luego.

En cuanto tomaron el ponche, Jacobo abonó espléndidamente el gasto, y después de encargar al tabernero que guardase el mayor sigilo se marcharon.

Cuando llegaban a las cercanías de la escuela, tropezaron con un cazador furtivo.

A Jacobo se le ocurrió una idea al ver que llevaba el morral muy abultado.

—¿Habéis tenido suerte durante la noche? —dijo.

—Mediana —contestó el cazador—; una perdiz y una zorra.

—¿Queréis venderme la zorra?

—Desde luego.

—¿En cuanto?

—En seis francos.

—Venga el animal.

El maestro tomó la zorra, comprendiendo el ardid de su sobrino.

Al llegar a su casa, llamó repetidas veces con estrépito.

Bárbara abrió.

—¡Uf!... ¡qué peste!... ¡cómo hueles a vino, borracho! ¡Has pasado la noche en la taberna, en lugar de ir en persecución de la zorra!

—No sabes lo que dices, estúpida. ¿Qué es esto? —dijo echando al suelo el animal.

Julia, al oír ruido de voces, se levantó.

—¡Calle! —dijo abrazando a su padre—; creía que habíais vuelto hace rato.

—Así es; pero he arreglado algún tanto el gallinero, para impedir que esos diablos de animales vuelvan a entrar.

Julia, so pretexto de que tenía frío, volvió a meterse en el lecho. EL maestro también se acostó, aunque sin sueño.

—¡Mujer! —dijo en cuanto se encontró solo con Bárbara—; ¡qué existencia la nuestra! Porque es preciso que sepas que mi sobrino Jacobo se casa dentro de poco con Julia.

—¿De verdad?

—¡La adora!

—¡No es extraño! ¡Es tan hermosa! Se parece toda a mí cuando tenía su edad.

—¡Qué felices vamos a ser! —prosiguió el maestro sin hacer caso de lo que decía su mujer—. Mi sobrino será el modelo de los maridos —murmuraba el maestro, respondiendo de ese modo a su pensamiento.

Capítulo XVI

Dos horas después, el señor Galoppot se levantaba radiante. La embriaguez se había disipado ante los sueños de felicidad que le embargaban.

El pedagogo se plantó en medio del patio, cantando con toda la fuerza de sus pulmones, avisando de ese modo a su sobrino que era hora de presentarse.

La táctica del maestro tuvo resultado, pues Jacobo apareció al momento.

—Nada saben todavía de mi duelo con Coco —pensó el joven—, y necesito saber a qué atenerme, porque tengo para mí que la indignación y el escándalo van a ser tremendos cuando sepan lo sucedido.

Después añadió en voz alta:

—Voy a tomar un poco el aire, porque me duele la cabeza.

—A mí también me duele —dijo el maestro—; pero hoy no me puedo ausentar.

—¿No habéis visto aún a Julia?

—No.

—Entrad a darle los buenos días.

Jacobo entró en la sala en donde se reunía la familia. Julia recibió sin la menor turbación los besos que su primo estampó en sus mejillas.

—¿Habéis dormido bien, primo? —preguntó.

—Poco querida Julia —repuso el joven—; pensaba demasiado en vos.

—¡Qué galante! —se dijo el maestro.

—Yo también he dormido poco —murmuró Julia bajando la vista.

—¿Pensando en mí? —preguntó el joven girando sobre los talones.

—¡Contesta que sí! —dijo el maestro por lo bajo.

—¡Sí! —contestó Julia lanzando un suspiro.

—Tío, ¿me permitís abrazar a mi prometida?

—Cuanto queráis, hijos míos; ahí os quedáis —me voy a clase.

—Y yo a paseo.

El maestro se alejó sonriendo irónicamente.

En cuanto se cerró la puerta tras del maestro, Jacobo abrazó apasionadamente a su prima, besándola con furor.

—¡Oh, Julia!, ¡incomparable Julia! —exclamó—. Esta noche dejarás la ventana de tu cuarto abierta. ¡Tengo que contarte tantas y tantas cosas! ¡Si supieras cuánto amor atesora mi corazón para ti! ¡Oh, Julia adorada! ¡Dime que sí! ¡Di pronto que sí!

Julia se ponía roja, pálida, y murmuraba palabras incoherentes.

—¡Pronto, Julia! Tu padre me espera. ¡Julia, di que sí! ¡Si no pronuncias ese sí que anhelo, no respondo de mí!

Julia, temblorosa, contestó débilmente:

—¡Sí!...

Jacobo la abrazó delirante; luego abandonó la estancia.

Al salir de la casa siguió el camino que había recorrido con su primo durante la noche, es decir, hacia el *osario de los caballos*.

Los aldeanos empezaban a salir de sus viviendas; el movimiento y la vida se insinuaban.

Al llegar la reducida explanada en donde había tenido lugar el duelo, Jacobo, cuyo corazón palpitaba con violencia, se acercó con la cautela de la hiena que teme ser sorprendida.

Nadie había en las cercanías del abismo donde rodó el cuerpo de *Coco*. Jacobo adelantó hasta el borde, creyendo oír quejas lastimeras; tapóse los oídos con las manos; el remordimiento torturaba su corazón. De pronto, innumerables pájaros negros salieron del abismo, pasando por encima de su cabeza y dejando oír roncosp graznidos.

—¡Oh!, ¡son cuervos! —exclamó—. ¿De dónde salen? Del precipicio. ¡Desgraciado!, ¡desgraciado!

Y se ocultó el rostro con las manos, sin atreverse a avanzar ni retroceder.

Mas de pronto se irguió, y con paso resuelto avanzó hasta la orilla del precipicio.

Allí notó que las piedras que le circundaban habían sido removidas.

—¡Aquí nos hemos batido! —dijo.

Adelantó aún dos pasos, hasta dominar el fondo del abismo; en vano buscó el cadáver y los floretes: ni uno ni otros se veían. Se le erizó el cabello y balbuceó:

—¿En dónde estará? ¿Le habrán sacado de aquí? ¿Estaría tan sólo herido?

En el lado opuesto se veía un rastro de sangre: dio la vuelta al precipicio y observó que el rastro se perdía a los pocos pasos.

—Tengo por seguro que le han sacado de aquí —se dijo.

Y alejándose a pasos precipitados, se dirigió a la aldea.

Cerca de la morada de *Coco* vio a un campesino trabajando.

Jacobo se le acercó diciéndole:

—¿Habéis visto esta mañana a *Coco*?

—*Coco* —contestó el aldeano— es como las estrellas, que aparecen y desaparecen de pronto.

—¿Sabéis si se le puede ver en su casa?

—Llamad a esa ventanilla; si está, os abrirá la puerta.

—Si le encuentro en su casa, le pediré perdón; después de todo, no hemos de estar siempre enemistados. No obstante, más quisiera haberle muerto, porque así no me volvería a ocupar de él. Como se ve, Jacobo, aunque atormentado por los remordimientos, no experimentaba ninguno por la acción que acababa de cometer.

Llamó en casa de *Coco*. Nadie contestó; pero el ventanillo giró, y Jacobo pudo echar una ojeada en el interior de la casa.

Todo estaba en el mismo orden que cuando entró con su tío. El lecho se veía, y

nada demostraba que en él hubiese alguien acostado.

—No está —dijo palideciendo el joven.

Y después de esto volvióse a casa de su tío.

Conforme se iba aproximando, creyó que las pocas personas que encontraba al paso se desviaban de él.

Cuando llegó delante del estanco, Grisey le llamó.

Jacobo, que no tenía gana de conversación, hizo que no oía; pero a las repetidas voces del estanquero se aproximó.

—¿Sabéis la nueva de hoy? —preguntó el estanquero.

—¿Qué nueva?

—Vuestro tío ha comprado esta mañana una zorra podrida.

—¿Quién os ha contado esa paparrucha?

—El vendedor, que hace poco vendió también una liebre que Follot ató viva en una de las ramas pendientes del *osario de los caballos*. ¿Sabéis en dónde se encuentra el *osario de los caballos*?

—No —balbuceó el joven perdiendo la sangre fría.

—Pues, como os decía, Follot fue en busca de dos o tres amigos, y, llegando a corta distancia de la explanada que precede al abismo, exclamó: —¡Una liebre!—. Se echa la escopeta a la cara, suena el tiro y cae... ¡la liebre echa a correr!

—¿La había atado mal?

—Nada de eso. El tiro rompió la cuerda.

—¡Qué broma! —exclamó Jacobo, que estaba como en brasas, no sabiendo adónde quería ir a parar el estanquero.

Y levantándose dijo:

—Me marcho, que mi tío me estará esperando para almorzar.

—Os convido a los dos —repuso el estanquero.

Y diciendo esto echó a andar con el joven.

Una hora después, los tres hombres se encontraban sentados ante un abundante si no escogido almuerzo.

Capítulo XVII

Transcurrieron algunos meses. Jacobo, después de lograr la posesión de Julia, pretextó un quehacer en Besançon para alejarse de su víctima.

Coco, muerto o vivo, no parecía.

El maestro, ofendido y caviloso por las ausencias de su futuro yerno, resolvió trasladarse a Besançon para saber a qué atribuir las frecuentes y prolongadas escapadas del joven.

El señor Galoppot no había salido nunca de la aldea, y su apuro fue grande al encontrarse solo en las estrechas y sucias calles de la capital del Franco-Condado.

—Todo el mundo debe conocer a Jacobo Bertrand —se decía—. Un hombre que gana seiscientos francos en un asalto debe ser muy popular, sobre todo entre los soldados.

Y, reparando en un cabo de Artillería que atravesaba un puente, le detuvo diciendo:

—Señor militar, ¿tendríais la extremada amabilidad de decirme si conocéis al señor Bertrand?

—Sí, señor.

—¡Bien me parecía que así era de esperar!

—Sólo que conozco a varios.

—¡Ah!

—Si queréis venir conmigo, os guiaré, porque comprendo que sois forastero.

—¡Oh!... ¡no, señor! He estado otra vez en la capital, sólo que tenía dos años.

—¡Por lo tanto, no recordareis la topografía de la ciudad!

—¡No me acuerdo de nada, absolutamente de nada!

—Venid en ese caso.

Y se dirigieron por la calle de San Pedro.

Al corto rato, el cabo señaló una muestra que decía:

BERTRAND, CALLISTA

—¿Es ése vuestro Bertrand? —preguntó el cabo.

—¡Callista! ¡Callista! —balbuceó el maestro—; ¡esa palabra no está en el *Vocabulario*!... No sé lo que es un callista.

—¿Tenéis callos en los pies?

—Muchos.

—Ese Bertrand se encargará de extirparlos.

—¡Jesús, María y José! ¡Eso no es difícil! ¡A qué oficios tan raros se dedican las gentes en las grandes poblaciones! ¿Y gana mucho dinero extirpando callos?

—Cien mil francos al año.

—¡Jesús, María y José! Me dan ganas de abrazar esa profesión. ¿Y cómo extirpa los callos?

—Invita a los clientes a sentarse, les quita el calzado, luego las medias o calcetines, y les persuade de que ya están curados.

El maestro se encogió de hombros.

—Deben poseer por lo menos el grado de bachiller, porque tienen que haber estudiado Retórica para conocer el arte de persuadir. Pero mi sobrino no tiene esa profesión; gana mucho dinero..., dando asaltos.

—¿Qué asaltos?

—Asaltos de armas.

—¡Diablo!, ¿es profesor de esgrima?

—¡Sí! Vuelve de África.

—¡Oh!, ¡ya le encontraremos! Dará los asaltos en el teatro.

Tomaron una calle transversal para ir al teatro. En una de las columnas del peristilo se leía en un gran cartel:

BERTRAND Y RATÓN

El maestro miraba atónito el cartel.

—¡Jesús, María y José! Teníais razón, señor militar. Ya veo su nombre.

El cabo ahogó una carcajada.

—¿Qué significa la palabra Ratón al lado de su apellido?

—Es el nombre de su mujer, que trabaja con él.

El maestro tuvo un desvanecimiento, y si el artillero no le hubiese sostenido, habría rodado por el suelo.

—¿Qué os pasa, buen hombre?

—¡Soy muerto!... ¡el infame!

—¿Qué es eso?

—Ayudadme a llegar hasta ese café; tomaremos una copa de kirchs para reponerme.

El artillero le acompañó al café.

—Un vaso de ponche —dijo— sería tal vez mejor.

—Pedidlo, joven.

Mientras lo tomaban, el maestro contó al cabo los motivos de su enfado contra su futuro yerno.

—¡Ah! ¡Diablo! ¡Eso es más grave de lo que me figurab!a —murmuró el militar, conmovido ante el profundo dolor que se reflejaba en el semblante del maestro de escuela.

Y en voz alta añadió:

—Tal vez no sea eso... habréis leído mal el cartel.

—Habéis de saber, joven, que yo no me puedo equivocar, porque soy maestro superior.

—¡Eso no quiere decir nada! *Bertrand y Ratón* es, así lo creo por lo menos, el título de una comedia.

—¿Qué decís?

—Vamos a ver el cartel.

El maestro corrió al peristilo, y volvió al momento radiante.

Y al militar, estrechándole la mano, le dijo:

—Me salváis la vida.

—Tengo permiso hasta la noche; trataremos de encontrar a vuestro sobrino. ¿Conoce a alguien en la ciudad?

—Creo que no, excepto al doctor Brochet, quien le ha escrito hace poco.

—¿En dónde vive ese doctor?

—No lo sé.

—¡Diablo! ¿Cómo lo hemos de encontrar? Esperadme un momento; subiré a casa del dentista que se halla enfrente.

Poco después bajó diciendo:

—Ese médico vive lejos; pero os acompañaré.

Pronto llegaron ante una hermosa casa.

—Esperadme un instante —dijo el maestro—; si mi primo no está en casa del doctor, os acompañaré hasta el cuartel.

—Os esperaré, pero no en la calle, porque hace frío. Me hallaréis en la tienda de vinos de enfrente.

—¡Bien!

El maestro de escuela encontró al doctor leyendo en su despacho.

—¿Qué deseáis, caballero? —preguntó con voz cascada el médico.

—Busco a mi sobrino Bertrand, señor doctor.

—¿Quién es vuestro sobrino Bertrand?

—Jacobo Bertrand, el hijo del señor Leroux de Champcarré.

—¡Ah!, ¡ah!, y ¿qué le queréis?

—Saber si se halla en buen estado de salud.

—Podéis echaros a buscarle en cada uno de los pueblos de las cercanías de Besançon, luego en todos los figones de la ciudad, y tal vez le encontréis.

—¿No podéis indicarme adónde va con más frecuencia?

—¿Cómo queréis que lo sepa?

—Gracias, caballero.

Y el maestro, tomando el sombrero, se disponía a salir.

—¿Por qué le buscarán? —pensó el médico.

Y llamando al maestro le preguntó:

—¿Sois de Freysolles?

—Sí, señor. Soy el maestro de escuela.

—Recuerdo haber ido a vuestra casa hace algún tiempo para ver a vuestro sobrino. Sentaos. ¿Qué hay de particular entre vos y el señor Bertrand?

—Que es el prometido de mi hija.

—¡Bah! ¡Ese joven..., prometido de vuestra hija! ¡Vos no sabéis lo que decís! ¡Como sabéis que dentro de poco será millonario, no queréis perderle de vista!

El maestro se puso rojo.

—¿Creéis que me guía el interés?

—¡Lo tengo por seguro! Los aldeanos de Champcarré son demasiado interesados para casar sus hijas con quien nada tiene.

—Caballero, Bertrand es mi sobrino.

—Y eso ¿qué significa? Cuando Leroux haya muerto, el parentesco desaparecerá. El maestro miraba atónito al doctor.

—Bertrand ¿se ha comprometido con alguna promesa? —prosiguió el doctor.

—¡Sí, señor!

—Pues que se desdiga.

—¿Cómo?

El doctor, en lugar de contestar a la pregunta del maestro, añadió:

—¿Os debe algún dinero?

—No, señor.

—Entonces no comprendo vuestra insistencia en perseguir al señor Bertrand.

Aquella manera de eludir la cuestión exasperó al maestro.

—Caballero —exclamó—, si me habéis detenido con intención de mortificarme, hubierais podido dejarme marchar.

—Nadie os detiene; tenéis la puerta franca.

—Al oíros se diría que tenéis alguna hija casadera, señor doctor.

—Soy soltero, señor pedante, y no os concedo el derecho de dirigirme observaciones. Debo, sin embargo, deciros que el señor Bertrand se ocupará de vos y de vuestra hija cuando no tenga nada que hacer. He dicho.

El maestro estuvo a punto de desmayarse de ira y sentimiento.

—¡Oh, caballero! —murmuró—; me laceráis el alma, y Dios os castigará por no tener compasión de un pobre padre que trata de buscar la felicidad de su hija; pero no podéis comprenderme, porque no tenéis más corazón que vuestro bisturí. ¡Que Dios castigue vuestra crueldad!

—¡Dios —dijo el doctor con sonrisa irónica— es el dinero!

—El dinero se va, doctor, y Dios queda.

—¡Dejadme en paz, buen hombre, y marchaos!

El maestro de escuela giró sobre sus talones para marcharse; pero reflexionó que no debía hacerlo sin decir cuatro verdades al bribón que le insultaba sin piedad.

Dominando, pues, su natural timidez exclamó:

—¡Antes de salir, quiero deciros que sois un bribón, un canalla, y que yo, siendo un pobre hombre sin un cuarto, valgo mil veces más que vos con vuestro lujo y vuestro fausto! ¡Sí, señor! Se ha visto a muchos médicos enriquecerse envenenando a sus enfermos... y vos sois uno de tantos.

Dio media vuelta, y antes de que el médico saliera de su estupefacción, el maestro se encontró en la calle, entrando como un huracán en la tienda de vinos en que le esperaba el artillero.

—¿Y bien? —preguntó el cabo.

—¡Chist!, ¡mirad!

El maestro vio salir al doctor Brochet en un estado de agitación difícil de describir.

—¡Va a casa del comisario! —pensó—. En mal asunto me he metido.

Y contó al cabo lo que había dicho al médico.

—No tengáis miedo —dijo el cabo—; marchémonos y veréis.

El maestro siguió maquinalmente al soldado.

Paseáronse largo rato por la calle, sin observar nada anormal.

—No se habrá atrevido a dar queja —insinuó el cabo—; prueba de que le habéis dicho la verdad.

—Me ocurre una idea —dijo el maestro—. Se me figura que mi sobrino ha de ir a casa del médico esta tarde; por lo tanto, me voy a instalar en la tienda de vinos para vigilar la casa.

—Entonces no me necesitáis ya —dijo el artillero.

—Por el momento no; pero, si os dan permiso, venid a buscarme y cenaremos juntos.

—Vendré —contestó el cabo.

Y se alejó, mientras el maestro se colocaba perfectamente para ver quién entraba y salía en casa del médico.

Capítulo XVIII

El Sol se ocultó detrás del fuerte Bregille. Se encendieron los faroles de la calle; el señor Brochet y Jacobo Bertrand no aparecían.

—Me parece que pierdo el tiempo —murmuró el maestro contrariado—. No obstante, no quiero dudar de mi sobrino. Será un calavera, pero lo creo honrado y mecido por dulces ilusiones.

Con estas reflexiones, el pedagogo se armaba de paciencia.

A la hora de comer, el cabo entró; al verle el maestro tuvo un rayo de alegría y acogió al militar con la satisfacción con que se vuelve ver a un antiguo camarada.

Los dos nuevos amigos comieron alegremente, sin perder de vista la puerta de la casa del doctor.

Por desgracia, la obscuridad era intensa, y esto obligaba al maestro a salir de vez en cuando a la calle.

De pronto entró diciendo:

—¡Acabo de verle entrar!

—¿A vuestro sobrino?

—¡No! Al doctor.

—¿Tenéis ganas de insultarle de nuevo?

—¡No, a fe mía! —murmuró ingenuamente el maestro.

—¡Mirad! —dijo vivamente el cabo—; mirad el que sube por la escalera de la casa del doctor. Tiene trazas de un maestro de esgrima vestido de paisano. ¡Tal vez sea vuestro sobrino!

El maestro sólo veía de espaldas a la persona que subía por la escalera.

—Por el aire se parece a mi sobrino —contestó el maestro perplejo—; pero Jacobo no viste tan bien.

En el momento en que fijaba toda su atención en el personaje que subía la escalera, éste volvió la cabeza, dejando ver al asombrado pedagogo el semblante de Jacobo Bertrand.

—¡Oh! ¡Jesús, María y José! ¡No os habéis equivocado! ¡Él es!, ¡es mi sobrino!

—¿Vais a caer encima de él?

—¡No! Esperaré a que baje; entonces le hablaré.

Jacobo entró en el despacho del doctor como si entrara en su casa. Éste le dijo:

—¡Cuánto me alegro de veros, querido! ¿Cómo os llamaré?

—Sencillamente vuestro cliente.

—¡Cliente... eso es!

—¿De qué cantidad, doctor?

—No hablemos de eso.

—Todo lo contrario, porque vengo por un nuevo empréstito.

—¿De?...

—Un billete de quinientos, y cien francos en metálico.

—Os daré lo que pedís, pero os sermonearé como a los chiquillos. Gastáis el dinero sin contar. Anoche perdisteis ciento cincuenta francos al *ecarté* en casa de mi prima.

—En cambio vos ganasteis tres mil asistiendo a la mujer del director de Contribuciones.

—Esas gangas se presentan rara vez. Bien sabéis que tengo poca clientela... Gano apenas quince mil francos al año.

—¡No me parece tan poco!

—Recordad que os he dado mil quinientos francos en tres meses.

—No olvidéis lo que os tengo dado en cambio.

—Veo que nos entendemos.

—¿Y el gran asunto?

—¡Eso es grave! Es preciso no precipitarse. Os he confiado mi plan... sed discreto. Poseo vuestra firma y puedo perderos. Yo, en cambio, puedo estar en Suiza en tres horas; una vez allí, nada temo.

—Lo sé.

—Seguid, pues, mis consejos, y nada os faltará. ¿Cuándo pensáis volver a Freysolles?

—¡Ya no me acordaba de semejante cosa!

—¡Diablo!, ¿y vuestra prometida?

—¿Qué prometida?

—¡La hija del maestro de escuela!

—¡Olvidada!... Pero ¿quién diablos os ha puesto al corriente?

—El pobre pedagogo, que anda buscándoos. ¡Ha estado aquí esta tarde!

—¿Mi tío?

—En persona; pero le he hecho perder las ilusiones diciéndole que no debía contar con vuestra alianza.

—¡Caramba! ¡No sé cómo presentarme ahora ante mi tío!

—En nada os comprometéis con ofrecer.

—¿Ése es vuestro parecer?

—Sí.

—Entonces, poco me importa; sois un gran jurisconsulto, y sigo al pie de la letra vuestros mandatos.

—Yo no mando. ¿De qué modo vais a seguir mis consejos?

—Volviendo a Freysolles, para pasar allí ocho días.

—¿Es linda esa joven?

—Como puede serlo una aldeana.

—¿Una palurda?

—Exactamente.

—¿Y qué os parece la señorita Désarbres?

—No tiene punto de comparación. Pero mis galanterías se estrellan ante su indiferencia.

—¡Bah! Cuando seáis rico, querido cliente, no encontraréis resistencia; sólo que debéis corregir vuestra manera de hablar. Os expresáis bien cuando ponéis cuidado. Tenéis *sprit*, cierta educación, pero carecéis de escogido trato social. Renunciad a vuestras relaciones de baja esfera. Empapaos en la lectura de autores distinguidos, y ya veréis.

Jacobo se sonrió.

—¿Sabéis que sois un guapo muchacho cuando queréis?

Jacobo se retorció el bigote con aire conquistador.

—Con esa postura tenéis aire de capitán *Spavento*.

—¡Vamos, haré lo que queráis si me dais el dinero que os he pedido!

El médico se apresuró a complacer Jacobo.

—Ahora —dijo éste— me marcho tomar el billete para ir a ver a mi tío Galoppot.

—Y a su hija —añadió el médico sonriendo.

—¡Por supuesto!

En cuanto desapareció el joven, el médico sacó de un cajón un fajo de papeles color pajizo. Estudió con atención los rasgos, y los calcó sobre papel blanco.

—Es casi igual —dijo con evidente satisfacción—. Sólo la firma discrepa un poco. Lograré, pues, mi objeto... Ahora falta lo esencial.

Y tomó de un estante un pequeño frasco lleno de un líquido rojo, lo examinó con detención y murmuró:

—Faltan aún cinco o seis meses... tal vez menos... ¡ya veremos!

Y, ocultando la cabeza en las manos, murmuró en alta voz:

—¡Quinientos mil por un lado, doscientos mil por otro!... ¡Oh!, ¡si hubiese podido comprometer al notario! ¡Pero no ha podido ser! Es claro... ¡trabajan por su cuenta!... ¡Oh! ¡Seiscientos mil francos!... ¡Cuánto oro! El oro es el único soberano del mundo..., brilla en la obscuridad. Es la llave de todos los goces. ¡Dios mío, cuánto he trabajado para adquirir esa fortuna! ¡He empleado veinte años para lograrlo! ¿Y lo tendré por fin? ¿Si o no? ¡Terrible perplejidad! ¡Siento que me falta el valor! Aspiro todas las felicidades después de tan larga lucha. Si tuviese que renunciar a esa esperanza, me saltaría la tapa de los sesos. Porque empezar a vivir trabajando, sufriendo humillaciones, suplicando honorarios; oír decir a unos: Sois muy carero; a otros: ¡No pago porque no me habéis curado!... ¡Qué triste ciencia la Medicina! Aniquila el alma vulgarizando la vida. ¡Y decir que con una incisión de escalpelo puedo suprimir una existencia..., y destruir la obra de Dios!... ¡Triste ciencia, que pone en la mano del hombre tan misterioso poder!... Con ese oro tendré libertad, independencia..., besos, caricias, goces sin medida. ¡El oro es el verdadero Dios! ¡Poseer oro es ser sabio! ¡El oro lo es todo! ¡El oro trae los honores, las

alegrías, la tranquilidad! ¡Quiero, pues, oro y lo tendré!

La puerta se abrió, dando paso a una mujer de unos treinta años, muy hermosa y elegante.

—Buenas noches, amigo mío —dijo abrazando con desenfado al médico—; ¿cómo te encuentras?

—A mí me toca como médico hacerte esa pregunta.

—¿Aun tratándose de mí?

—Sobre todo tratándose de ti, querida Enriqueta.

—Pues vengo a consultarte.

—¿Consulta gratis?

—¡No! Te pagaré.

—¿Qué das en señal?

La recién llegada volvió a abrazar al doctor.

—Pues, querido, me encuentro enferma, muy enferma.

—¿Del corazón?

—¡No!... ¡de la cabeza! Porque busco y no hallo el medio de encontrar admisible el oso que me has mandado.

—¿Te chanceas?

—Digo verdad. Aunque en mi corazón haya cabida para toda clase de afecciones, no hallo el medir de colocar a tu recomendado.

—Pues es preciso hacer un esfuerzo, señorita Désarbres.

—Debes decir a ese rufián que sea más amable. ¿Sabes lo que me ha dicho, como galantería refinada?

—¡Cualquier majadería!

—¡Que estoy cortada para aprender la esgrima!

El doctor soltó una carcajada; pero, recobrando al punto su seriedad, añadió:

—Tiene, no obstante, cierto sentido común, para que semejante sandez se le haya escapado. ¡Debe estar muy enamorado de ti!

—¿Eso crees?

—Tenlo por seguro.

—En tal caso, ya no me burlo del infeliz.

—Aquí, en confianza, puedes reírte de él cuanto quieras, pero no le desesperes. ¡Ya variará!... Con una sirena como tú no es difícil.

—¡Por lo visto, ya no me quieres!

—Sí, pero no me casaré contigo.

—En eso te has adelantado a mi pensamiento.

—Tanto mejor, amiga mía; de ese modo nos amaremos más tiempo.

Capítulo XIX

Cuando Jacobo bajó de casa del doctor, el maestro le detuvo diciendo:

—¡Caballero!

Bertrand reconoció al momento a su tío.

—¡Qué feliz encuentro, querido tío! —exclamó el truhan abrazando al confiado maestro.

—He venido en busca de noticias vuestras —balbuceó el maestro.

—Gracias por ese cuidado; pero ¿qué temíais?

—Que os hubiese sucedido algo desagradable; y luego Julia, que está pidiendo por vos todos los santos del Paraíso.

—¡Angel amado! Yo también estoy triste de no verla; pero los negocios ante todo. Eso bien lo comprendéis, ¿verdad, tío?

—Entremos en esta tienda; me espera un artillero que he convidado comer.

—Vamos; pero saldré al momento, porque quiero tomar un asiento en el coche.

—¡Jesús, María y José! ¿Adónde vais?

—¿No comprendéis?

—¡A fe mía que no!... A menos que sea...

—¡Pues sí, vuelvo a Freysolles!

El maestro abrazó a su sobrino.

—¡Oh, querido yerno! ¿Amáis todavía mi hija?

—¡Siempre!... y esta corta ausencia me hace comprender aún más cuánto la quiero...

—El coche no sale hasta mañana; tenemos tiempo de pedir los asientos luego.

—¡Entonces, entremos!

El maestro de esgrima, al entrar en el café, se fijó en el artillero.

—Si no me engaño —dijo después de saludar—, pertenecéis al tren de equipajes.

—Sí, señor, y he asistido la toma de Argel.

—Me parece reconocerlos. ¿No os llamáis Moreau?

—¡Ah!... me acuerdo de vos. Cuando vuestro tío me dijo que os llamabais Bertrand, ¡maldito si os recordaba!

—¡Cuánto me alegro de encontraros! ¿Habéis cenado?

—En compañía de vuestro tío.

—Lo siento, porque tendría gusto en obsequiaros.

—Me doy por obsequiado, y os lo agradezco.

A la mañana siguiente, tío y sobrino se encontraron en el despacho de diligencias, sin saber por dónde habían ido.

Cuatro horas más tarde bajaban del coche en Freysolles, mal repuestos de la

infernall noche pasada en Besançon.

Un poco antes de llegar a la aldea, Jacobo pidió a su tío con cierta ansiedad noticias de su primo *Coco*.

—No penséis en ese loco —contestó el maestro—. En el momento menos pensado nos encontraremos con él.

Al oír el ruido del coche, Julia y su madre salieron a la puerta; la madre impaciente, Julia conmovida y temblorosa.

Jacobo abrazó con efusión a la joven.

—¡Por fin ya estáis aquí! —dijo.

—No estaba lejos, querida Julia, y me acordaba mucho de vos.

—¡Oh!, no hacéis nada de más en acordaros de mí, sobre todo en estos momentos en que no dejo de pensar en vos un solo instante.

—¿Tendrá acaso corazón? —pensó el joven—; siendo así, ¡pobre Jacobo!

Y abrazó de nuevo a su prima.

—¡Oh! —murmuró ésta al oído de Jacobo—; esta noche os espero. Tengo que deciros cosas muy graves.

—No faltaré, Julia.

—¡Qué desgraciada soy, amigo mío!

—¡Desgraciada!... ¡vos!

—¡Lo tenía previsto! El día de Año Nuevo, la primera persona que vi fue una mujer. ¡Desgracia segura! El día de vuestra llegada vertí el salero; al día siguiente, al salir, encontré delante de la puerta pajas puestas en cruz. ¡Todo eso es mala señal!

—¡Julia —exclamó con severidad el joven—, te prohíbo pensar en esas tonterías! ¡Necias supersticiones, estúpidas tradiciones del vulgo! Te amo: ¿qué puedes temer?

—Si me amas, seré siempre feliz.

—¿De veras?

—¡Oh, sí! Ahora más que nunca tengo sed de tu amor.

El maestro se había alejado discretamente, para dejar más libertad a los jóvenes.

Al oír por segunda vez la misma expresión en boca de Julia, el joven se estremeció.

—¡Diablo! —pensó—; si eso fuera, ¡qué complicación!

En cuanto las estrellas empezaron a brillar en el Cielo, Julia, so pretexto de una fuerte jaqueca, se retiró a su cuarto.

Una hora más tarde, sus padres la imitaron.

Poco después Jacobo entraba en la estancia de la joven.

A la débil claridad de una lamparilla, Bertrand pudo observar que Julia se hallaba desmejorada.

Sentada en una silla, el codo apoyado en el lecho, lloraba.

—¿Qué es eso, Julia? ¿Qué tienes, ángel mío? —preguntó Jacobo arrodillándose ante su prima.

—Fíjate en mí, Jacobo.

Julia no era ya la robusta y fresca aldeana de algunos meses atrás.

Su rostro había perdido sus frescos colores y ganado en finura lo que perdiera en robustez.

Aquella metamorfosis del amor la hacía interesante.

—¡Es verdad! —dijo—; estás más linda que nunca.

—¡Ay!

—¡Vamos, loquilla, dame la explicación de esos ayes que no dejan de salir de tu pecho desde esta mañana!

—No me atrevo.

Y sollozando se abrazó a su amante.

—¿Estás en cinta? —murmuró el joven en voz baja.

—¡Sí! —respondió Julia sollozando.

Jacobo esperaba aquella contestación; sin embargo, se estremeció.

—¡Diablo! —pensó—; mi situación es cada vez más difícil. Escribiré al doctor.

Y, levantando la cabeza de la joven, le dijo:

—No te apures, querida niña. Ese ángel será un doble lazo que nos unirá; ten la persuasión de que no le abandonaré, lo mismo que ti.

—¡Oh! ¡Entonces soy feliz! Pero apresúrate a terminar tus negocios. El día de nuestra unión será, el más feliz de mi vida. Hoy empiezo a vivir. Desde tu partida he estado más muerta que viva. ¡Oh, amigo mío, apresura el momento de nuestro matrimonio! En los quince días que he pasado sin verte he envejecido quince años. ¡Mira qué palidez! Si te alejaras de nuevo, moriría.

Jacobo hizo un gesto de disgusto.

—Tendrás que resignarte, querida amiga —dijo suspirando—, porque mis asuntos no están aún terminados.

—¿Después de tanto tiempo?

—¡Sí, querida, y Dios sabe si he trabajado! He dado cinco asaltos consecutivos y ganado bastante dinero... pero eso no es bastante para casarse.

—Cuando estemos casados, ¿quién te impedirá trabajar?

—¡Nadie, es cierto! Pero, para un hombre casado, esa profesión no es decente.

—¡Ah!...

—Además, no tengo aún la licencia definitiva, ni la tendré hasta dentro de dos o tres meses, y no puedo casarme sin ese requisito.

—¡Oh, Dios mío!

—Tranquilízate, niña querida. Te juro por lo más sagrado que serás mi mujer.

—Dios te oiga, Jacobo. Porque si me abandonaras, como muchos abandonan a las jóvenes que seducen, no me atrevería a maldecirte, pero Dios te castigaría y tendrías mal fin. Créeme... ¡no seas perjuro, y el Cielo te premiará!

Las primeras amarguras del amor habían hecho elocuente a la joven. Jacobo se sintió conmovido a pesar suyo por las palabras de su prima. Por un momento pensó en abandonar sus ambiciosos proyectos para unirse con lazo indisoluble a su inocente

víctima.

Pero la reflexión le hizo comprender que, habiendo engañado a los padres de su prometida haciéndoles creer que era profesor de esgrima, después de casado había de ser una pesada carga para el maestro de escuela, puesto que no tenía, como se dice vulgarmente, ni oficio ni beneficio.

Por otra parte, no abrigaba la certeza de heredar del señor de Champcarré sino con ayuda del médico y en virtud de una falsificación combinada entre ambos.

—Pobre, no debo casarme con ella —se decía—; cuando sea rico podré cumplir mi palabra.

Y concluyó por decirse:

—Dejemos marchar el tiempo. No precipitemos los acontecimientos. Ellos se desenredarán por sí solos.

Luego, alzando la voz, dijo:

—Confía en mí, adorada Julia. Jamás doy mi palabra en vano: lo que he ofrecido lo cumpliré.

Después de una hora de conversación, Jacobo abandonó la estancia de la joven.

La Luna empezaba su ascensión en el Cielo; sus rayos disipaban las sombras de la noche; a su pálido resplandor, Jacobo vio una sombra deslizarse por la empalizada que cercaba el jardín, perdiéndose luego entre la frondosa maleza que circundaba el huerto.

—¿Quién diablos puede ser? —se preguntaba el joven—. Necesito saberlo.

Dio la vuelta a la casa, llegando hasta el camino en que el Mortard serpenteaba como una cinta gris, adornada de trecho en trecho por malezas y arbustos.

Al principio no vio a nadie. El camino estaba desierto y se perdía en las lejanas nieblas.

Cuando su mirada se acostumbró a la obscuridad, le pareció divisar en lontananza una forma humana y moverse en la penumbra para acercarse al camino.

—Iré en su busca —se decía.

Y sin saber cómo se puso en persecución del desconocido que parecía espiar sus pasos.

Éste caminaba rápidamente en dirección al *osario de los caballos*.

—¡Demonio! —exclamó Jacobo—, ¿qué significa esto? ¿Adónde va?

Impulsado por una fuerza incomprensible, echó a correr en la misma dirección.

Pronto llegó cerca del sitio en que se verificó su duelo con *Coco*.

La aparición se desvaneció.

Obedeciendo al vértigo que le dominaba, Jacobo miró hacia el abismo... ¡Horror!

El cadáver de su primo yacía en el fondo del precipicio. La Luna iluminaba su pálida faz.

Jacobo lanzó un grito.

Y, como Caín perseguido por la venganza de Dios, echó a correr despavorido, hasta dar con la cabeza en el angulo de una casa en la aldea de Freysolles.

El dolor le devolvió la razón.

En derechura se fue a casa de su tío, tiritando como si hubiese estado metido entre nieve, y para entrar en calor se deslizó en el lecho.

Capítulo XX

Al día siguiente, fiebre intensa le retuvo en la cama; un delirio espantoso se apoderó de su espíritu; el aspecto de *Coco* pasaba y repasaba ante él, envuelto en largo sudario; oleadas de sangre mezclada con ayes lastimeros salían de la herida.

Cuando el maestro entró en la habitación de su sobrino, le sorprendió la descomposición de sus facciones.

—¡Jesús, María y José! —exclamó—; ¿estáis enfermo, querido sobrino?

—Sí, tío —contestó el joven—. Tengo una fiebre intensa.

—Llamaremos al médico.

—¡No! Quiero volver esta noche a Besançon.

El maestro, pensativo, preguntó:

—¿Creéis poder aguantar el movimiento del coche?

—No lo sé; pero no quiero que el médico se instale a la cabecera de mi cama.

Gran lucha se trababa en el cerebro del maestro. Por un lado hubiera querido detener a su sobrino; por otro, temeroso de que la enfermedad fuese larga y costosa, deseaba se marchara, pues todo el aspecto del enfermo le hacía creer que su estado era gravísimo.

En efecto, el mal debía ser grave para haber en una noche desfigurado de tal modo el semblante de Jacobo.

La vista inyectada, los ojos casi fuera de las órbitas, su tez pálida, demacrada, y el cabello pegado por el sudor a la frente y mejillas, aumentaban su edad en veinte años más.

El maestro de escuela, aterrorizado, se separó del joven.

—Prepara un agua cualquiera para mi sobrino —dijo a su mujer—; se encuentra mal, y me parece que su estado es grave.

—¡Jesús!... ¡Y estaba tan bueno ayer!

—¡Hay tantos que, gozando de buena salud, mueren de repente!

Al oír estas palabras, Julia estuvo apunto de caer en tierra.

Sin embargo, haciendo un esfuerzo, subió ver su futuro.

—¡Dios mío!, ¿qué te ha sucedido, Jacobo? —preguntó, al tiempo que le cubría de besos.

Jacobo, que deliraba aún, contestó:

—¡Le he visto!, ¡le he visto!

—¿A quién?

—¡A él... a él!

—Pero ¿quién?

La voz de Julia le calmó algún tanto.

—¡Ah!, ¿eres tú, Julia? —dijo.

—Sí, amigo mío. ¿A quién has visto, que tanto te ha impresionado?

Jacobo recuperó la razón.

—Quiero volver a Besançon —decía.

—¿Quieres marcharte?

—¡Es preciso! La estancia en Freysolles me apena, me abruma. He visto cosas espantosas. ¡No quiero estar más aquí!

Julia se echó a llorar exclamando:

—¿Tendrás valor para dejarme?

—¡Irás conmigo! —balbuceó Jacobo—. Nos marcharemos... ¡serás mi compañera, mi mujer!

—¡Separarme de mis padres antes de casarme, eso no! Casada, te seguiré hasta el fin del mundo.

—¡Tranquilízate! ¡Ya nos casaremos! Di a tu padre que suba enseguida... tengo que hablarle a solas.

Julia fue en busca de su padre.

—Oídmeme —le dijo Jacobo—. ¿Recordáis cuando me separé de vos anoche?

—Sí; cuando nos recogimos.

—Me sentía mal, y para disipar un gran dolor de cabeza que me atormentaba, me fui a tomar el aire.

—¿Por qué no me lo dijisteis? Os hubiese acompañado.

Una sonrisa melancólica se dibujó en los labios del enfermo.

—Maquinalmente fui a parar a esa explanada que divide los cerros. ¿Cómo la llamáis?

—El *osario de los caballos*.

—¡Ah!, ¡ah!

—¿Cómo!, ¿habéis ido a parar allí?

—¡Os digo que no lo sé! El caso es que he ido, y que he visto una cosa espantosa.

—¿Qué habéis visto?

—En el fondo del precipicio he visto un cadáver con una espada que le atravesaba el pecho.

—¡Dios mío!, ¿habrá asesinos por allí?

—No lo sé.

—Eso sería espantoso, y en una aldea tan tranquila.

—Os suplico vayáis verlo, y me daréis vuestro parecer.

—Por complaceros iré, porque en pleno día no se atreverán conmigo.

Mientras bajaba la escalera, el maestro reflexionaba.

—¡Caramba! —se decía—; los asesinos son astutos. Pueden figurarse que estoy forrado en dinero. ¡Pardiez, no iré solo!

En la puerta se encontró al estanquero hablando con su mujer.

—¿No sabéis lo que ocurre? —dijo.

—No.

—Mi sobrino está enfermo, de resultas de haber sido atacado por unos ladrones, la noche pasada cerca del *osario*.

—¡Ladrones! —repuso el estanquero—. ¡Diablo!, ¡diablo!, ¿será alguno como el que frecuentaba el bosque del Mortard tiempos atrás?... ¿Habéis oído hablar de eso?

—No.

—¡Tenía un modo de robar tan raro! Aprovechándose de la estación estival, dormía en el bosque, y cuando las mujeres pasaban para llevar al mercado hortalizas, leche, manteca y quesos, les salía al encuentro tal como su madre le había echado al mundo: las mujeres, asustadas y escandalizadas, soltaban las cestas para correr mejor, y el ladrón se quedaba con todo, dando el golpe por completo.

—¡Hábil método de robar!

—¡Desnudo!, ¡desnudo! —decía Bárbara indignada—. ¡Qué abominación!

—¿Y le detuvieron?

—¡Ca! Desapareció y no se pudo saber ni quién era ni de dónde había salido.

—Ahora la cuestión es más grave —dijo el maestro—; debe existir una banda de asesinos, porque mi sobrino ha visto un cadáver en el fondo de la sima.

—¡Ah, diablo!

—¿Venís conmigo, señor Grisey?

—¡Ciertamente!... después de tomar mi escopeta.

—¡Bien! Yo me llevaré esta hacha; con semejante arma, nada temo.

Los dos compañeros, dando la noticia a cuantos encontraban al paso, lograron poner en movimiento a toda la aldea. Una docena de mozuelos, armados de horquillas, picos y azadones, se les unió entusiasmada.

Mas, conforme se acercaban al sitio designado, su ardor disminuía.

Cuando llegaron al *osario de los caballos*, larga hilera de hombres se veía saliendo del pueblo. Los habitantes de Freysolles se escalonaban prudentemente como los *Horacios* y los *Curiacios*.

El maestro se adelantó, vacilante, tembloroso; pero, aguijoneado por el amor propio, avanzó hasta la orilla del abismo, escudriñando el fondo.

Nada vio.

—Volvamos a Freysolles, señores —dijo con tono enfático.— Los ladrones y asesinos, vencidos por la sangre fría, destreza y vigor de mi sobrino Jacobo Bertrand, han huido para siempre de estos contornos.

Electrizados por aquella pomposa arenga, los moradores de Freysolles entraron en la aldea cantando una marcha.

Aquel acontecimiento extraordinario dio mucho que hablar; durante un mes, Jacobo fue el héroe de todas las conversaciones.

Entre tanto el joven fue agravándose, y ya no hablaba de volver a Besançon.

Rodeado de tiernos y asiduos cuidados, volvió poco a poco a la vida.

Julia le cuidaba con una solicitud que no merecía.

—Prefiero tenerle a mi lado más que lejos de mí —se decía—; tal vez tenga en cuenta mi tierno cuidado... mi solicitud constante.

El maestro le visitaba con frecuencia, pero jamás se pronunció entre ellos una palabra relativa a la visita del doctor Brochet ni a la noche de Besançon.

No obstante, recordaba con frecuencia las palabras del doctor. Hubiera dado mucho por estar al tanto de las relaciones de su sobrino con el doctor Brochet, pero no se atrevía a preguntar nada al joven.

Cuando menos lo esperaban, el doctor se presentó en casa del maestro de escuela.

Al presentarse, pareció haber olvidado los resentimientos que podía abrigar contra él.

—El señor Bertrand ¿vive en vuestra casa? —preguntó con amabilidad al pedagogo.

—Sí —contestó con sequedad el maestro.

El doctor, sin decir palabra, se encaminó al primer piso.

Al ver a Julia sentada sobre el lecho de su primo, el doctor frunció el ceño, haciendo un gesto que podía traducirse de este modo: ¿Quién será esta mujer?

Jacobo, que comprendió el pensamiento del doctor, se apresuró a sacarle de su duda diciéndole:

—La señorita Galoppot, mi prima.

El doctor clavó una mirada en la joven, de tal modo que ésta, ruborizada, bajó la vista.

—¿Estáis en cinta, señorita? —dijo brutalmente.

Julia se sintió desfallecer ante aquel brusco ataque.

Sin preocuparse ni del estado ni de la presencia de la joven, el doctor añadió dirigiéndose a Jacobo:

—Tengo que hablaros a solas.

Jacobo hizo un ademán, y Julia, mas muerta que viva, se alejó de la estancia.

—Dentro de ocho días podréis levantaros —dijo el doctor después de pulsar y examinar detenidamente al enfermo—; ahora hablemos seriamente. ¿Qué habéis resuelto?

—Nada aún.

—¡Supongo que no habréis renunciado a vuestros proyectos!

—¿Cuáles?

—¡Vuestra unión!

—¡Ah, querido doctor! ¡Ya no sé ni lo que puedo ni lo que quiero hacer! La señorita Désarbres no me amará, nunca, mientras que...

—Mientras que la tontuela que acaba de salir os amaría demasiado.

—No creo que eso sea un mal.

—Amigo mío, el exceso de amor engendra celos.

—Preferiría que ella los tuviera a verme expuesto a tenerlos.

—¡Sois un mentecato! ¿Queréis o no contestar a mis preguntas?

—Contestaré.

—¿Que pensáis hacer después de heredar?

—Poner casa.

—¡Bien! ¿Daréis recepciones?

—Sí.

—¿Recibiréis cierta sociedad?...

—Es evidente.

—¿Y cómo diablos queréis que una aldeana se ponga al frente de la casa de un millonario?

—¿Y si no heredo?

—Tened por seguro que heredaréis.

—Entonces, si llega el caso, veré lo que he de hacer.

—Es necesario tener ideas concretas, so pena de no llegar nunca a nada. Contestadme categóricamente. Si heredáis, ¿os casaréis, sí o no, con la señorita Galoppot o Galoppin? ¡Qué apellido tan inicuo!

—Pues bien, si heredo, no me casaré con ella.

El doctor estrechó la mano a su amigo.

—Vuestra determinación me hace feliz, querido mío, porque dais una prueba de buen criterio con ella. Ahora os diré que, regularmente, heredaréis dentro de poco.

—¡Ah!

—El señor Leroux de Champcarré sufre de una hidropesía complicada con varios otros padecimientos largos de enumerar; básteos saber que su vida no puede prolongarse más de dos meses.

Capítulo XXI

Al separarse de Bertrand, el doctor Brochet atravesó el Mortard para ir a Champcarré.

Cuando llegó al castillo, éste estaba silencioso como una tumba.

Parecía que un velo de tristeza cubría cuanto rodeaba al señor Leroux.

Al entrar el doctor, el dueño de la casa trabajaba en su despacho.

—¡Aún! —dijo el médico con visible mal humor.

—Ésta es mi vida —contestó Champcarré señalando un montón de papeles esparcidos sobre la mesa.

—¡Decid más bien que es vuestra muerte! Porque, de seguir así un poco más, con ese cansancio diario no llegaréis al otoño.

—¡Vaya un consuelo!...

—Hoy me encuentro algo libre, y quiero emplear el día estudiando detenidamente vuestra enfermedad... que os prometo combatir enérgicamente siempre que me ayudéis a ello cumpliendo con puntualidad mis prescripciones.

—Querido doctor, debo ante todo deciros que no tengo ninguna confianza en la Medicina.

—¿Y aún menos en los médicos?...

—¡Distingamos! Puedo apreciarlos como amigos; como médicos, reniego de ellos.

—Por lo tanto, mi visita es ociosa.

—Nada de eso; a fuerza de tratar al médico, el hombre ha concluido por apoderarse de mis simpatías, y hoy me parecen ya largos los días que no le veo.

Brochet se sonrió.

—¡Sois incomprensible! Creo que os habéis identificado demasiado con Moliere, y moriréis como él... por no querer hacer caso del médico.

—Entonces tardaré más en morir.

—¡Bien! Hoy estáis decididor; es un buen síntoma; pero, si queréis complacerme, dejemos a un lado frases superfluas, y tratemos una cuestión más seria.

El acento del médico era tan grave, que el anciano preguntó pensativo:

—¿Tenéis que anunciarme alguna mala nueva?

—Mala, si así os empeñáis en considerarla —contestó el doctor.

—¡Diablo! Mi voluntad ¿puede influir en que una noticia sea buena o mala?

—O no me comprendéis, o fingís no comprenderme. Se trata de vuestra salud, y en nombre de la amistad que decís profesáis al hombre, os ruego hagáis caso del médico.

—¿El caso es grave?

—Muy grave. ¿Queréis que os dé una prueba de ello?

—Hablad.

—Estáis atacado de hidropesía.

El señor de Champcarré dio un brinco en su asiento.

—¿Hidropesía? —exclamó palideciendo.

—Sí.

—¡Dios mío!

—Bien os decía que era muy grave...

—Podéis equivocaros.

—¡No! Puedo hasta precisar los caracteres de esa enfermedad.

—¿Para qué? Con decirme que pronto moriré, basta.

—No tanto; es una enfermedad grave, y he aquí todo. Pero, no teniendo más confianza en la Medicina que en los médicos, hablemos de otra cosa, señor de Champcarré.

El millonario alargó la mano al doctor, diciendo:

—Olvidad mis palabras, querido amigo, y salvadme.

—Difícil será, pero lo lograremos. ¿Cómo habéis pasado la noche?

—He dormido bastante bien.

—¿Tomáis la genciana, como os lo mandé?

—Sí; también tomo la quinina y la digitalina roja.

—Vais a comer carnes asadas, huevos pasados por agua, y a beber agua de hierro.

—Lo haré.

—Pronto acudiremos a los hidragogos, y más tarde abriremos paso a la serosidad.

El anciano lanzó un grito agudo, como si le estuviesen ya operando.

Concluida la consulta, el médico acompañó a comer al amigo.

Mientras comían, el doctor Brochet trató de enterarse de pormenores que le interesaban más que la salud de su cliente.

—Debéis tener sesenta y dos años, ¿verdad, mi querido señor Leroux?

—Sesenta y uno y medio.

—¡Hermosa edad!

—Querréis decir mucha edad.

—Es la edad de las reflexiones.

—¿Sobre el pasado?

—Y sobre el porvenir.

—¿El porvenir? ¡He aquí una palabra falta de sentido! ¿En qué queréis que se piense cuando la tumba se abre nuestros pies?

—Luego, ¿pensáis en la muerte?

—Todos los días; porque, después de muerto, descansa uno tranquilamente sobre un lecho de tierra, sin tener que preocuparse ya de los odios y de las pequeñeces de la vida.

—Muy bien... bajo el punto de vista filosófico. Pero, al dejar este mundo,

dejaréis también en él algún recuerdo.

—¡Mi fortuna!

—En primer lugar... sí... y debéis pensar en ello.

—Ya lo tengo pensado. En mis momentos de soledad he hecho testamentos.

El doctor exclamó:

—¿Testamentos?

—¿Qué os sorprende?

—La costumbre es hacer un solo testamento.

—Yo hago uno cada día, para pasar el tiempo. No podéis figuraros cuánto me divierte dejar cien o doscientos mil francos a un avaro o a un pordiosero.

—Pero al día siguiente anuláis ese testamento... Sin embargo, podríais morir de repente, y el último testamento sería el válido.

—Eso ¿qué me importa?

—Se diría que no habláis seriamente.

—¿Qué se entiende por seriedad? Poner el semblante severo, hablar con tono acompasado, erguir el talle, levantar la cabeza, no saludar nadie y ser descortés con todo el mundo... hubo un tiempo en que así era yo. Pero hace mucho que renuncié a ello, y hoy sólo hago lo que me parece.

—Tenéis razón... sois libre. Pero no debéis olvidar... ¡cómo lo diré!...

—Que tengo hijos...

—¿Hijos?

—Sí.

—No conozco más que uno.

—¡Ah!, ¿cuál es?

—Jacobó Bertránd... el militar.

—¡Ah!, ¿conocéis a ese bribón? Está en Freysolles hace seis o siete meses, viviendo a expensas no sé de quién.

—Parece que es un gran profesor de esgrima; da de vez en cuando un asalto en Besançon, y vive con su producto.

—Eso no es tener una posición.

—Espera que le ayudéis, más tarde o más temprano.

—¿Eso cree?

—Lo tiene por seguro.

—Pues podéis decirle que no le daré nada, nada. Es un malvado que se ha permitido amenazarme... se ha insolentado hasta desafiarme, y cree que le voy a dejar por heredero.

—¡Es vuestro hijo!

—Un truhán que espera mi muerte para despilfarrar mi fortuna, como el ave de rapiña aguarda un cadáver para sacarle las entrañas.

—¡Es vuestro hijo!

—La Ley no me obliga a ocuparme de él.

—La conciencia debe hablar más alto que la Ley.

—¡Las ofensas por él inferidas ahogan la voz de la conciencia! ¡Y basta ya! Dejemos a un lado este asunto.

—Jacobó Bertránd os profesa el mayor aprecio.

El señor Leroux de Champcarré se sonrió irónicamente.

—Querido doctor —repuso—, conozco pormenores que ignoráis por completo. Se figuran generalmente que no veo los fantoches que se agitan alrededor de mí; desengañaos... veo, no solamente los fantoches, sino a los que les hacen moverse a su antojo. Y para que nada os quede por saber, os diré que mañana haré el testamento que ha de servir, y os aseguro que muchos han de quedarse estupefactos el día en que se dé a conocer.

El semblante del doctor se coloreó de carmín mientras hablaba el anciano; pero, recobrando su sangre fría, repuso:

—¿Pensáis hacer un testamento ológrafo?

—Sí.

—Son los mejores, y podéis estar seguro de que no habrá medio de atacarle.

—Lo creo. Sin embargo, tengo la certeza de que algunas cláusulas suscitarán dificultades.

—Hablasteis antes de hijos; ¿tenéis varios?

—Uno.

—¿No vive en la comarca?

—No.

—¿Y ése saldrá sin duda aventajado?

—Tal vez.

La sequedad con que contestaba el señor de Champcarré hizo comprender al doctor que el anciano deseaba quedasen secretas sus relaciones con ese otro hijo, y se levantó para retirarse.

—¿Cuándo queréis que vuelva? —preguntó.

—Lo más a menudo posible.

—Fijadme día, porque ya sabéis que el tiempo pertenece a mis enfermos.

—En ese caso, dentro de ocho días.

—No faltaré.

El doctor se disponía a salir, cuando el enfermo le preguntó:

—¿Y vuestros honorarios?

—Otro día —contestó sin volver la cabeza.

Al llegar al término de la aldea, se detuvo para reflexionar.

—¿Volveré a ver a Bertránd? —se decía—. ¿Y qué le diré? Sabiendo que Leroux tiene otro hijo, eso modifica mis proyectos. ¡Diablo! ¡Habrá que entenderse con ese otro bastardo! ¡Es necesario que sepa quién es!... y lo sabré.

El señor Brochet se fue en derecha a casa del tío Mathieu.

El aldeano estaba solo, leyendo un tratado de horticultura.

Al ver entrar al médico dejó de leer.

—Sentaos, señor doctor —dijo presentando una silla al médico.

—No os molestéis —contestó éste—; se trata sólo de que me deis unos informes; mi coche está esperando en la posada, y quiero partir antes de que sea mis tarde.

—Si puedo complaceros, lo haré con el mayor gusto.

—¿Conocéis todos los moradores de la aldea, de padres a hijos?

—Casi, casi, caballero.

—Jacobo Bertrand, vuestro primo, tiene un hermano, ¿verdad? ¿Podrías decirme en dónde se halla?

—He oído decir algo de eso, pero no he dado crédito a habladurías.

—¿Y qué se decía?

—Que Jacobina Bertrand había ido a Suiza o a otra parte a dar a luz.

—¿Y nunca se ha sabido nada de ese niño?

—No.

—¿Y no se ha hablado de que Jacobo tenía otro hermano?

—No.

—Os doy las gracias, señor Mathieu. Bertrand es tan corto de genio, que no se ha atrevido a venir a veros.

—¡Diablo, no me parece que soy tan terrible! Podéis decir a ese joven que, cuando quiera visitarme, le recibiré con mucho gusto.

El doctor, dando las gracias, se despidió. Al llegar al puente del Mortard encontró a su criado, que le esperaba. Cuando llegó al carruaje, un hombre mal vestido que estaba delante de los caballos le miró con centelleante y profunda mirada.

Capítulo XXII

A l día siguiente, el señor de Champcarré fue casa del tío Mathieu y le dijo:
—Como me inspiráis gran confianza, vengo para que me ayudéis a hacer mi testamento.

—¿Qué prisa tenéis?

—A pesar de que el médico afirma lo contrario, me siento muy mal; dice que estoy hidrópico, que tendrá que operarme, y antes que consentirlo prefiero morir.

—En igualdad de circunstancias haría como vos. Pero debéis tratar de prolongar la vida, porque a ella están ligados muchos intereses.

—Ya sabéis que soy muy testarudo.

—¡Sí, sí! Lo sé.

—Por lo tanto, no retrocedo. He dicho que hoy ha de quedar hecho mi testamento, y tiene que ser. ¿Tenéis tinta y pluma? Yo traigo papel.

El aldeano sacó lo que pedía el millonario.

El señor Leroux quedó pensativo algunos instantes.

—¿Por dónde empezaré? —preguntó.

—Debéis empezar haciendo vuestra confesión, o, mejor dicho, los principios que habéis observado durante la vida.

—Todo el mundo me conoce.

—Nadie conoce sino vuestro flaco, y no sois tan malo como parece. Detrás de esa dura epidermis palpita un corazón sensible.

El anciano estrechó la mano de su administrador.

—¡Qué buena palabra, Mathieu! Por primera vez oigo una voz humana que me hace justicia. Cierto es que tengo más corazón de lo que se supone, y la prueba estará en la forma de este testamento. Vos conocéis todas las personas a quienes debo favores.

—No conozco a nadie, pero tenéis hijos.

—Los tendré presentes; formarán la última cláusula de esta disposición.

El señor Leroux iba leyendo en voz alta conforme escribía:

«En nombre de Dios, yo, Juan Nicolás Leroux de Champcarré, declaro haber escrito de mi puño y letra este testamento, en la plenitud de mis facultades, sin que ninguna voluntad ajena haya influido en la mía; siendo lo que sigue mi expresa y última voluntad:

Muero en el seno de la religión católica, apostólica y romana. Creo en el Dios de los cristianos, y en la santa Iglesia universal, de la que fui siempre creyente; y si he dejado de practicar su culto

externamente, me arrepiento y confieso que, habiendo tenido la desgracia de conocer algunos sacerdotes indignos, he creído que todos eran iguales. Hoy, vuelto del error de toda mi vida, pido perdón al Clero de la mala opinión en que le he tenido».

El señor Leroux se volvió hacia el aldeano y le preguntó:

—¿Os parece conveniente ese párrafo?

—¡Sí! Sólo que el perdón que pedís es insuficiente. Deberíais confesaros.

El anciano se sonrió.

—Mi testamento será —dijo— la obra más falsa de mi vida en cuanto a creencias religiosas. No quiero que nadie ultraje mi memoria, y por eso me humillo ante el Clero; pero no me confesaré, porque no quiero dejar nada a los curas.

Mathieu se encogió de hombros.

—Seguid —dijo al millonario.

El señor de Champcarré prosiguió:

«Pueden haber vituperado mi conducta en muchas ocasiones; es verdad que ha sido muy extraña, pero he obrado siempre en uso de mi derecho, y bajo ese punto de vista no temo ni la injusticia ni el odio con que les hombres rodeen mi sepultura.

Tenía motivos para dejar mis haciendas sin cultivo. He sido el blanco de mis conciudadanos, los cuales envidiaban mi prosperidad mientras me robaban cuanto podían. He sostenido una lucha abierta con ellos, saliendo vencedor. La prueba de mi victoria está en las diversas disposiciones que dejo estampadas.

En cuanto a mi conducta privada, ha sido veces reprehensible; he seguido los impulsos de la pasión... pero, al morir, quiero reparar en lo posible todo el mal que he hecho.

No hablaré ya más de lo que personalmente me concierne, rogando a los que he ofendido que me perdonen; a los que me deben favores, que se acuerden alguna vez de mí; y a los indiferentes, que no arrojen piedras sobre mi tumba».

—¡Olvidáis una cosa que os es personal! —dijo el aldeano.

—¿Cuál?

—Vuestros funerales.

—¡Oh, eso es de poca importancia! Deseo que se rían en mi entierro. Pero ya lo dejaré dispuesto.

Y escribió:

«Dejo tres mil francos al señor alcalde de Freysolles para mi entierro. Como el señor alcalde tendrá que molestarse para presidir la ceremonia le dejo quinientos francos, como indemnización de sus molestias; los tres mil francos íntegros se repartirán entre el cura, el maestro de escuela, el capiscal, acólitos, enterradores, cirios, colgaduras de la iglesia y mozos de la aldea que vayan al entierro.

A poder ser, deseo que los músicos de la aldea precedan el entierro y vayan tocando ante mi féretro las tocatas más alegres de su repertorio. Dejo cien francos al cura para que otorgue su licencia; en caso de rehusarla, los cien francos no se le entregarán».

Después de leída esta cláusula, el señor Leroux soltó una carcajada estridente.

Mathieu volvió encogerse de hombros, sin poderse explicar la hilaridad del anciano, ni tampoco el extraño capricho de la última cláusula.

—¿Sabéis aproximadamente cuál es vuestro capital? —le preguntó.

—Mis bienes están tasados en tres millones. Más dos millones en préstamos, cuyas escrituras están en esa caja... Mis cien mil francos en objetos de plata...

—Jamás he visto un solo cubierto.

—Ya os llevaré adonde están escondidos. Además, tengo doscientos mil francos en numerario.

—En la primera partida ¿se hallan comprendidas vuestras casas de París y Besançon?

—No, porque las he dado a una de mis antiguas queridas.

El tío Mathieu le miró asombrado.

—Creía que, fuera de Jacobina, no habíais tenido amores. Veo que me engañaba. ¡Pobre Jacobina! Su sombra debió estremecerse de vergüenza y cólera. Habéis hecho mal, señor Leroux, y vuestras lágrimas y dolor eran fingidos. ¡Qué hipocresía!... ¡Jamás lo hubiese creído!

El señor de Champcarré puso una mano en el hombro de Mathieu.

—Tenéis razón, amigo, pero no ha llegado mi impudencia hasta ese punto. Me repugna hablar de mi generosidad. Ya veréis en la caja que os he confiado a quién he dejado esas casas. Vamos escribiendo.

«Nombre albacea testamentario al señor Juan Pedro Mathieu, mi mejor amigo y administrador, labrador y propietario en la aldea de Freysolles».

—Acepto —dijo el aldeano—, con una condición.

—¿Cuál?

—Que no me dejaréis absolutamente nada.

—¿Por qué razón?

—Porque no soy de vuestra familia, y jamás he hecho nada que mereciera un recuerdo.

—No podéis, señor orgulloso, impedirme dejaros lo que me parezca.

—Rehusaré.

—Para vos no necesitáis nada, pero tenéis sobrinos pobres.

—¡Vaya por mis sobrinos, puesto que así lo queréis!

El señor Leroux prosiguió:

«Dejo a mi amigo Juan Pedro Mathieu, para que los reparta entre sus sobrinos, si así le parece, cuatrocientos mil francos».

El aldeano se sublevó.

—Dejadme en paz —exclamó el testador—; si no, no vamos a acabar.

«Dejo una renta de dos mil francos anuales a Diodot Maillard, para que mantenga a mi caballo hasta que muera. Cuando el caballo muera, el capital que forma esa renta volverá al cuerpo de la sucesión.

Dejo a Miguel, mi criado, todo cuanto me ha robado, y además una renta de seiscientos francos anuales mientras viva. También, le dejo mi perro, como recuerdo de fidelidad.

A mi notario de Besançon le dejo veinticinco mil francos, porque es un hombre honrado que ha merecido siempre mi confianza.

Dejo mil francos al doctor Brochet, por los cuidados que me ha prodigado. Es un bribón muy taimado; él mismo se venderá algún día.

Dejo veinticinco mil francos al joven Millet, escultor en la misma ciudad, para que vaya a París a perfeccionarse en su arte y llegue a ser una de las glorias de nuestra provincia».

—¡Perfectamente! —dijo el aldeano—; pero, con referencia al doctor, os diré que ayer vino a preguntarme si os conocía otro hijo además de Jacobo Bertrand.

—¿Qué le contestasteis?

—Que lo ignoraba; y decía la verdad.

—Creo que medita alguna infamia —dijo después de breve silencio.

—¡Pero poco me importa! Ni le temo, ni temo a sus drogas. Es una estatua de mármol sobre un volcán. ¡Alma de cieno, o mucho me engaño!

El señor Leroux siguió escribiendo:

«Diez mil francos al hijo de Justo Magnien, a quien su padre, un día de borrachera, rompió una pierna.

Cinco mil francos a cada uno de mis arrendatarios, que son sesenta.

Cien mil francos a las aldeas de Champcarré y Freysolles, para librar de la quinta a todos los jóvenes que entren en ella y caigan soldados el año en que yo muera.

Asimismo...».

—Dispensad —dijo el aldeano—; no se necesitarán cien mil francos para librar a los jóvenes de una quinta.

«El sobrante de esa suma, si lo hay, servirá para arreglar el abrevadero de Freysolles.

Tres mil francos para los dos leñadores de mi selva de Champcarré.

Mil francos al señor Grisey, en recuerdo de lo que me ha hecho reír con sus cuentos.

Diez mil francos a la mujer de Juan Bregaudet, con la condición de que no dará nunca más de un franco de una vez a su marido».

—Ésa es una buena acción; pero no veo aún a quién destináis la mayor parte.

—¡Paciencia!...

«Mil francos a cada uno de los veinte pobres a quien doy de comer todos los domingos.

Dos mil trescientos francos de renta al señor Cremaux, un pobre diablo de borracho que ha sido profesor, y que hoy limpia botas en la puerta de mi hotel de Besançon.

Fundo un premio de mil francos para el individuo que escriba el mejor Tratado de Arboricultura. La Sociedad de Agricultura juzgará».

—Ahora sumemos las cantidades.

—Todo eso suma cerca de millón y medio.

—Bien contáis.

—La costumbre...

—Ya veis que aún me quedan tres millones y medio... más trescientos mil francos en numerario, lo que hace cerca de cuatro millones.

—Justo.

El millonario escribió de nuevo:

«Dejo el resto de mi fortuna, plata, numerario, granjas, selvas, montes y demás bienes a mi hijo Juan-Francisco-Nicolás de Champcarré, hijo mayor de la ya difunta Jacobina Bertrand, y reconocido por mí, como consta en el Registro Civil de la ciudad de Strasbourg».

Mathieu estaba estupefacto.

—Pero ¿dónde está ese hijo? —preguntó.

—Ya le conocéis —contestó el señor Leroux—; le veis todos los días; es *Coco el Barraquero*.

La luz se hizo instantáneamente en el espíritu del aldeano. Comprendió al punto la aparente ociosidad de *Coco*, su extraño modo de vida y sus misteriosas relaciones con su padre; pero lo que no se explicaba era que su padre le hubiese dejado embrutecerse en una aldea pensando legarle toda su fortuna.

El señor Leroux se encargó de dar explicaciones al tío Mathieu.

—Encontráis que he obrado de un modo extraño, ¿verdad, Mathieu? —dijo colocándose frente a frente de su amigo—; soy filósofo a la manera de Rousseau; he educado yo mismo mi hijo; le he enseñado cuanto sabía y podía, sin dejarle entrever nunca que debía ser rico. Cuando ha tenido edad para comprenderme, le he dicho que era su padre; hace muy poco que sabe tiene un hermano. Tengo motivos para saber que me quiere con todo su corazón, y su afecto me ha hecho vivir después de la triste pérdida de una mujer adorada, que hubiese sido mi esposa a no haber muerto tan prematuramente. Mucho tiempo he luchado conmigo mismo en vano por colocar a mi hijo a la altura de la posición que le aseguraba su fortuna. La conciencia de su ilegitimidad le hacía receloso, contentándose con la medianía que le había acostumbrado. Así es que no he creído que debía ponerle en posesión de mi fortuna hasta después de mi muerte. Hoy, a pesar de su timidez y aparente torpeza, Francisco es un ser noble, inteligente y valeroso, que sabrá hacer de su fortuna un buen uso: ha sufrido bastantes privaciones para que parta su pan con los pobres, y ha gozado de bastante bienestar para que la fortuna no le torne vanidoso. Pero no es eso todo.

Capítulo XXIII

Os escucho con sorpresa —dijo Mathieu—, y descontento de que no me hayáis hecho esas confidencias hasta ahora... ¿Teníais desconfianza?

—No ha sido por desconfianza, sino por temor.

—No comprendo...

—Temía que no aprobais mi conducta.

—No os hubiera aplaudido, pero tampoco aconsejado obrar de otro modo. No me gusta meterme donde no me llaman... tengo miedo de salir escarmentado.

—¡Qué sagaz sois!

—¡Bah! Seguid.

—Os he dicho de qué modo he educado mi hijo, y añadiré que a él debo el saber cuanto pasa en la comarca.

—Coco no ve a nadie.

—Es cierto; es un carácter retraído, melancólico, y muy observador por lo tanto. Figuraos que se ha enamorado de la hija del maestro de escuela.

—Lo sabía.

—El señor Galoppot, que lo cree hijo de una Montaut, nombre dado por mí a Jacobina durante nuestros viajes, ha rechazado las atenciones de *Coco el Barraquero*, prohibiéndole la entrada en su casa.

—¿Y qué ha hecho *Coco*?

—Se ha resignado. Yo creía que eso se había concluido, pero me engañaba.

—¿Cómo así?

—Ama más que nunca a esa joven, víctima de la ambición de su padre, que ha ofrecido a Jacobo Bertrand la mano de su hija. A estas horas, Jacobo es el amante de esa joven..., que se halla encinta.

—¿Encinta?

—Sí; y al efecto voy añadir un codicilo al testamento.

—¿Para qué? Jacobo se casará con ella.

El anciano movió negativamente la cabeza.

—No —contestó—. Jacobo es un soldado soez y sin corazón; una especie de espadachín, dominado por los vicios y su afición a las camorras.

—En mala opinión le tenéis.

—Oid: Francisco se ha batido con él; Jacobo le ha herido. Francisco llegó a casa en un estado lastimoso... ¡pero, gracias a Dios, ha curado pronto! Perdono a Jacobo Bertrand... al espadachín ¡jamás!

—Nada se ha susurrado en Freysolles.

—¡No!... porque encargué el silencio a Francisco, y para experimentar sus

sentimientos le confesé que Jacobo era su hermano. Entonces renunció a su venganza, contentándose con darle sendos sustos.

—He aquí quizás la estúpida historia de los ladrones, que produjo tan gran emoción en la aldea ha pocos días.

—Justamente.

—Pero, cuando queréis incluir a la señorita Galoppot en vuestro testamento, es que la juzgáis inocente en toda esa trama.

—Es una joven algo tonta, pero incapaz de abrigar pensamientos ruines: su único flaco es el amor.

—¿Suponéis que ama realmente a Jacobo?

—¡Estoy seguro! No sólo le ha prodigado sus cuidados como esposa, sino como amante, lo que vale más.

El aldeano reflexionó durante un momento.

—¿Y qué vais a hacer? —dijo por fin.

—Añadir un codicilo al testamento.

—¡Ah!

—Mañana os lo entregaré.

—¿Con qué fin?

—Con el de que no vaya unido al testamento, por la razón de que el hijo de la señorita Galoppot vivirá o no vivirá. En el primer caso, el codicilo tendrá efecto; en el segundo, lo romperéis.

—¿Y cuándo habrá que aplicarlo?

—Dos meses después que nazca la criatura.

—Está bien.

El señor de Champcarré sacó de su cartera una hoja de papel, en la cual escribió:

Si el señor Jacobo Bertrand se casa con Julia Galoppot, dejo al niño que verá la luz un millón; en el caso de que no se casen, dejo dicha cantidad al niño solo.

Concluido su trabajo, el señor Leroux dobló el testamento y el codicilo y se los metió en el bolsillo.

—Ahora —dijo a Mathieu—, si queréis venir al castillo, os enseñaré el sitio donde se hallan guardados la plata y el dinero.

—Vamos —contestó Mathieu.

En la calle encontraron a Jacobo Bertrand, pálido, desencajado andando con trabajo, apoyado en el brazo del maestro de escuela.

El señor Galoppot saludó cortésmente, mientras Jacobo inclinó la cabeza.

—¿Qué habéis tenido? —preguntó Mathieu al joven.

—Calenturas.

—¿Pero estáis mejor?

—Algo mejor; ésta es mi primera salida.

El señor Leroux se le acercó también, diciéndole:

—Cuidaos mucho, amigo mío; y si lo necesitáis, os mandaré mi médico.

—Gracias —contestó el maestro de esgrima—; tengo uno, y me parece que es el que queréis mandarme.

Y tío y sobrino se alejaron. En cuanto les perdieron de vista, el anciano dijo riéndose:

—Me parece que la venganza de Francisco ha sido más grave de lo que él presumía; mal efecto le ha producido a Jacobo.

Al llegar a su casa, el anciano llevó a Mathieu a su cuarto de dormir; allí tocó un resorte hábilmente disimulado en la ensambladura, y al punto se abrió una puerta de hierro, pintada del color de la madera, que cerraba la entrada de una profunda oscuridad.

A los reflejos del Sol que entraban por las rendijas de las ventanas, el aldeano, deslumbrado, vio un montón de objetos de plata. A un lado se alineaban varios sacos de cuero repletos.

—Esos sacos están llenos de oro —dijo el señor Leroux—; se me han cansado los dedos de contarlos.

Y lanzando un suspiro añadió:

—Comprendo que el término de mi vida llega. Esa deuda es irremisible: ricos y pobres tenemos que satisfacerla buscando un mundo desconocido.

—Cuando llegue mi turno —replicó Mathieu—, se me verá conforme. ¿Por qué sentís morir? ¿Qué os detiene en este mundo?

—¡Nada! A pesar de mi fortuna, no he sido bastante feliz para dejar con pena este valle de amarguras; sin embargo, bien quisiera saber qué ocurre en la otra vida, y qué uso harán mis herederos de la fortuna que les dejo.

—Se irán como han venido. Las fortunas dan vueltas en un círculo monótono. Llega un individuo que se apodera de la de varios y disfruta largo tiempo de aquello que no es suyo; mas la muerte lo acecha y deja yerto, y de su mano se escapan partículas de oro que otros recogen. Así el todo de uno se reparte entre muchos.

—Lo que acabáis de decir es una verdad. Los imperios de Alejandro y de Carlomagno se desmembraron a su muerte, como se desmembrará mi fortuna.

—¿Qué queréis que haga, cuando llegue su tiempo, de lo que está encerrado en este escondite?

—Como preveo dificultades respecto al planteamiento de mis disposiciones testamentarias, no divulgaréis, ni aun se lo diréis a mi hijo Francisco, el secreto que os confío. Cuando todo esté normalizado, entregaréis a Francisco este papel, que es un nuevo codicilo.

Y escribió:

No quiero que el armario que se halla en mi dormitorio se abra

hasta que mi heredero sea legalmente puesto en posesión de su herencia.

Mathieu no se atrevió a preguntar lo que había en dicho armario, y, guardando en su bolsillo los papeles que le entregó el millonario, se despidió de éste para volver a su casa.

En cuanto dejó de oírse el ruido de sus pasos, el señor Leroux cerró la puerta y las ventanas. Luego tomó de un manajo de llaves una de las más pequeñas, introduciéndola en la cerradura del armario. La puerta se abrió sin dificultad, esparciéndose por el espacio una nube de polvo.



Antes de orientarse en medio de aquella polvareda, el señor Leroux se arrodilló piadosamente.

Su semblante, tan impasible de ordinario, tomó una expresión de dolorosa emoción, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Sombra de la que tanto he amado —dijo con voz ahogada—, perdóname que venga a turbar tu reposo! Bien sabes, sombra adorada, que al guardar tus despojos mortales no lo he hecho para profanarlos con acto alguno impuro... Ninguna mujer más que tú ha hollado el dintel de este aposento. He vivido con tu imagen, tu recuerdo y tu ataúd; el tenerle siempre presente me ha impedido ser malo e injusto. Rodeado de odios y envidias, saqueado por los vecinos y arrendatarios, blanco de los sarcasmos de todos, sentía desfallecer mi corazón; mas tú me animabas enseñándome a sobreponerme a los odios y envidias. Hoy todo me anuncia que pronto me reuniré contigo: la ancianidad ha llegado, y con ella los disgustos y las enfermedades: el

valor me falta para soportar tan triste existencia. ¡Pronto me presentaré ante Dios! Quiero confesarme ante ti: mi conciencia me condenará o absolverá. Si desde la mansión celestial has seguido mis pasos en la Tierra, sabrás cuál ha sido mi vida. He pasado por avaro sin serlo, puesto que en la obscuridad he socorrido muchos infortunios, teniendo por testigos sólo a Dios y a ti... No he sido benévolo con los que me rodeaban, porque, estudiando a los hombres detenidamente, les he juzgado indignos de compasión. En lo demás, mi conducta ha sido pura, y no temo poner mis obras en evidencia ante los hombres más que mi alma ante Dios.

En esa confesión había una dosis de inconsciente orgullo. La vida del señor Leroux no había estado exenta de censura bajo el punto de vista caritativo; pero nadie, al escuchar tan solemne invocación, podía dudar de la buena fe del anciano.

Después de formular aquella confesión, levantóse, fijando su vista en el armario abierto.

Un sistema de tiras iguales a las de las momias egipcias rodeaba un cuerpo humano, cuyo rostro, gracias a un procedimiento químico, parecía animado.

Aquel rostro demostraba haber sido hermoso, y la muerte no había podido borrarle un tinte de dulzura infinita.

El señor de Champcarré depositó un beso sobre aquella helada frente.

—¡Éste es mi último adiós, querida muerta! —dijo—; pronto estaré tu lado; ¡aguardame!

Le pareció que el cadáver se estremecía.

Vivamente impresionado, cerró el escondite.

—¡Oh! —exclamó—; ¡la muerte tiene misterios que los vivos no pueden penetrar! ¡Pronto!, ¡oh, sí!, ¡bien pronto!, ¡veré de cerca esa esfinge eterna que resuelve los enigmas de la vida!

Y, sentándose, quedó largo rato con el semblante oculto entre las manos.

Cuando salió de su meditación, sus ojos se clavaron en una infinidad de frascos con medicinas enviadas desde Besançon por el doctor Brochet.

Acercándose a una ventana, los fue tirando uno a uno.

—Cuando a la lampara le falta mecha, ¿a qué ponerle aceite? —murmuró.

Otro tanto hizo con la última receta del médico.

Luego, llamando al criado, le dijo:

—Engancha la berlina.

Diez minutos después corría el coche en dirección a la ciudad.

Al pasar por Freysolles, rogó a cuatro aldeanos que le acompañaran.

Se encaminó en derechura a casa del notario y le entregó el testamento; después que éste tomó conocimiento, le encargó hiciera sacar copia.

De ese modo el testamento, *ológrafo* en un principio, volvíase *místico*, debiendo, según voluntad del testador, convertirse en *auténtico*.

Como el señor Leroux no quería que los testigos conocieran por entonces la forma del testamento, no pidió entonces la copia.

Al salir de casa del notario, el señor Leroux condujo a los testigos a una tienda de vinos, y dando al dueño cuarenta francos, le dijo:

—Serviréis a estos señores cuanto pidan. Lo que os doy es a cuenta de lo que puedan gastar. Sea cual fuere el gasto, todo corre de mi cuenta.

—¡Ah señor de Champcarré! —exclamó el tendero—; mucho me alegraría que estos señores apurasen cuanto hay en mi tienda.

Capítulo XXIV

Transcurrieron meses. Los árboles se habían despojado de sus hojas, y los copos de la nieve cubrían la tierra.

—¡Qué invierno tan riguroso! —decían los campesinos—; no se ha visto otro igual desde 1817.

—No os quejéis —dijo el señor Grisey, en cuya casa ocurría la anterior conversación—, porque el señor Leroux se ha mostrado tan generoso, que todos debéis tener leña para preservaros del frío.

—Es cierto: ha dado licencia para que el que quiera coger leña vaya al monte por ella.

—Por lo visto siente que se le acerca la muerte, pues nunca se ha mostrado tan caritativo. ¿Sabéis cómo sigue?

—Dicen que sigue mal; el paso es que el doctor Brochet va verle todos los días.

—Cuando muera, no se perderá gran cosa.

—¡Todos no dicen eso! Mathieu asegura que sentiremos la muerte del señor Leroux.

—No sé por qué se ha de sentir.

—Ahora vamos por leña a sus montes; pescaremos en sus lagunas, y en el verano y otoño, con tal de entenderse con su criado Miguel, tiene uno dónde coger manzanas, peras, ciruelas, nueces y uvas. Pero, cuando se hayan repartido sus bienes entre varios herederos, ya no sera lo mismo.

—Eso es cierto.

—Y los arrendatarios ¿cómo se verán? Sé de buena tinta que Juan Bregaudet le debe quinientos francos, y hay bastantes que se encuentran en el mismo caso.

—¡Quisiera ver el testamento!

—Yo también; pero me figuro quién será el heredero.

—¡Será ese Jacobo Bertrand!

—¡Sí! Cuando estuvo enfermo, el señor Leroux quiso enviarle su médico.

—Eso es significativo.

—Sí; pero habrá dejado varios legados importantes. Tengo por seguro que a Mathieu le tocará un buen pellizco.

—Mathieu no es ambicioso.

—Eso no le hace.

—No aceptará.

—Es posible... sin embargo de que eso no se rechaza nunca. Si fuera una tunda, lo comprendería; pero un buen legado, ¡eso es otra cosa!

—Me alegraré, porque Mathieu es una buena persona, y servicial cual ninguno.

De pronto se oyó una campanilla por la calle. Todos salieron a ver qué ocurría.

Un anciano sacerdote, acompañado por dos acólitos y precedido del maestro de escuela, pasaba con el Viático.

Todos los campesinos se arrodillaron piadosamente.

En cuanto desapareció la comitiva se informaron de quién podría ser la persona que se hallaba las puertas de la muerte.

—Puede que sea el señor Leroux —dijo el estanquero—, porque van por el camino de Champcarré.

Esa idea fue acogida como cierta, y todos echaron a andar detrás del sacerdote.

El frío era intenso; la noche había cerrado cuando llegaron a la morada del millonario.

Capítulo XXV

Aquel mismo día el señor de Champcarré había dado su acostumbrado paseo. Cuando volvió a su casa se encontró tan mal, que inmediatamente se metió en la cama. El médico se encontraba en el castillo. Al verle, el anciano fue presa de un temblor involuntario.

—¿Ha llegado la hora? —murmuró fijando una mirada ansiosa en el doctor.

—Aún no —contestó el médico—; pero debéis prepararos, porque no respondo de nada. Los ojos del millonario brillaron durante un segundo, y mandó a Miguel que fuese en busca de Mathieu.

—¿Para qué? —dijo el doctor encogiéndose de hombros.

—Quiero que esté aquí —contestó secamente el enfermo.

El doctor sacó un periódico del bolsillo, y volviéndose de espaldas al señor Leroux se puso a leer sentado junto una ventana, distraendo su lectura para mirar a cada instante su reloj y el camino que conducía a Freysolles.

Al cabo de media hora, Mathieu entró.

El moribundo, al verle, se sonrió, y, alargando la mano al recién llegado, murmuró con voz tan débil que se asemejaba un ligero soplo:

—Querido Mathieu, llegas a tiempo para recoger mi último suspiro.

Una lágrima se desprendió de las pestañas del aldeano.

—Querido señor Leroux, ya veo que esto concluye.

—¿Tú también lo ves así, Mathieu?

—Sí. Y como os he tenido siempre por un hombre enérgico, hoy debéis demostrarlo una vez más. El valiente sufre menos que el cobarde; y quien, como vos, tiene la conciencia tranquila, no puede abatirse ante este trance. Mostraos fuerte, querido señor. A mí me falta el valor... sentiré menos mi muerte que la vuestra. Ya veis que lloro como un niño...

El afecto de los dos ancianos era verdadero; así fue que, al ver correr las lágrimas del aldeano, las de Champcarré corrieron a su vez.

—¡Gracias, Mathieu! —exclamó—; te debo este último consuelo.

El médico, aproximándose al aldeano, le dijo:

—Caballero, vuestra brutal franqueza puede producir una funesta crisis en el enfermo.

—Señor doctor —replicó el tío Mathieu—; prefiero, a vuestras maneras de engañar con rodeos a los que llegan al último término de la vida, la verdad pura y sencilla, pues no es de hombres honrados ofrecer larga vida al que morirá, una hora más tarde sin remedio.

El médico se mordió los labios.

—Antes de vuestra llegada hubiera podido aún prolongar la vida del enfermo; ahora ya es imposible.

—¡Bah! —contestó con altivez Mathieu—; ya sabíais hace tiempo a qué ateneros. El doctor volvió a sentarse junto a la ventana.

—¿Qué debo hacer, amigo mío? —preguntó el enfermo.

—Lo que se debe hacer enfrente de la muerte, señor Leroux. Todos vuestros asuntos temporales ¿están arreglados?

—Sí. Decid a mi hijo que venga... quiero despedirme de él.

El doctor se estremeció.

—¿Mando llamar también a Jacobo? —preguntó el aldeano.

—¡Ése no vendría! Llamad tan sólo a Francisco. Está en su habitación.

Mathieu dio un golpe en el tabique.

Coco se presentó al punto; su pálido semblante estaba bañado en lágrimas. El joven se arrodilló ante el lecho de su padre.

El médico reconoció al hombre mal vestido que guardaba sus caballos el día que visitó a Jacobo Bertrand.

—¡Qué extraño es esto! —se decía.

—Francisco, ven a mi lado —balbuceó el moribundo.

El joven, ahogando los sollozos, se acercó.

—Hijo mío, ¿me oyes? —dijo el millonario con infinita ternura.

—¡Sí! —contestó Coco en medio de un sollozo.

—Dentro de breves instantes me reuniré a tu madre.

Un gemido fue la contestación del joven.

—¡Escúchame con atención, Francisco! Yo muerto, serás dueño de una fortuna inmensa. He aquí los consejos que te doy. Haz buen uso de esa fortuna; no sigas mi ejemplo. He querido vengarme de la ingratitud de los hombres, y he obrado mal. Nadie llorará mi muerte. En oposición a mi conducta, procura que, el día en que el Todopoderoso te llame a sí, tu muerte sea sentida. Al otro mundo sólo se lleva el recuerdo de lo bien hecho. Sé caritativo. No rechaces jamás, triste y desconsolado, al mendigo que se acerque al umbral de tu casa. Si llegas a tener hijos, edúcalos cristianamente. Yo no he sido buen cristiano; pero reconozco que la religión es necesaria, porque es la base de todo lo bueno, de todo lo justo.

La voz del moribundo se iba debilitando poco ti poco.

—En cuanto a mi proceder para contigo, espero me lo perdonarás, y que te acordarás de mí en tus diarias oraciones... ¡No puedo más!

La frente del anciano palidecía por momentos. Un sordo ruido subía desde el pecho a la garganta; era, según la expresión de Víctor Hugo: «*El horrendo gallo de la tumba cantando su obscuro poema*».

El médico, impasible, no quitaba ojo del camino y del reloj.

El señor Leroux, que lo examinaba, le preguntó con aire sarcástico:

—¿Cuántos minutos me quedan de vida?

El médico, comprendiendo el valor de la pregunta, contestó:

—Cinco.

El señor Leroux, aterrado, exclamó:

—¡Oh! ¡No llegaré tiempo!

Y, presa de horrible convulsión, se retorció en el lecho como un epiléptico.

—Señor doctor —dijo con severidad el aldeano— ¡qué cruel habéis sido!

—No tengo que contestaros —dijo el médico—, y os cedo el puesto.

En cuanto desapareció, *Coco* se volvió a Mathieu.

—¡Gracias! —dijo con voz sorda—; los cuervos se alejan cuando llega el águila.

El aldeano no comprendió, o fingió no comprender; no obstante, alargó la mano a *Coco*, que volvió a caer de rodillas.

Mathieu, desde la ventana, vio desaparecer al señor Brochet detrás de los árboles de la avenida, y, acercándose al lecho, dijo al moribundo:

—Señor Leroux, preparaos, que llega el Viatico.

La cabeza del millonario se irguió algún tanto, pero su rostro estaba tan lívido, que asustaba; los ojos se le habían escondido en las órbitas, viéndosele tan sólo lo blanco de ellos, y una dolorosa contracción le había torcido la boca.

Las cinco dieron en aquel instante.

—¡Adiós! —murmuró débilmente el anciano; y en una última y violenta convulsión expiró.

El sacerdote entraba en el aposento. Mathieu tenía entre las suyas una mano del difunto millonario.

—Ya no es tiempo —dijo el aldeano al cura—. Los muertos no se pueden confesar.

El sacerdote absolvió, sin embargo, al difunto, y, arrodillándose al lado de *Coco*, rezó largo rato, volviéndose luego a Freysolles.

La nueva de la muerte del señor Leroux le había sorprendido; a su llegada, las campanas de la iglesia tañían lúgubrementemente.

Coco y Mathieu amortajaron el cadáver, orando ante él largo tiempo.

Cuando pagaron el tributo que los vivos deben a los muertos, el aldeano se levantó.

—Señor Champcarré —dijo colocando la mano sobre el hombro del joven—; antiguamente era costumbre que, cuando el Rey moría, un heraldo exclamase: *¡El Rey ha muerto! ¡Viva el Rey!* Yo digo lo mismo. Levantaos, y empezad por regir vuestra casa. Sois hijo legítimo del difunto, y por lo tanto aquí sois el amo. Dad tregua a vuestro justo dolor, aunque os entreguéis a él en el silencio de la noche, a solas con Dios y vuestros recuerdos.

Coco se levantó como movido por un resorte.

—Lo había olvidado todo —dijo—. ¿Vais a quedaros al lado de mi padre durante la noche?

—Sí.

—¿No volvéis a Freysolles?

—Iré para avisar que no estén con cuidado, y luego volveré.

—Os acompaño.

—Vamos, y entonces Miguel se quedara velando a su amo.

Antes de salir cerraron con cuidado todas las puertas.

Caminando, *Coco* dijo Mathieu:

—Tengo que cumplir un grave deber. Que mi padre me perdone el haberle abandonado tan pronto, pero voy a tratar de impedir que se cometa tal vez un crimen.

—¿Puedo seros útil?

—No, y os ruego no hacer nada para encontrarme en el caso en que no volviera pronto.

—Francisco, os prohíbo exponeros. No sois niño, pero tengo más edad que vos, y por lo tanto más experiencia. Además, vuestro padre me ha encargado que cuide de vos.

Coco vaciló un momento.

—¡La señorita Galoppot está en cinta! —dijo.

—Lo sé.

—¡Pero no sabéis tal vez que ayer estaba en días de alumbramiento!

—¡No!

—Jacobó Bertránd ha vuelto de Besançon hace poco, y me temo...

—¡Qué mala opinión tenéis de vuestro hermano!

—En el fondo no creo que sea malo; pero está aconsejado por un astuto canalla.

—¿El doctor Brochet?

—Sí.

—Desconfiad, Francisco.

—Preveo que se trama una infamia. ¡Dios quiera que llegue tiempo para contrarrestarla!

—¡Id, amigo mío, y que Dios os ayude!

Después de darse un afectuoso abrazo se separaron.

Mathieu se dirigió a su casa, en donde le esperaba su frugal cena.

Cuando se iba a sentar, llamaron a la puerta.

El aldeano se apresuró abrir.

Un anciano mendigo pidió hospitalidad para la noche.

Su aspecto era repugnante; pero Mathieu, en su caridad, no titubeó en darle albergue y cena.

—Quien quiera que seáis —dijo—, entrad, sentaos y tomad este plato de sopa.

Después añadió, dirigiéndose a su cuñada, pues el aldeano vivía en compañía de un hermano y de la esposa de éste:

—Juana, haréis preparar una cama en la cuadra para este huésped.

El mendigo comía silenciosamente; pero su ojo (y decimos *su ojo*, porque no tenía más que uno, pues era tuerto) escudriñaba con atención cuanto le rodeaba.

El innoble aspecto del pordiosero inspiraba verdadera repulsión a Mathieu. No obstante, cuando acabó de cenar le acompañó hasta la cuadra, en donde le esperaba una buena cama.

—Descansad —dijo Mathieu—; ¿supongo que os iréis temprano?

—A las cuatro —contestó el mendigo. El aldeano salió, dejando la puerta entornada.

—¡No la ha cerrado! —murmuró el huésped.

Capítulo XXVI

A dos kilómetros de Freysolles, cerca del monte Mortard, se veía hace algunos años una casa que gozaba de mala fama. Había vivido en ella un posadero que, al decir de las crónicas, desvalijaba a los pocos transeúntes que tenían la desgracia de albergarse en su casa, y en la comarca se daba a la tal casa el nombre de *Casa-roja*, en recuerdo de la mucha sangre que decían se había vertido en ella. Muchos años estuvo la casa deshabitada, hasta que un industrial en quiebra, obligado a alejarse de París, la alquiló por un módico rendimiento al señor de Champcarré.

El señor Billaut instaló en ella una tienda de vinos.

Empezó vendiendo muy poco, pero con el tiempo concluyó por no poder cerrar su tienda ni aun de noche.

El día en que murió el señor de Champcarré, cuatro o cinco mendigos, en un todo parecidos al que se presentó en casa de Mathieu, se hallaban reunidos alrededor de una mesa en el establecimiento del señor Billaut, bebiendo una botella de aguardiente. El que parecía el jefe dijo en voz baja a sus compañeros:

—Es necesario ver cómo vamos a hacer la partición. Somos seis... hay tres mil francos...

—Pues es muy sencillo: quinientos francos para cada uno —dijo uno de ellos.

—No lo entiendo de esa manera —contestó el primero.

—¿Cómo es eso?

—Siendo yo el que más se expone, debo sacar más que ninguno.

—¡Tú quieres robarnos!

—¿A quién ha dado el dinero ese caballero? ¡A mí! Pues me quedo con todo.

—¡Quédate con ello, y verás cuánto tardamos en denunciarte!

—No os temo, ya lo sabéis, y más cuenta os tiene llevaros bien conmigo, pues no soy ningún perro.

—Eso es verdad; sin embargo, no debemos dejarnos robar.

—¡Imbéciles! Bien sabéis que sin mí nada podéis hacer. ¿Os conviene tomar trescientos francos cada uno ahora, y doscientos después de llevar a efecto la operación?

Un murmullo de descontento acogió aquella oferta.

—Entonces me quedaré con todo —dijo el truhán levantándose para salir.

Al verle en tal actitud, creyeron que lo iban perder todo, y a una dijeron:

—Llamémosle.

—¡Ohé! ¡Roch! —exclamó uno desde el dintel de la puerta.

El bandido se volvió.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—¡Ven!

—El bribón se arrolló a la muñeca la correa de un tremendo garrote, y entró resueltamente en la taberna.

—¿Estáis prontos a obedecerme?

—Sí —murmuraron tímidamente.

—Está, bien.

Y sacando del bolsillo dos cartuchos de monedas de oro, entregó a cada uno trescientos francos.

—Ahora —dijo uno de ellos— es preciso ponernos de acuerdo. Tú, Roch, te encargas de tomar y bajar la caja.

—Sí, si no pesa demasiado.

—Para ti ¿qué puede pesar una caja llena de papeles?

Esto lisonjeó al bandido, que se levantó y se sacudió como para hacer comprender que no habían exagerado su fuerza muscular, y, echándose al hombro una andrajosa alforja, salió.

Después de atravesar el puente del Mortard, el bandido vio en la llanura una silueta que se destacaba del suelo cubierto de nieve. Era el doctor Broche, que regresaba de Champcarré.

El médico no trató de esquivar al bandido. Por el contrario, yendo a su encuentro, preguntó:

—¿Sois vos, Roch?

—Sí, señor —contestó el interpelado.

—Os esperaré hasta las dos en casa del señor Billaut.

—Está bien, señor. Allí estaré antes si mi empresa no fracasa.

Capítulo XXVII

Julia logró ocultar su estado a su padre; mas el momento crítico llegaba. Jacobo no abandonaba a Besançon, adonde volvió al salir de su enfermedad, pero sin dejar de dar noticias suyas todas las semanas.

Cuando Julia comprendió que el término de su embarazo llegaba, escribió a su prometido. Éste llegó ocho días antes de morir su padre.

Pero esta vez no fue a parar a casa de su tío.

Alquiló una casita situada a un extremo de la aldea, y cercana al puente del Mortard.

Allí pasaba la vida en compañía de dos o tres truhanes de Freysolles y en continuas bacanales.

La situación de Julia venía de vez en cuando a turbar el espíritu de Jacobo, sintiendo el peso de las obligaciones contraídas con la joven y buscando en su imaginación los medios de eludirlas.

No retrocedía ante la idea de un crimen sino por el temor al castigo que imponen las leyes al culpable; por eso buscaba con gran empeño el medio de cometer el crimen sin dejar la menor huella.

Así fue que, en cuanto Julia le avisó que se acercaba el momento, dejó de recibir a sus alborotadores amigos.

Visitaba con frecuencia a su tío, quien, más ciego que nunca, confiaba en las promesas del joven; promesas tanto más pomposas, cuanto que no pensaba cumplir.

El día del fallecimiento de su padre, cuando Mathieu regresaba a su casa, Jacobo entró en la del maestro. Ya hemos dicho que éste estaba en Champcarré, acompañando al sacerdote que llevaba el Viático.

En la escuela se hallaban solas la madre y la hija.

El momento crítico había llegado, y Julia, anegada en llanto, aprovechó la ausencia de su padre para confiar su secreto a su madre.

—Eres muy culpable —exclamó la señora Galoppot—; pero, como él lo reparará, es preciso casaros sin tardanza.

En el mismo instante entraba Jacobo.

Julia se echó en sus brazos.

El joven comprendió que la madre lo sabía todo.

—Tranquilizaos, tía —dijo respondiendo a las suplicantes miradas de la madre—; todo se arreglará; pero ante todo es preciso llamar al médico.

—¡Oh! —dijo Julia atemorizada—; es preciso que mi padre no lo sepa; ¡me mataría!

—¿Qué hacer? —observó la madre—. Es imposible ocultarlo... y no tardará en

volver. ¿Qué hacer, ¡gran Dios!?

—Me ocurre una idea —exclamó Jacobo—; si Julia quiere venir a mi casa, es decir, a la en que pronto vivirá, todo puede arreglarse.

La madre no consideró descabellada la idea.

—¡Sí! —dijo—; como la casa está algo aislada, nadie la verá. Diré a su padre que está acostada, y, como entra en su cuarto rara vez de noche, no la verá.

Julia vacilaba.

¿Sería presentimiento? El instinto maternal le revelaba un peligro. ¿Tenía Julia miedo de su amante?

—¡Dios mío! —exclamó sollozando—. ¡Huir de casa de mis padres para refugiarme en una que no es la de mi marido! ¡Esa idea me llena de espanto! ¡Me falta el valor!

A fuerza de ruegos, su madre y Jacobo pudieron convencerla.

Apoyándose en el brazo de su prometido, y por senderos ocultos, se dirigieron a la casa de Jacobo.

Durante el trayecto no desplegaron los labios. A la puerta de la casa vieron a un aldeanillo tiritando de frío.

—Chiquito —dijo Jacobo—, corre a casa de Billaut y di al doctor Brochet, que espera allí su equipaje, que se venga contigo.

El chico partió como una flecha.

Cuando volvió con el doctor, Julia estaba en el lecho: la hora crítica se aproximaba. La infeliz sufría física y moralmente: adivinaba que sobre su cabeza se cernía todo un drama.

Al fin dio a luz.

¡Tenía un hijo! El doctor, que acababa de cambiar una mirada con Jacobo, tomó el niño y lo colocó en el cerco de la ventana, que entornó.

Jacobo comprendió. Sus buenos sentimientos se despertaron. Se levantó para cerrar la ventana, a fin de que el frío no arrebatase aquella frágil existencia; pero una severa mirada del doctor le detuvo.

—¡Era su suerte! —murmuró sordamente.

Mientras tanto, el médico cuidaba de la madre.

Una ráfaga de viento helado entró con violencia en la habitación. La ventana se había abierto del todo.

—¡Mi hijo! —exclamó la pobre madre con voz tan angustiada, que Jacobo corrió a la ventana.

El niño había desaparecido; Jacobo y el doctor miraron: al pie de la ventana sólo se distinguían huellas de pasos sobre la nieve.

Los dos cómplices se miraron con espanto.

Las doce daban en el reloj de la iglesia.

La Luna, oculta hasta entonces por negros nubarrones, se despejó, y sus rayos iluminaron la tierra, la techumbre de las casas y las cimas de los árboles.

La morada de Mathieu, medio oculta entre las casas vecinas, quedaba rodeada de tinieblas; en el jardín, que se hallaba junto a las cuadras, se operaba cierto movimiento de sombras opacas, que tan pronto se acercaban como se alejaban de las paredes.

Eran los bandidos que hemos visto en casa del señor Billaut.

Esperaban la señal convenida, y, no oyéndola, trataban de ocultar su silueta detrás de los árboles o ángulos del cercado.

Vamos a explicar las causas de semejante tardanza.

Al entrar en la cuadra, Roch, en vez de acostarse trató de reconocer el lugar, reparando que al final de un pasillo había una ventana, por la que podía salir sin abrir la puerta.

A eso de las once se levantó con cautela, y avanzó hacia la puerta lateral que comunicaba con el horno, y de éste a la cocina.

Miró por el ojo de la cerradura, y vio a Mathieu, con un farol en la mano, inspeccionando las habitaciones.

El semblante del anciano parecía sombrío, como si un presentimiento le hubiese revelado la presencia de un enemigo.

A cada momento su mirada se fijaba en la puerta de la cuadra.

El mendigo, temeroso de ser visitado, se apresuró a tumbarse en la cama.

A pesar de sus preocupaciones, Mathieu, respetando el derecho de hospitalidad, no se acercó a la cuadra. Salió de la casa después de apagar el farol, y tomó el camino de Champcarré.

Roch, tranquilo ya, esperó aún un cuarto de hora. Cuando se disponía a salir, oyó ruido en la cocina.

—¡Hum! —refunfuñó el mendigo—. ¿No acabarán de acostarse en este diablo de tinglado?

Era el hermano de Mathieu que entraba.

—¡Por fin! —exclamó Roch al oír, uno tras otro, caer los zapatos del aldeano sobre el entarimado, señal evidente de que se acostaba.

Entonces se levantó, escuchando largo rato. Cuando se hubo cerciorado de que no se oía ruido alguno ni en la casa ni fuera, abrió la ventana, a tiempo que daban las doce, saltó con presteza fuera, y, deslizándose a lo largo de la pared, fue a ponerse debajo de la ventana de la habitación ocupada por Mathieu.

Enseguida silbó de cierta manera. Los rufianes ocultos en la sombra le rodeaban sigilosamente.

Uno llevaba una escalera, que arrimó a la pared. Roch subió por ella lentamente.

La ventana estaba enganchada. Roch introdujo la hoja de un cuchillo por la rendija, levantando el gancho.

Luego, con el mismo cuchillo, hizo saltar la masilla de un cristal, lo quitó y abrió la vidriera, entrando en la habitación.

No tardó en ver que la caja codiciada estaba colocada debajo de una mesa.

A Roch le costó trabajo levantarla; pues, durante los últimos días de su vida, el señor de Champcarré había llevado, con destino a ella y con frecuencia, papeles y dinero; así que pesaba por extremo.

Sin embargo, el bandido la colocó sobre la mesa, y luego en la ventana. Volviendo a salir, bajó tres o cuatro escalones, y trató de echarse a hombros la caja; mas, impidiéndoselo su enorme peso, la colocó en declive sobre la escalera, y, escurriéndose violentamente, los peldaños crujieron bajo los pies del ladrón. Roch perdió el equilibrio, y, lanzado en el espacio, cayó a tierra dando un gran grito.

Sus cómplices se apresuraron a escapar.

Uno más atrevido se acercó a su compañero, y, so pretexto de socorrerle, le registró los bolsillos, apoderándose de la cantidad que le había dado el doctor.

De poco le sirvió, porque, en el momento en que salvaba la cerca, fue detenido por Mathieu y su hermano.

Obedeciendo a un presentimiento que no le dejaba en calma, el anciano salió del castillo en cuanto *Coco* volvió de su excursión. Al llegar cerca de su casa oyó el grito de Roch. Enseguida despertó a su hermano, y, cada cual provisto de una escopeta, se dirigieron corriendo al jardín.

Roch, tendido en el suelo, con las piernas destrozadas por la caja y el semblante cubierto de sangre, se asía desesperadamente a uno de los peldaños de la escalera.

Mathieu reconoció al punto al mendigo a quien había dado hospitalidad.

Dio un paso adelante, con la culata de la escopeta levantada, dispuesto destrozar el cráneo al bandido; pero su bondad inagotable le detuvo la mano.

—Es preciso volver a subir esta caja —dijo a su hermano—, y a colocar a este bribón en su cama. Cuando llegue el día veremos lo que se hace.

El hermano de Mathieu, acostumbrado a obedecer sin réplica, se apresuró a hacer lo uno y lo otro.

Un cuarto de hora después, la casa del aldeano estaba tranquila.

Capítulo XXVIII

Ocho días después de la escena que acabamos de referir, varios vecinos estaban reunidos en casa del estanquero. La conversación que sostenían explicará a nuestros lectores la posición de una parte de los personajes de esta historia, y servirá de transición entre lo que precede y las peripecias que van a desarrollarse hasta el fin de este episodio.

El que hablaba a la sazón era el estanquero.

Habiendo ido en busca de noticias a casa del maestro, a la de Mathieu y a la de todos, salvo algunas inevitables exageraciones, lo que contaba era la verdad.

La opinión pública ya no era propicia a Jacobo Bertrand, ahora el blanco de la general censura.

—¿Cómo se han arreglado esos asuntos, señor Grisey? —preguntaba uno de los concurrentes—. Decían que la hija del maestro de escuela se iba a casar con Jacobo; hasta se decía que estaba en cinta, y ahora... ¡paff!... dicen que ya no se casa, y que la hija del maestro esta como mi niña de diez años...

El estanquero alzó los ojos al Cielo.

—Dios mismo no lo entendería —dijo—. Lo cierto es que Jacobo es un canalla. Ha engañado a Julia bajo palabra de casamiento, y ahora dice que no se casa. ¡El maestro ha tenido una seria explicación con él!

—¡Ah!, ¿y qué ha resultado?

—Que ese bribón de Jacobo se le ha subido a las barbas a Galoppot, diciéndole que su hija era una perdida que daba citas a los jóvenes durante la noche, y que no la quería ni aun para limpiarle las botas...

—¿Y qué ha contestado el maestro?

—¡Qué diablos queréis que contestara! Todo lo que se le vino la boca, increpándole duramente; pero como Jacobo estaba, según su costumbre, *chispo*, el maestro no ha sacado nada en limpio.

—¿Y dónde ha tenido lugar esa escena?

—En casa de Jacobo, pues ya no iba por la del maestro.

—¡Bah! —repuso otro—; el maestro tiene lo que se merece. Quería casar a su hija con Jacobo Bertrand, porque sabía que Bertrand había de ser rico. La ambición sola le guiaba. Y si Julia ha caído en el lazo, tanto peor para ella; me alegro, porque su padre es un imbécil...

—¡Bien se ve que no eres amigo del pobre Galoppot!

—¡Amigo! No, por cierto. El otro día volvió mi hijo a casa con las orejas arrebatadas, cual si le hubiesen aplicado un sinapismo.

—Quiere enseñar pegando —contestó el estanquero, olvidándose de que

vituperaba a un amigo—. Pero lo que no admito —prosiguió el señor Grisey—, es que un truhán se introduzca en el seno de una familia honrada para infamarle, sin que nadie pueda exigirle una reparación... A ese tenor descenderemos al nivel de las fieras, donde la más astuta o más fuerte es siempre la dueña.

—¡Eso es cierto!

—Pero dejemos al tiempo el cuidado de arreglar esos asuntos; al maestro no le faltarán partidarios.

—Tengo ganas de saber —dijo otro aldeano— lo que dice el testamento; hoy es cuando se debe abrir.

—¡Oh!, ¡alguno lo sabrá ya a estas horas!

—Pronto lo sabremos todos también. El tío Boyon ha ido a la ciudad y no tardará en volver.

—Pero, señor Grisey, lo que me sorprende es que no se vea ni a Jacobo Bertrand ni al endiablado doctor Brochet en Freysolles.

—¡Es evidente que hay algo! Todo, se vuelve misterios. Hasta Mathieu, que se encontraba siempre por esos mundos de Dios, ahora está encerrado en su casa como un oso gris.

—Ayer le vi al anochecer con *Coco el Barraquero* —dijo otro aldeano—, y les oí que hablaban del maestro de escuela.

—Tengo para mí que *Coco* no es tan tonto como dicen.

—Siempre me ha parecido lo mismo —añadió el estanquero—, y veréis cómo dentro de poco oiremos hablar de él.

Un aldeano atravesaba el puente.

—¡Es el tío Boyon! —exclamaron todos.

El estanquero salió a su encuentro.

—¡Ah!, ¡ah! —gritó el recién llegado—; ¡bien quisierais saber lo que yo sé!

Todos rodearon al tío Boyon.

—Pues es el caso que se ha leído el testamento —empezó por decir el aldeano—, y jamás... jamás adivinaréis quién es el heredero del señor Leroux de Champcarré.

—¿Quién?, ¿quién? —exclamaron todos a la vez.

El aldeano, en medio del más profundo silencio, contestó:

—Pues, señores, el único heredero, salvo algunas mandas... es...

El silencio se hizo tan profundo, tan solemne, que se hubiera oído la respiración de una hormiga.

—¡Pues es *Coco el Barraquero*!

A esta revelación sucedió un clamoreo de asombro.

—¡Ya lo había previsto! —exclamó el estanquero.

—¡Hay más! —prosiguió el tío Boyon—; ahora van las mandas.

—¡A ver!, ¡a ver!

—En primer lugar, al patriarca Mathieu, cuatrocientos mil francos... para sus sobrinos. A vos, señor Grisey, no recuerdo la cantidad. Otra a Diodot Maillard para

que cuide del caballo del difunto.

—¡Bah!

—¡Pero oid lo mejor! En el momento en que se acabó la lectura, entraron dos hombres. El uno era Mathieu, que presentó un codicilo; el otro un desconocido, que entregó al notario un segundo testamento por el cual se anula el primero, nombrando a Jacobo Bertrand y al doctor Brochet sus únicos herederos.

El señor Grisey, después de lanzar un suspiro que parecía un resoplido, exclamó:

—¡Ese testamento es falso!

—Eso yo no lo sé: se mandó salir a todo el mundo, excepto a *Coco*, a quien llaman ya señor de Champcarré, a Mathieu y al desconocido... y ya he dicho cuanto sabía.

El estanquero, levantándose, dijo:

—Voy a la ciudad para cerciorarme de la verdad.

* * *

Trasladémonos al despacho del señor Vacherot, en donde acaba de verificarse la lectura del testamento del difunto señor de Champcarré.

El notario se paseaba por el despacho, oyendo hablar al desconocido que le había entregado el segundo testamento.

Coco, impaciente y nervioso, no pudo contenerse, y dirigiéndose al desconocido le dijo:

—Caballero, ¿queréis contestar mis preguntas?

—Sí, señor.

—¿Quién os ha entregado ese testamento?

—¿Qué os importa? Lo que se trata de saber es si el testamento que presento es o no válido. Podéis examinar la letra, comparar el estilo, cercioraros de la fecha, y he aquí todo. En caso de no querer reconocer su legitimidad y validez, pleitearemos, caballero.

Tal desfachatez sublevó a Mathieu.

El notario intervino.

—Habrá que hacer —dijo— una información; los peritos...

—Señor notario —exclamó Mathieu interrumpiéndole—; mejor que yo sabéis que, cuando se intenta un pleito, se conoce al adversario.

—El adversario soy yo —contestó el que había presentado el testamento.

—Perfectamente —dijo Mathieu—; ¿vos representáis a los señores Bertrand y Brochet?

—Sí.

—Pues yo declaro —añadió con solemnidad Mathieu— que ese testamento es falso.

—¿Os atrevéis, caballero?...

Coco no dio tiempo a Mathieu de contestar. Acercándosele al oído, le dijo:

—Ya sabéis lo que he ofrecido a mi padre: Jacobo es mi hermano, y no quiero que se le lleve ante los tribunales.

—¡Pero!... —replicó el anciano con voz trémula por la impaciencia— sois un loco, y obrando así lo perdéis todo.

—Prefiero perderlo todo a mandar a mi hermano a presidio.

El anciano se encogió de hombros.

—Hijo mío —dijo—, ¿pensáis que vuestra generosidad hará variar en algo a vuestro hermano? Lo que hacéis es digno y grande... ¡guárdeme Dios de vituperar vuestra conducta!... Sin embargo, antes de tomar una determinación definitiva, dejadme obrar.

Y, volviéndose al representante de los señores Bertrand y Brochet, le dijo:

—¿Podéis darme las señas de esos señores?

—No las tengo.

—Esperaba esa contestación. ¡Pero yo los encontraré!... Podéis intentar el pleito.

—Caballero —dijo el notario—, puesto que representáis a los señores Bertrand y Brochet, voy a daros lectura del codicilo.

—Muy bien, caballero.

El notario leyó.

En cuanto concluyó, el agente dijo:

—Voy a poner al corriente de ese incidente a mis clientes.

Mathieu, indignado, le increpó de esta manera:

—¡Mentíais, pues, diciendo hace un momento que no sabíais dónde vivían!

—Sí, señor, mentía —dijo descaradamente el agente—. ¿Y qué?

El anciano, asombrado de aquel cinismo, tomó el brazo de *Coco*, diciendo:

—¡Vámonos, porque, si no, voy a hacer una atrocidad!

En cuanto llegaron a la calle, el anciano, bajando la voz, dijo al joven:

—Oídmeme: ese bribón no quiere escribir a sus clientes, como dice, porque una indiscreción del cartero nos puede decir dónde viven. Es probable que vaya a verles: Conviene seguirle. vuestras piernas valen mis que las mías. Seguidle sin perderle de vista, y en cuanto averigüéis su madriguera avisadme para reunirnos. Yo voy a Freysolles, como embajador vuestro; lo prepararé todo, y cuando haya llegado el momento os avisaré.

—¡Excelente amigo, mi buen padre! —dijo el joven abrazando al anciano—. Pongo toda mi confianza en vos.

—Marchaos, Francisco, y no perdáis el tiempo.

A la vuelta de una esquina, *Coco* vio al agente salir de casa del notario, y para no ser visto por éste entró en un café.

Un momento después le vio pasar por delante en dirección a la administración de diligencias, de donde salió al poco rato para el lado opuesto.

Coco entró en el despacho de coches y pidió un asiento para Besançon.

—¿Va lleno el coche? —preguntó.

—No, señor; hasta ahora sois el segundo viajero, y el primero se detendrá en Brazin.

Capítulo XXIX

Algunos kilómetros de Besançon, hacia el Norte, se ve una aldea triste y sucia. En la vertiente de una montaña, desde cuya cima se ve el Mont-Blanch cubierto siempre de nieve, se halla un inmenso y ruinoso edificio, semejante en su construcción a una fortaleza del siglo XIV.

En aquel vetusto y sombrío caserón se encuentran Jacobo Bertrand y el doctor Brochet.

Asustados por la desaparición del niño, y faltos de noticias de Roch, los dos cómplices se habían colocado en situación de poder traspasar la frontera suiza en un momento dado.

Dos días después de su instalación en semejante retiro, que sólo era conocido de su agente Verluz, Brochet recibió varias cartas, una de ellas dirigida a Jacobo Bertrand y que sólo contenía las siguientes palabras: *Niño lugar seguro: se cuida de él.*

Esta noticia devolvió al joven su acostumbrado buen humor.

No le sucedió lo mismo al doctor.

Mientras Jacobo gozaba, el inventor de todas las peripecias que hemos referido a nuestros lectores trabajaba silenciosamente en su gabinete, combinando nuevas infamias.

No salía durante el día, y por la noche esperaba el paso de la diligencia de Besançon. En quince días había envejecido notablemente.

¿A qué causa debía tan violento cambio?

La idea del crimen que había estado a punto de cometer no le atormentaba. Sólo pensaba en que podía fracasar el proyecto móvil de su vida desde que conoció al señor de Champcarré.

La incertidumbre le mataba; conforme pasaba el tiempo se presentaban nuevas complicaciones y sendas dificultades para la admisión del testamento que había fabricado; así que el suplicio que sufría se le hacía intolerable.

La noche del día en que se dio conocer el testamento al interesado, el doctor se paseaba por su gabinete como de costumbre.

Un viento helado soplaba, y la nieve se mecía en el espacio, azotada por el viento.

Absorto en sus pensamientos, el doctor no se preocupaba ni del frío, ni de la nieve, ni de la creciente obscuridad.

Con los brazos cruzados sobre el pecho y cabizbajo se paseaba como una de esas funestas apariciones que se ven en sueños cuando se cierne la catástrofe. La voz de su ambición ahogaba los lamentos de su alma.

Poco a poco se serenó. Una sonrisa apareció en sus labios, y levantó la cabeza

como el vencido cuando ve cercana su revancha.

—Después de todo —se dijo—, nada se ha perdido. Si hubieran sorprendido a Roch, ya lo sabría. No se oye hablar de nada..., luego está en salvo. Tal vez, previendo grandes dificultades, no se ha atrevido a dar el golpe, y en tal caso ha obrado con sensatez. El bribón se habrá quedado con los tres mil francos sin correr peligro alguno, lo cual es mucho mejor que ganar seis mil exponiéndose. En resumen, he perdido un poco de dinero, pero ¡qué importa!

De pronto se dio un golpe en la frente.

—¡Eureka! ¡Ya di con el enigma! —exclamó regocijado.

Y salió, dirigiéndose apresuradamente hacia la aldea.

Cuando llegaba a la esquina de la primera choza, los chasquidos de una fusta se dejaron oír, así como las campanillas de los caballos, y vio a lo lejos el farol de un coche, que brillaba como una estrella.

Era la diligencia de Besançon.

El doctor, envalentonado por sus nuevas reflexiones, se adelanta resueltamente hacia el coche.

Verluz, que lo había divisado, saltó fuera de la diligencia.

—¡Ah, querido señor! —exclamó estrechando la mano del doctor—. ¿Habéis, como Simeón Stylita, abandonado vuestro retiro? ¿Cómo os va, querido doctor? El horizonte político se nubla. Luis Felipe está malo. Vuestros negocios marchan bien... ¡pero muy bien! Os acompaño, doctor, pues tenemos que hablar. ¡Qué frío, Dios mío, qué frío!

Y, volviendo a desandar lo andado, el doctor condujo al agente a su morada.

—Ante todo, tengo que confiaros una misión nueva, que requiere la mayor actividad y discreción —dijo.

—Ya sabéis, querido doctor, que se puede contar conmigo para todo.

—Lo sé; pero de esto no quiero que habléis una palabra al señor Bertrand.

—Seré mudo.

—¡Oid! Voy a confiaros un secreto, que dejará de serlo para todo el mundo dentro de pocos días; pero las circunstancias me obligan a no guardar consideraciones.

—Hay en la vida, decía Pascal...

—La hija del señor Galoppot, maestro de escuela de Freysolles —prosiguió el doctor—, acaba de dar a luz un niño. Jacobo Bertrand es el padre de esa criatura. Cuando el niño nació, lo coloqué sobre la baranda de una ventana, mientras prodigaba a la madre los cuidados que reclamaba su estado.

—Comprendo... El niño ha muerto.

—Os equivocáis. Un hombre abrió la ventana, que estaba entornada, y robó el niño.

—¡Diablo! ¡Qué audacia!

El doctor se sonrió.

—Todo me hace suponer que el niño ha sido robado por ése a quien llaman hoy el

señor Francisco de Champcarré.

—¡Ah!, ¡caramba! —exclamó el agente—. La luz penetra en mi espíritu. Veo claramente el fondo de esa intriga. Aquí tenéis la copia del codicilo, y eso lo explica todo.

Y entregó al doctor Brochet un fragmento de papel que éste se apresuró a leer.

—He aquí —dijo— revelado el móvil del secuestro del niño. ¡El padre Champcarré lega cierta cantidad de dinero para el que cuide de la madre y del hijo!

Una reflexión punzante nubló la frente del doctor.

—¡Oh! —dijo; ¡si ese Bertrand, engolosinado por el dinero, rehusara dar una queja!... ¡si se casara con esa pécora!... ¿qué sería de mis planes?... ¡Lo divulgaría todo... me perdería!... Es necesario que, al menos por ahora, Jacobo no sepa nada.

Después, volviéndose hacia el agente, le dijo:

—He pensado, amigo mío, que más vale que paséis la noche en la posada de la aldea, y al efecto os acompañaré.

Llegados a ella, los dos bribones entraron en un cuartucho, donde el doctor, ya tranquilo por no temer les sorprendiera Jacobo Bertrand, explanó sus proyectos, concluyendo:

—Mañana, a vuestro regreso, haréis una denuncia, en nombre de Jacobo Bertrand, contra Francisco de Champcarré por el secuestro de un hijo del primero. Como tenéis poder en regla, os sera fácil hacerlo. No temáis ni el escándalo ni la publicidad ¡Todo lo contrario! ¡Cuanto más ruido, mejor! ¿Qué importa el honor de una chicuela cuando se trata de asunto de tanta monta?... ¡Supongo que habéis comprendido!

—Perfectamente.

—Tomad estos mil francos, y ya sabéis que pago bien los servicios que se me prestan. Os dejo ahora. A la menor novedad acudid a verme.

El doctor estrechó la mano del agente, retirándose.

Cuando salía, un individuo envuelto en una ancha capa, y calzado con botas de montar, se sacudía, delante de la posada la nieve que cubría su traje.

La cabeza del recién llegado, oculta en la sombra, no fue vista por el doctor. En cambio él le conoció.

—¡Oh! —exclamó viéndole alejarse—; ¡cuando está aquí Satanás, su satélite no deberá estar lejos!

Y entró en la posada.

Al ver al agente, el recién llegado hizo seña la dueña de que se acercara.

—¿Podéis darme un cuarto con cama? —le preguntó en voz baja.

—Sí, señor.

—Conducidme a él, y allí me serviréis de cenar.

La posadera le acompañó.

El recién llegado se deslizó sin ser visto por el agente.

Mientras que en la posada se jugaba al escondite, el doctor llegaba a su casa.

Jacobo le había precedido, y le esperaba calentándose ante un buen fuego.

—¿Qué hay de nuevo, amigo mío? —dijo el doctor con desembarazo.

—¡No sé nada!, ¿y vos, doctor?

—Yo he visto a nuestro agente.

—¡Ah!

—Los asuntos marchan bien; sólo que tenéis que vivir aquí aún algunos días.

—¡Psch! Me es indiferente.

—Para ponerlos de buen humor, os voy contar la partida que he ideado jugar a vuestro supuesto hermano el ex Barraquero.

—Veamos.

—Le vamos a denunciar como secuestrador del hijo de Julia.

—¡Oh!

—No está mal ideado, ¿verdad?

El joven se levantó.

—¡Sois el Demonio! —exclamó—. ¡Le condenarán... no reclamará la herencia... y estaremos en grande! ¡Magnífico, doctor, magnífico!

—Pero eso lo haremos con una condición.

—Veamos la condición.

—Obedecer ciegamente todos mis mandatos.

—¿No os pertenezco por completo? Me mantenéis, dais casa y dinero..., sería, pues, un ingrato o un imbécil no obedeciéndoos ciegamente.

Los dos cómplices cambiaron un apretón de manos.

Capítulo XXX

Al despuntar el día, el agente de negocios abandonó la posada. *Coco* (al que nuestros lectores habrán conocido en el hombre que entraba en la posada la noche anterior cuando salía el médico) no creyó oportuno presentarse a su hermano por la mañana. Esperaba la tarde para visitarle, y contaba sobre todo con que la casualidad les pondría frente a frente, sin verse precisado a llamar a su puerta. Además, esperaba para obrar que llegara Mathieu, a quien había escrito antes de salir de la ciudad.

Inútil será detenernos en los pormenores del viaje del joven, pues siguió a caballo la diligencia que conducía al agente de negocios.

A la una, *Coco* salió de la posada para ir en busca de Jacobo.

Al trepar por el sendero que conducía a la morada de los dos cómplices, vio al doctor asomado un balcón. El joven estudió sin ser visto todos los gestos de aquel infame, traduciéndolos por remordimientos, si bien podemos afirmar que la palabra propia era combinaciones.

El análisis de esos gestos absorbía por completo la atención de Francisco, cuando el ruido de un disparo de arma de fuego le hizo volver la cabeza.

En un ángulo de un bosquecillo de abetos divisó a un hombre acurrucado, que buscaba entre la nieve alguna ave herida por el tiro.

—¡Mi hermano! —murmuró *Coco*.

Y, acercándosele vivamente, dio una palmada en el hombro del cazador.

Jacobo se volvió; al reconocer a su hermano, su semblante se tornó lívido, y un sordo gruñido se escapó de su garganta.

—¿Qué me quieres, canalla? —exclamó.

—Hablarte —contestó con calma *Coco*.

—¿Qué diablos tienes que decirme? Más te hubiera valido quedarte en Freysolles.

—¿Por qué?

—Porque podría suceder que me dejase llevar por la ira, y que de un culatazo de mi escopeta te rompiera la crisma.

—¿Nada más?

—¡Atrevido sois, caballero, en provocarme de ese modo!

—¡Basta de fanfarronadas! Si tienes el capricho de romperme la cabeza, o hacer añicos cualquier otro miembro de mi cuerpo, te lo permitiré luego; pero ahora, ¡en nombre de nuestra madre que nos mira desde el Cielo, escúchame!

Jacobo exclamó con ironía:

—¡Caramba!, ¡cómo maneja las frases!... Pero os haré observar, señor *Coco el Barraquero*, que en este momento sólo me probáis una cosa, y es que, si la pobre

mujer sepultada bajo tierra se encuentra en este momento más allá de la bóveda celestial, es sólo debido a un simple movimiento de rotación.

—¡Silencio, Jacobo! ¡Insúltame... márame si quieres, pero no profanes la memoria de la que nos dio el ser!

Jacobo balbuceó una blasfemia, sin dejar de buscar la caza muerta por él.

—¿Estás dispuesto a prestarme atención? —preguntó Coco.

—Me estás aburriendo, y te aconsejo sigas tu camino.

—¿No quieres que te dé noticias de tu hijo?

Jacobo volvió por segunda vez la cabeza, y soltó una carcajada.

—¡Mi hijo! —exclamó—; ¡qué broma!... ¿qué tengo yo que ver con el hijo de una pécora? Tenía extrañas disposiciones la tal niña... y las he aprovechado. Sigue mis consejos, *Coco*. Con palurdas de esa clase, es lástima perder el tiempo en dirigirles versos mejores o peores... se va derecho al bulto ¡y he ahí todo! Cuando se te presente la ocasión aprovéchala como yo y... ¡hemos acabado!

Coco, con los brazos cruzados sobre el pecho, escuchaba estupefacto a su hermano.

—Jacobo —repuso con firmeza—, creía que eras un extraviado pero no un perdido. ¡Al hablar así das prueba de no tener corazón! ¿No quieres ocuparte de la madre ni del hijo? ¡Ten cuidado!... que algún día, el uno o el otro podrán ser tu castigo.

—Te creía idiota, pero no profeta... En verdad que los árabes tienen la creencia de que los idiotas leen en el porvenir.

—¡Qué me importan tus insolencias! No se trata de mí, sino de ti, Jacobo.

—Pero ¿qué quieres?

—¿No me has comprendido?

—¡No!

—Entonces, tú eres el idiota.

Jacobo, encolerizado, le interrogó:

—¿Has venido a buscar al lobo en su guarida para desafiarle? ¡Cuidado, que en mi mano está, el castigarte!

—No te temo. En el fondo de tu alma hay buenos instintos, aunque adormecidos, y te he buscado para despertarlos.

—¿Con qué derecho?

—Soy tu hermano mayor.

—¿Y a mi qué? Hermanos como tú, lo mismo los encontraré en Siberia. Tengo amigos que me son más caros que tú y otros parientes.

—¡Amigos! Por más que busco, sólo conozco a uno.

—Según tu parecer, ¿quién es?

—Yo.

—¿Tú? ¡Vaya una broma!

—¡Yo, sí, y deseo darte pruebas de lo que digo! No te recordaré los lazos que nos

unen, y de los cuales no haces caso; mas sí te diré que, afortunadamente, se ven en la sociedad pocos Eteocles y pocos Polynice.

—¡Palabras... palabras!... Dejemos la retórica a un lado —dijo Jacobo, poniéndose serio a pesar suyo.

—¿Hablares del pasado? —preguntó Coco.

—¿Para qué?

—¿Recuerdas tu conducta para conmigo? Ya sabes que, siendo tú un diestro profesor de esgrima, consentiste que me batiera contigo sabiendo apenas manejar el florete... ¿Cómo se calificaría tu acción en el regimiento?

Jacobo bajó el rostro avergonzado.

—¡Sigue! —le dijo.

—Me heriste gravemente. Dios no quiso que muriese, para que el remordimiento no amargara tu existencia. Si mi convalecencia no se hubiese prolongado tanto, se habría evitado otra gran desgracia; desgracia que sume hoy en honda pena a toda una honrada familia, y a una joven pura hasta el día en que en mal hora pisaste el umbral de su casa, y a la que, después de ultrajar marchitando esa pureza, rechazas hoy y menosprecias, como a la flor que perdió su fragancia.

Jacobo dejó escapar un suspiro y se volvió hacia la selva para escuchar.

—Esa desgracia no pude impedirla —añadió *Coco*—, pero llegué a tiempo de evitar la comisión de un crimen... ¿Quieres saber cual fue?

—¡Sí, dilo!

Jacobo fijó una ansiosa mirada en su hermano, y añadió azorado:

—¿Qué quieres decir?

Coco, bajando la voz, contestó:

—Quiero decir que se trataba de asesinar a tu hijo.

—¡Hermano, por piedad! —dijo Jacobo mirando a todos lados y con señales evidentes de profundo terror—; ¡considera que pueden oírte!

Coco le alargó la mano.

—¡Nunca te creí capaz de cometer semejante acción! ¡No! Si no quieres reconocer a tu hijo, obras mal... ¡muy mal!... pero de eso a fraguar su muerte... ¡Oh, no!... ¡eso no! Es invención de ese infame doctor... ¡monstruo capaz de cometer tal atrocidad!

Una exclamación, seguida de crujido de ramas y de hojas secas, se dejó oír, y el doctor apareció entre los dos hermanos.

—¡Conque conoces nuestros secretos! —exclamó adelantando hacia *Coco*.

Éste retrocedió un paso, mirando de hito en hito al doctor.

La cólera, el odio, la venganza, en una palabra todas las pasiones, removidas por las palabras de Francisco dentro del lodazal infecto que albergaba el alma del doctor Brochet, habían exacerbado su bilis, reflejándose en su innoble semblante; un fuerte temblor agitaba sus pálidos labios, sus pupilas despedían chispas, y las venas de sus sienes se hinchaban, pareciendo que iban a estallar.

—Escucha a tu vez —prosiguió—. Dices que conoces el crimen, pero lo que no sabes es que tu hermano es tan culpable como yo.

Jacobo cargaba tranquilamente su escopeta.

—¡Carga, alma vil y sin vergüenza! —dijo el doctor—. ¿Te figuras que, yo muerto, escaparás a la suerte que te espera? ¡Nada de eso! En mi casa hay dos cuartillas de papel que te llevarán al cadalso; vengando mi muerte.

El profesor de esgrima cayó anonadado sobre el tronco de un árbol.

—Además no te temo —repuso el doctor—. Vosotros debéis temblar ante mí, sobre todo tú, estúpido mendigo, que debes tu fortuna a ser bastardo... ¡Barraquero de las barracas del Diablo!...

Y el doctor sacó dos pequeñas pistolas de sus bolsillos.

—¡Eh! —dijo con voz sarcástica—; ¡voy ganando la partida señores! ¡Habéis creído reiros de mí los dos! ¡Queríais arreglar vuestros asuntos en familia..., sin mi intervención!... ¡Bravo!... ¡A ese bueno de Bertrand se le perdonaban todas sus fechorías, y además se le daba una fortuna regular, una mujercita y un hermoso niño... mientras que el odioso doctor Brochet...!, ¡ese canalla!... ¡pagaba los vidrios rotos! ¡Qué cómodo hubiera sido eso, señor Bertrand! Afortunadamente, mi inopinada llegada ha impedido la reconciliación tierna y patética entre los dos supuestos hermanos. ¡Por los mil cuernos del Diablo, no te he forrado en dinero, grotesco espadachín, para que me pagues todos mis sacrificios con una necia mueca de sensibilidad fraternal! ¡Ah!, ¡ah!, ¡ah!...

Coco, cruzado de brazos, parecía indiferente a la escena. Jacobo se levantó, y con un ademán altanero dijo:

—Caballero, ahora comprendo vuestras intrigas. De lo que me dé mi hermano os pagaré, y todo habrá concluido entre nosotros. En cuanto a vuestras insolencias y amenazas, os las devolveré al cuerpo... ¡tenedlo por seguro!

El doctor se reía, y, al ver que Jacobo echaba pólvora en la escopeta, le aplicó una de las pistolas al pecho.

—Ésta para ti —dijo—; la otra para tu hermano. Mi combinación es magnífica, ¿verdad? Conociendo el odio que os profesáis el uno al otro, se dirá que os habéis matado en duelo. ¡Ah!, ¡ah!, ¡ah!... ¡mi proyecto se realiza mejor de lo que esperaba! ¡Ya no quedan ni enemigos ni cómplices!

—Pero quedaría un testigo —replicó una voz sonora.

El doctor quiso volverse; dos manos de hierro le cogieron las suyas, apretándoselas de tal modo que las pistolas cayeron sobre la nieve.

Jacobo las recogió.

—¡Mathieu!, ¡mi excelente Mathieu! —exclamó *Coco* estrechando al anciano entre sus brazos y dejando correr una lágrima por sus pálidas mejillas—. ¡Mathieu!, ¡mi Providencia! ¡Nos habéis salvado la vida e impedido un doble asesinato!

—Dios me ha hecho llegar a tiempo, hijo mío; ahora nos toca hablar, como dueños de la situación.

—¡Soltadme! —dijo Brochet con voz alterada.

—¡Bah! —contestó el aldeano—, ¡qué poco amable sois, señor doctor! ¡No me permitís estrecharos la mano, siendo la primera vez que nos vemos después de la muerte de mi amigo el señor Leroux de Champcarré!

Jacobo había concluido de cargar la escopeta.

—¡Soltadle, señor Mathieu! —dijo—, pues juro matarle como a un perro rabioso si se mueve.

Y dirigiéndose a su hermano añadió:

—¡Déjame abrazarte, Francisco, porque no sólo eres indulgente y bueno, sino además un valeroso muchacho!

Los dos hermanos se abrazaron con efusión.

—¡Feliz aldeano! —dijo el doctor con risa sardónica—. ¡Sois el *Deus ex machina*! ¡Qué magnífico desenlace... qué patético! ¡Me ha gustado la comedia!

—Cuidado no se convierta en tragedia —replicó Jacobo.

—¡Caramba, señor médico! —repuso Mathieu—; ¡creía que sólo hacíais uso de los medicamentos para asesinar las gentes; pero veo que todos los medios os son conocidos, puesto que contabais deshaceros de mis amigos a pistoletazos!

El doctor se puso a silbar en lugar de contestar.

—Vamos, amigo mío —dijo Coco—; ¡a un lado bromas, y a ver qué hacemos!

—Me falta aún celebrar una conferencia con el doctor —repuso Mathieu—. Mi buen caballero —continuó dirigiéndose a Brochet—, albergo en mi casa a un bribón, amigo vuestro, que ha intentado robarme una caja llena de diversos papeles, escrituras, etc. Ese tuno se llama Roch, y, si queréis visitarle, podéis acompañarme.

—Está bien —murmuró el doctor—; ¿qué exigís de mí?

Coco se interpuso.

—Podéis marcharos, caballero —dijo—. Sólo os aconsejaré que retiréis el testamento que habéis presentado, porque, de no hacerlo así, no respondo de lo que suceda.

El doctor soltó una carcajada, mientras que Mathieu y Jacobo miraban a Coco estupefactos.

Pasado el primer momento de sorpresa, el tío Mathieu, abrazando al joven, exclamó con legítimo orgullo:

—¡Francisco, valéis más que yo!

—Soy vuestro discípulo —contestó Coco estrechando las manos del anciano—. ¿Estáis contento de mí, querido maestro?

—Sí, hijo mío —respondió el aldeano—; pero ¿quién puede prever lo que sucederá? Tal vez vuestra generosidad... en fin, habéis obrado bien..., ahora partamos. ¡Venid, Jacobo!... tengo que referiros muchas cosas.

El doctor se quedó solo, recostado en un abeto. Conforme se alejaban los tres hombres, en su semblante se retrataba una expresión de desesperación indecible.

Capítulo XXXI

Los dos hermanos y el anciano cenaron en la posada de Brazin.

A los postres, Jacobo contó su hermano de qué modo el doctor le había denunciado como secuestrador del niño.

—He aquí un hecho de una audacia inaudita —dijo Mathieu sonriendo—; pero, con la ayuda de Dios, quedara por calumniador y falsario, puesto que el niño lo tiene su madre.

Los dos hermanos miraron asombrados al aldeano.

—Os enteraré —repuso Mathieu—. Al separarnos ayer, mi intención era marcharme a Freysolles; mas quise saber si el bribón de Roch, aprovechando mi ausencia, se habría fugado, si bien presumía que sus heridas y contusiones se lo habrían impedido. Lo encontré sentado en el jardín, fumando con toda tranquilidad, y poco dispuesto a marcharse. —¡Hola! —dije al verle—. ¿No os habéis marchado? —¡No! —me contestó con esa impudencia apática que es el fondo de su carácter—. ¿Por qué había de marcharme estando aquí tan bien? —Os habréis quedado por otra causa—. ¡Es cierto! Si tuviese dinero, no estaría aburriéndome como una vieja ociosa. Pero, cuando me vieron en el suelo, mis compañeros me desvalijaron, dejándome sin un céntimo. —El doctor le había entregado tres mil francos, de los cuales dio una parte a sus colegas, quedando en su poder la mayor parte. Me disponía a salir cuando me llamó—. Si queréis que haga una confesión completa —me dijo—, necesito me deis una botella de aguardiente; con tal aliciente diré lo que sé, y hasta lo que ignoro. —A pesar mío me reí pensando en la cruel ingenuidad de nuestros antepasados, que aplicaban a los reos el tormento del agua y otros, cuando con una pequeña cantidad de alcohol hubieran obtenido confesiones completas... Me apresuré, pues, a entregarle la botella ansiada, y gracias a ella me enteré de cuanto se refería a las intrigas del doctor Brochet, y en su consecuencia me apresuré a ir en vuestra busca. ¡Ya sabéis si he llegado a tiempo!...

—Efectivamente —murmuró Coco.

—Y observaréis —prosiguió el anciano— que, si el señor Brochet había tomado sus precauciones, yo no iba descuidado.

Y enseñó a los dos jóvenes una pistola de arzón cargada hasta la boca.

—No hubiera hecho uso de esta arma —añadió— sino en un caso apurado; pero con seres como el doctor hay que preverlo todo. ¡Buenas hazañas tuyas me ha contado Roch! ¡Vais a oír!

Y, volviéndose a Jacobo, dijo:

—Tocante a vos, el doctor os preparaba una buena encerrona.

—¿A mí? —dijo el profesor de esgrima.

—¿Conocíais en Besançon una señora o señorita Désarbres?

—Sí, ¿y qué?

—El doctor trataba de casaros con ella. Ahora bien, ¿sabéis quién era esa mujer?

—No.

—Pues lo ha sido de todo el mundo antes de serlo de Brochet. Es una mujer astuta y depravada, que, después de haberse mofado de Dios y de los hombres, de haber sufrido dos condenas por estafa y corrupción de menores, pensaba descansar casándose con un futuro millonario.

—¡Ah, canalla! —exclamó Jacobo furioso—; ¡me dan ganas de ir a retorcerle el pescuezo!

—¡Bah! —repuso Mathieu— dejad al oso en su guarida. Tengo para mí que, después de esta aventura, no se atreverá a salir de ella... Prosigo.

«Al salir de mi casa, fui a la de Galoppot. Como hacia algún tiempo que no le veía, la alteración de su semblante me llamó la atención. Los disgustos le han acabado... ¡daba lastima verle! Cuando oyó pasos, levantó la cabeza sin dejar su asiento. Le puse la mano en el hombro, y el contacto le hizo estremecerse.

—¡Ah!, ¡sois vos, querido amigo! —me dijo—; sentaos. Tengo la vista tan débil, que no os había reconocido: ¡dispensadme! Los pesares han hecho un viejo de este hombre tan fuerte.

—Sí, soy yo, querido Galoppot —le contesté—; os habéis olvidado de que soy un amigo verdadero, que desea le pongáis a prueba ahora que tan afligido estáis.

—Dispensadme que no haya ido a veros. ¡Qué queréis!... ¡Todo el mundo me vuelve la espalda y me arroja piedras!...

—¡Los que eso hacen, no tienen corazón! ¡Veríais qué pronto cambiaban si variaseis de posición!

—¡Eso es cierto! ¡Y si se contentaran con desollarme a mí sólo! ... ¡Pero figuraos que, al maldecir de ese Bertrand que se ha burlado de mí, hablan tan mal de mi pobre hija como de él!...

—¿Y qué hablan?

—Dicen... yo no sé lo que dicen... tonterías, ¡vaya!...

—¿Qué clase de tonterías?

—Dicen que Julia está en cinta».

—Pues qué, ¿no lo sabía? —exclamó Jacobo.

—¡No!, ¡no lo sabía! —replicó el anciano.

«—Amigo mío —le contesté—, hay que dejar que hablen las

gentes. Cuanto más se trata de ahogar ciertas hablillas, más suenan. Ya conocéis la alegoría antigua. Los juncos gritaban: ¡El rey Midas tiene orejas de pollino!

Galoppot movió pesadamente la cabeza.

—Yo repuse: —¡Suponed por un momento que Julia haya caído en falta!

—¡Oh!... ¡no, no! ¡No quiero suponer semejante cosa...!

—¡No sois, pues, ni cristiano ni filósofo! La Filosofía nos enseña a sobrellevar con valor toda clase de adversidades; la Religión perdona toda clase de pecados; la Fe de Cristo absuelve a la Magdalena y borra su falta de la frente de la mujer adúltera.

—¡Oh, sí! —me interrumpió—; en Freysolles hay dos jóvenes que se han enmendado después de llevar una vida licenciosa. Las aprecio tanto como a la que más... pero comprendo que, si Julia cayese como ellas cayeron, jamás la perdonaría...

—Ése es un egoísmo que no comprendo, Galoppot. Si Julia cometiera una falta, ¿quién se la perdonaría si su padre, es decir, el ser que debe amarla más que nadie, no la sostenía en la adversidad tendiéndole la mano después de su caída? ¡Sí, su padre la ampararía, librándola así del desprecio general y abriendo su alma al arrepentimiento!

—¡Ay! ¡Esas reflexiones me trastornan! ¡Me siento más débil que un niño, más vacilante que una caña mecida por el aire! No sé a qué viene todo eso. ¡La perdonaría, sí!... ¡la quiero tanto!... pero en el fondo del corazón tendría siempre un gusano roedor que me consumiría sin tregua ni descanso. Tendría que abandonar esta comarca... ¿Con qué derecho pretendería dar lecciones de Moral a los hijos de los demás, cuando no había sabido guardar a mi propia hija? ¿Cómo seguir al frente de la escuela? ¡Los niños son despiadados y me echarían en cara mi deshonra! ¡Oh, no, amigo mío! ¡Alejad de mí tal suposición! ¡No!, ¡no!... ¡La muerte antes que la deshonra!...».

—Aquel profundo dolor me partía el alma. ¿De qué prodigio de ternura maternal y conyugal se había valido la señora Galoppot para ocultar a los ojos de su marido el estado de su hija? Eso me dejaba asombrado... porque Galoppot no sospechaba la verdad. ¡Lo que causaba su dolor eran vuestras palabras, Jacobo; era la ruptura de ese casamiento tan deseado por él; ese casamiento que era su alegría, su sueño dorado, su única pasión, y sin el cual lo veía todo desmoronarse al ruido atronador de los silbidos y sarcasmos! Jacobo, habéis obrado mal; habéis destruido dos existencias... ¡tal vez tres o cuatro! ¡Habéis sumido a una familia honrada en el dolor y la

vergüenza!... La honra de una joven no es lo que se cree por lo común... la honra de una joven no es un juguete que se arroja cuando nos ha cansado ya... no es un mero pasatiempo del que puede prescindirse al cuarto de hora... ¡No, y mil veces no! La honra de una joven es el encanto y la alegría del hogar, el orgullo y la esperanza de sus padres, y el dote de ella misma si carece de fortuna. ¡Es el estandarte de la familia! ¡Donde no hay honra, no hay nada! Seducir a una joven es robar... peor que robar... ¡Es asesinar!... ¿Os arrepentís, Jacobo?

El joven, con la cabeza entre las manos, no contestó: un hondo suspiro salió de su pecho. La santa voz del anciano había despertado en su alma los buenos sentimientos que el fango del vicio había anegado hasta entonces.

El anciano prosiguió:

«—Hubo un momento de silencio. Copioso llanto, comprimido mucho tiempo, bañaba el semblante del maestro de escuela.

—Lo que acabáis de decir ¿no podría suceder en el caso de que la falta de Julia, si la cometiese, se hiciera pública? Pero si el secreto, religiosamente guardado, no llegara a divulgarse hasta el día de la reparación, ¿qué diríais?

—Si así fuera, el hijo no debía ser un bastardo.

Y una pálida sonrisa iluminó con un rayo el semblante de Galoppot.

Resolví dar el gran golpe.

—Pues bien —exclamé—; ¡ánimo, amigo mío! Julia estará casada antes de un mes.

El maestro se levantó.

—¿Decís verdad? —me preguntó.

—¡Jamás he mentado! ¡El niño que ha dado a luz tendrá padre!

Galoppot se dejó caer en su asiento anonadado. Afortunadamente pudo llorar, y su pecho se desahogó. Me tendió la mano, pero sin levantar la cabeza.

—¡Oh! —balbuceó—. ¡Era, pues, verdad!... ¡Julia! ¡Julia! ¡Has pisoteado mi honra sin respetar mis cabellos blancos! ¡Has olvidado los sanos principios que inculqué en tu alma! ¡Oh, Julia!, ¡qué poco has pensado en tu madre, modelo de honradez y de abnegación! ¡Gracias, Mathieu... gracias!

—¡Ea! ¡No os dejéis arrebatarse como una mujercilla! ¡Tened valor, que Dios no abandona nunca los suyos!... Aun cuando os matase el dolor, nada adelantaríais.

—¿Dentro de un mes decís que se casará? ¡Oh, por favor, amigo, volvédmelo a decir!

—Os lo afirmo; ¿qué más queréis?

—¡Nada!, ¡nada! Pero Julia ¡cómo me ha engañado! ¡Tiene un hijo!... ¡Oh, Julia, Julia!

—¡Sí, tiene un hijo, y bien hermoso, que sólo desea vivir para querer a su abuelo!

—¡Ahora comprendo sus ausencias! Había dejado casi de verla... comprendía que se tramaba algo... pero ¿cómo suponer la realidad? Lo que más me daba que pensar era el silencio de mi mujer... por lo general tan charlatana y ahora tan callada..., ese silencio me chocaba... ¿Y en dónde está ahora?

—¿Quién?

—Julia.

—En mi casa, esperando el resultado de nuestra entrevista. Pero vendrá si queréis.

—No sé si debo... ¡Sí, sí, traedla!

—Iba a salir, cuando Galoppot me llamó.

—¿No me engañáis?, exclamó.

—Jamás repito lo que digo —contesté con tono grave—. Y marché a buscar a Julia.

La infeliz estaba más muerta que viva; en cuanto me vio me abrazó.

—¿Qué dice mi padre? —preguntó.

—Le he convencido casi —contesté—. Os regañará ciertamente... Venid conmigo.

—¡Oh, Dios mío! —decía por el camino—; me faltan las fuerzas. ¡Daría veinte años de vida por haber visto ya a mi padre!... Dadme vuestro brazo, señor Mathieu. Creo que voy a perder el sentido.

Imposible sería describir la escena verificada en casa del maestro de escuela. Julia no se atrevía a echarse en brazos de su padre, y éste no quería dar el primer paso. Me encargué de acortar las distancias. Sus lágrimas se mezclaron; Julia se arrodilló ante su padre... al levantarse estaba perdonada.

—Es preciso —dije al maestro— preparar para Julia la habitación que ocupaba Jacobo. Vivirá en ella con su hija, a quien va criar, y no saldrá de casa, para que nadie sospeche lo sucedido.

Julia intervino.

—No volveré a poner los pies en esa estancia —dijo—; estaré más cerca de mi padre ocupando mi cuarto, y sobre todo estaré más contenta. ¿Permitís que me instale en él, padre mío?

—Haz lo que quieras —contestó el padre—. Y después de lavarse la cara, Galoppot salió conmigo.

—¿Se conoce que he llorado? —preguntó.

—No —contesté.

Le llevé a cenar a mi casa. Cuando cerró la noche, Julia se llevó a su hijo y se instaló con él en la estancia que los dos conocéis».

Mathieu calló.

Jacobo Bertrand se levantó.

—Me habéis juzgado bien, tío Mathieu —dijo—; antes de un mes, Julia será mi esposa.

—No sé —contestó el anciano con triste sonrisa—. Tengo esperanza de que todo se arreglará. Tenemos que esperar el coche de Besançon para volver a Freysolles. En todo caso, Jacobo, vuestro arrepentimiento, haciendo de vos un hombre honrado, os abrirá el corazón de vuestro hermano y el mío. Habéis cometido faltas muy graves; pero las lágrimas que verteréis en la sombra las borrarán.

Se levantaron de la mesa. Antes de salir de la posada, Francisco deslizó un paquete de monedas de oro en la mano de su hermano.

—Por los intereses —dijo— no te pediré ni una bajeza ni un crimen.

Capítulo XXXII

Al día siguiente llegaron los tres a la ciudad en donde debía tener lugar el desenlace del pleito.

Por delicadeza *Coco* no quiso intervenir en nada: el tío Mathieu fue su representante.

Se trasladaron a casa del procurador del doctor Brochet.

Allí se encontraron con el agente de negocios del médico, que quedó estupefacto al ver a Jacobo Bertrand acompañando a Mathieu.

Jacobo se adelantó hacia él diciendo:

—¡Supongo que el doctor Brochet os ha remitido mi poder!

—Sí, señor —contestó el agente.

—Os ruego me lo entreguéis.

El agente, sorprendido, miró a Jacobo; pero, recobrando su serenidad, le dijo:

—¿Tenéis una carta del doctor en la cual me envía dicho documento?

—Caballero, creo que nada tiene que ver el señor Brochet conmigo.

—Dispensad: el poder, como es colectivo, no podéis retirarlo sin consentimiento del doctor. Tomaos la molestia de leer los artículos desde el 1984 al 2010 del Código Civil, y veréis el derecho que me asiste al obrar como lo hago.

—No entiendo nada de vuestro galimatías, y, puesto que es así, me pasaré sin ese papelucho.

Después, dirigiéndose al procurador, añadió:

—Haced el favor de escribir mi declaración. Renuncio por completo a los beneficios del testamento hecho en mi favor, que reconozco falso en un todo.

—¡Oh, caballero! —dijo el procurador—; esa declaración es muy grave... como que lleva a presidio a los falsificadores.

—Sostengo lo dicho; y el señor Verlux, que ha entregado ese testamento ológrafo, sabe muy bien a qué atenerse.

—¡Caballero, abusáis de una manera inaudita de vuestra posición! Si hubiese sospechado algo anormal en ese negocio, no me habría encargado de él. Mi reputación está por encima de toda páfida insinuación. Hace treinta años que ejerzo mi oficio, y jamás he ilustrado personas capaces de... ¡En fin, yo me entiendo!... y para probaros que ese asunto me es indiferente, corro en busca de vuestro poder.

Se oyó al agente bajar la escalera como un huracán.

Mathieu se había asomado al balcón para verle salir. De pronto lo abandonó.

—¡Gran Dios! —dijo—; ¡mirad!

Jacobo se asomó.

Un enjambre de chiquillos y vagos seguía, riendo y vociferando, a un grupo

formado por dos gendarmes que llevaban un hombre preso.

—¡Cuernos de Satanás! —exclamó Jacobo con voz atronadora—. ¡Ese hombre es mi hermano! ¿Adónde lo llevan? ¡Ah!... ¡ya comprendo! Ese canalla de Verlux le habrá denunciado. ¡Seguidme, tío Mathieu!

En dos brincos llegó a la calle.

El anciano le seguía.

—¿Adónde lo conducís? —preguntó Jacobo a los gendarmes.

—Adonde no os importa —contestó con arrogancia uno de ellos.

—Dispensad, cabo; me importa, porque ese caballero es mi hermano.

—Yo no tengo nada que ver con eso —repuso el cabo—; obedezco un mandato, y retiraos, porque, si no, os prendo también.

Jacobo se sonrió.

—Me llevan ante el procurador del Rey —dijo *Coco* riendo—. Venid con nosotros.

Mathieu y Jacobo se unieron al grupo.

Entre sarcasmos y burlas grotescas llegaron al tribunal.

El importante magistrado era un hombrecillo raquítico y seco como un fósforo.

—Acusado —dijo—, acercaos; grave acusación pesa sobre vos. Dicen que habéis robado un niño.

—Es cierto, señor —respondió *Coco*.

—Escribano, consignad. ¿Y con qué fin habéis robado ese niño?

—El comadrón quería matarle.

—¿Cómo se llama ese comadrón?

—El doctor Brochet.

El procurador se rascó la frente.

—¡Diablo! ¡Diablo! —dijo—; ¡acusáis a un hombre influyente! ¿Podéis probarlo?

—Sí, señor; aquí está el padre del niño. ¡Que me desmienta!

Jacobo Bertrand se adelantó.

—Mi hermano ha dicho la verdad —murmuró.

—El señor ¿es hermano vuestro?

—Sí.

—¿Sois el señor Jacobo de Champcarré?

—En persona.

—¡Ah, caballero! Dispensad... sentaos; y el asunto del testamento ¿en qué está?

—El señor es el legatario universal.

Y Jacobo señalaba a *Coco*.

—¡Oh, caballero! Recibid mi enhorabuena. Sentaos. Gendarmes ¿qué hacéis ahí? Salid. ¿Habéis conducido al señor con toda la deferencia que se merece?

El cabo se retiró balbuceando frases ininteligibles.

Mathieu, no atreviéndose a desplegar los labios, miraba melancólicamente un Crucifijo colocado en un lienzo de la pared.

El magistrado prosiguió:

—¿Qué ha sido del niño?

—Ésta en poder de su madre.

—¿Cómo os han acusado de semejante delito? ¡Qué caso tan raro! Vuestro hermano se dice padre de ese niño, y la denuncia se ha hecho en nombre de Jacobo Bertrand, padre de la criatura.

El profesor de esgrima se apresuró contestar:

—Somos hijos ilegítimos —dijo—, y habiéndonos prohibido nuestro padre llevar su apellido, he tomado el de mi madre, y soy Jacobo Bertrand.

El magistrado se turbó.

—¡Ah! —dijo—. ¿Y a qué obedece?...

—El doctor Brochet tenía un poder mío para ventilar algunos negocios, y ha abusado...

—¿Un poder vuestro?...

—Sí, para defender intereses comunes en el testamento de mi padre, o, por mejor decir, en un falso testamento, porque el verdadero es el místico; el otro está fabricado por el doctor Brochet...

El magistrado miraba asombrado a Jacobo.

—¡Extrañas complicaciones! —dijo—. ¡Es sorprendente que no haya conocido antes a ese médico... aunque sospechaba que se ocupaba de tenebrosas maquinaciones! Pero esclareceremos todo eso. ¿Sabéis en dónde se encuentra actualmente el doctor Brochet?

—En el castillo de Brazin —contestó Jacobo.

—¡Muy bien! Escribano, preparad una orden de arresto, que firmaré luego... Y mandaréis que se preparen los gendarmes para partir a Brazin.

Al levantarse, el magistrado dijo:

—Señores, ¿me haréis el honor de acompañarme a comer?

—Vamos a comer con nuestro buen amigo el señor Mathieu, de Freysolles —dijo *Coco*—. Y ese amigo he le aquí.

El magistrado saludó al aldeano.

—Honraréis nuestra mesa, venerable anciano —le dijo—, y tendré el mayor placer en que aceptéis.

—¡Ah! —dijo el sutil aldeano—, ¡un pobre hombre como yo!...

Coco no le dejó concluir.

—Acepto en su nombre, señor magistrado —dijo...

—¡Gracias, mi querido señor de Champcarré, gracias!... pero os debo una reparación. Los gendarmes os han hecho atravesar algunas calles bajo su custodia. Ahora vamos a dar la vuelta a la ciudad juntos, y luego os acompañaré a la Audiencia, en donde hoy se ve precisamente vuestro asunto.

Salieron; el magistrado del brazo de *Coco*, Mathieu del de Jacobo.

La decepción de los curiosos fue inmensa cuando vieron al preso dialogar

amigablemente con el magistrado.

—¡Qué raro! —decían—; no parece tener ahora el aire de un truhán, como cuando le llevaban los gendarmes.

—Y el anciano, ¡qué tipo tan respetable!

—Pero ¿por qué le llevarían preso antes?

—Porque le habría convidado el magistrado a comer, y, habiendo quizás rehusado, le habrá parecido conveniente hacerle prender para que no se le escape.

Con tal explicación todos quedaron satisfechos.

Después del paseo entraron en la Audiencia.

El presidente hablaba.

—El testamento místico —decía— es auténtico, y para probarlo voy dar lectura de una carta que me acaba de enviar el doctor Brochet, el autor del testamento falso.

Y desdoblando una hoja de papel, cubierta de menuda letra, que parecía escrita por una mano temblorosa, leyó:

«SR. PRESIDENTE:

He llegado al término de una carrera muy larga y demasiado laboriosa.

Una mano que no veo, pero que adivino en la sombra, se posa sobre mí.

Llamadle mano de la Providencia, conciencia, última hora... llamadla como queráis, ¡poco importa!... no se discute un axioma. Siento esa mano, y he aquí todo. La siento empujarme lentamente hacia el abismo, hacia la solución, de mi ser, hacia la nada.

En esta hora suprema sólo tengo un pesar, y éste es no haber podido llevar a efecto el inicuo deseo que ha ocupado mi pensamiento toda mi vida.

Aun en estos momentos, en que se revelan a veces los grandes pensamientos religiosos, morales o sociales, todo me parece nulo menos la ocupación que ha sido la desdicha de mi existencia.

Mi culto ha sido la satisfacción de todos los apetitos. Que vinieran de arriba o de abajo, todos me parecían iguales. Todos eran buenos, con tal que me proporcionaran oro.

Hoy éste me falta, y, ya que no puedo saciar mi deseo, quiero representar una última comedia y por primera vez ser benévolo.

En mi larga carrera he estudiado profundamente a los hombres. La Medicina era para mí un estudio psicológico y moral más que una ciencia física.

Veía más allá de la llaga, más allá del cuerpo; leía en el alma.

Pues bien, jamás he encontrado lo que han dado en llamar virtud sin interés, caridad sin ostentación, espíritu sin falsedad, piedad sin

hipocresía.

De los dos elementos, siempre domina el malo.

El elemento con que he sido formado es el malo; por consiguiente, con mi temperamento con mi naturaleza, debía echar tales cosas a la cara de muchos que se estremecerían al oírme.

¡Pero no! Puesto que quiero representar la comedia, la representaré.

Que no se moleste a nadie con respecto a mi muerte; he sido peor y más criminal que ninguno.

Yo sólo he hecho el testamento falso presentado por el señor Verlux.

Yo he mandado robar, para mis fines particulares, una caja custodiada por el señor Mathieu, de Freysolles.

Yo he querido dar muerte a un niño recién nacido en la misma aldea de Freysolles.

Dicho esto, vosotros, a quienes se leerá esta carta; vosotros, cuyos secretos conozco, dadme un aplauso diciendo: ¡Excelente doctor!

Mientras maneje la pluma, añadiré una línea de testamento sin temor de falsificación.

Dejo cuanto tengo a Jacobo Bertrand, para que haga de ello el peor uso posible. Dejo mi cadáver al anfiteatro de Besançon, para que lo disequen con amor; en fin, señor presidente, os doy mi bendición.

Hecho en Brazin, etc.».

La lectura de esta carta impresionó desagradablemente al auditorio.

—Señores —dijo el presidente—, cuando se presenta en la sociedad un ente como el autor de tan inicua carta; un ser que, como Juliano el Apóstata, desafía a Dios, nosotros, que rechazamos y condenamos el suicidio, nos alegramos de ver que semejantes criaturas vuelven contra sí su mano armada de una pistola o de un puñal... Y es un consuelo para la Humanidad ver que esos entes no pueden vivir en su seno, y tal ejemplo es más terrible que el que ofrece ver rodar en el cadalso la cabeza de un criminal. No obstante, como esta carta podría ser un lazo, y haberse escrito con el fin de sustraerse a la acción de los tribunales, rogamos al señor procurador del Rey mande detener al señor Brochet. En cuanto al asunto del testamento, lo damos por terminado. El señor Francisco de Champcarré puede entrar en posesión de los bienes de su padre, con la obligación de cumplir en un todo la voluntad del testador.

La sesión se levantó en el acto, y todos se retiraron.

Capítulo XXXIII

El doctor Brochet, después de la marcha de los dos hermanos y del aldeano, volvió a su casa, pasando la noche en una agitación indecible y sin saber que resolver.

Un mundo de ideas contrarias bullía en su mente: al través de los cristales empañados miraba la campiña cubierta de nieve.

Un viento huracanado sacudía los arboles, dejando oír esos gemidos y lamentos tan perceptibles en las selvas durante las noches de tempestad.

Las persianas de la casa chocaban contra las paredes, pareciéndole al doctor que una mano invisible abría las ventanas y se apoderaba de él.

Llegó un momento en que aquel ateo se sobrecogió de espanto y, dejándose caer en su sillón, cubrióse la cabeza con las manos. Aislado de los ruidos exteriores, se hicieron más intensos los del interior: una tempestad de ideas contrarias rugía en su cerebro, y se sentía mecido por torbellinos de resoluciones diversas.

No pudiendo resistir el estruendo de la tempestad que se desencadenaba en su alma, se levantó azorado...

—¡Menos temible es la de los elementos! —dijo.

Y abriendo una vidriera salió al balcón; su mirada se perdió en las profundidades del horizonte, mientras empuñaba con sus crispadas manos la barandilla de hierro.

El viento le azotaba el rostro y le refrescaba la cabeza, entrándole por todos los poros. Abundantes copos de nieve rozaban su frente, y ráfagas de viento helado le penetraban hasta los tuétanos. La barandilla en que se apoyaba quemaba sus manos; pero el doctor no se movía.

En su alma, la voz de la soberbia dominaba aún.

—¡Dios! —decía—; ¡oh Dios! Si tu poder no es vano; si existes en el espacio, en las sombrías profundidades de los abismos, o detrás de la niebla que nos oculta las estrellas, ¡Criador, mira tu obra! No has inventado aún nada que pueda amedrentarme. El derrumbamiento del mundo no puede asustarme: *¡impavidum ferient ruinae!* Me sonrío cuando aterras al mundo con tus aquilones. ¿Qué has hecho de tu infinito, tú que no puedes vencer un espíritu salido de la nada? ¿En dónde está tu poder, ¡oh Todopoderoso!? Puedes derribar las encinas, conmover las montañas, hacer que suban hasta la Luna las encrespadas olas del mar... Puedes hacer que la muerte merme el mundo, que los ríos y los mares se sequen; pero tu poder se estrella ante un grano de arena, porque no puedes arrancar de ese átomo que llaman *alma* el tallo que se llama *pensamiento*...

El huracán rugía siempre, ora con las formidables entonaciones del trueno, ora con silbidos estridentes que parecían las risotadas de los cíclopes.

Poco a poco las ideas del doctor fueron tomando un tinte más lúgubre. Una melancolía amarga, desesperante, se apoderó de él. En vano trató de sacudir el pesado velo que envolvía su alma procurando dormir.

El sueño huyó de sus párpados, así como la calma.

Al tratar de cerrar los ojos, el vértigo se apoderó de él; veía ante sí un abismo profundo, tenebroso, sembrado de fantasmas horribles y amenazadores que con el dedo le llamaban, y contra su voluntad se acercaban inclinando la cabeza.

Mas de pronto se erguía, y entonces la idea de la nada se apoderaba de su ser.

Cuando despuntó el día, el huracán se adormeció, pero la paz no volvió a su conturbado espíritu.

Sus luchas y pesadillas, sus ensueños y meditaciones le habían llevado progresivamente a la idea del suicidio.

Una vez en su cerebro esa idea, germinó dominando a las demás. Bajo el dominio de tal monomanía escribió la carta que conocemos.

Luego llamó a su sirviente.

—Que lleven enseguida esa carta adonde dice el sobre. Debe llegar a su destino dentro de dos horas.

Durante el resto del día arregló todos sus asuntos.

A la caída de la tarde tomó su escopeta, saliendo al campo.

Cuando llegó al sitio en donde había estado el día anterior con los dos hermanos, se sentó en el tronco del árbol en que se había sentado Jacobo, reflexionando aún antes de determinar. Mas se acercaba el momento fatal, y sentía vacilar su resolución.

—¿Me habré vuelto cobarde? —se decía—. ¿Me faltará, el valor para colocar la frente sobre el cañón de la escopeta?

Y se la acercó, en efecto; mas la impresión de frío que sintió a su contacto le hizo rechazar el arma.

—¡Vamos! —prosiguió—; los filósofos son unos imbéciles al pretender que el suicidio es una cobardía. ¡No, no lo es porque la muerte es el mayor, el único, el solo mal sin remedio! De la prisión se sale, como se deja de ser desgraciado. La guerra, las epidemias, las revoluciones de los hombres y de los elementos causan muchas víctimas; pero, si se tiene la suerte de salir sano y salvo, todo se olvida... De la tumba es de donde no se sale jamás... Sin embargo, cuando el hombre ve aniquilados todos sus proyectos, frustradas todas sus esperanzas, deshechas y evaporadas todas sus ilusiones, su corazón se llena de amargura, temiendo llegar a ser un objeto de repulsión y de odio, de mofa y de desprecio. ¿No es eso mil veces peor que morir? ¡Cuando uno muere, descansa!: *¡Beati mortui*, decía Lutero, *quia quiescant!* Nada nos atormenta cuando se descansa en el lecho de tierra; la tumba es el descanso, el olvido, la felicidad.

Tomó la escopeta, examinó el gatillo y observó si la cápsula estaba bien colocada.

—¡Vamos! —dijo—; ¡es preciso concluir!

Y se colocó el cañón en la boca.

Un rayo de sol, saliendo de la niebla, iluminó la frente del miserable.

El arma se le cayó de las manos.

—¡Qué bello es el Sol! —exclamó—. Cuando haya pasado el invierno, ¡qué hermosa estará esta selva!... ¡qué hermosas estas montañas! ¡Los insectos, los pajarillos, las flores, todo, todo se alegrará de vivir... y yo habría muerto!... ¡No!, ¡no será!

Y levantándose bruscamente recogió la escopeta, tomando apresuradamente el camino que conducía a la fortaleza.

—¡Tan pronto! —dijo la criada al verle.

El doctor subió a su cuarto sin contestar.

—Señor —dijo la criada, que subió detrás—. ¿Estáis enfermo?

—No; y si lo estuviera, como médico que soy procuraría aliviarme.

—Veo al señor triste y preocupado, y lo siento... en estos momentos más que nunca.

—¿Por qué ahora más que nunca?

—Porque mañana es el aniversario del señor, y como en Besançon lo hemos celebrado siempre...

El doctor dejó escapar un suspiro; aquella casualidad le hizo estremecer.

—Mañana cumpliré cuarenta y dos años... pero ¡ay!

—Estáis triste, porque vivís aquí completamente aislado —prosiguió la sirvienta—. Casaos, comed y bebed bien, y veréis qué pronto os encontraréis distinto.

Y mientras hablaba sirvió la cena.

El doctor, siguiendo el consejo de la buena mujer, cenó opíparamente, consiguiendo de ese modo alejar de su espíritu sus fúnebres pensamientos.

Nanette, que así se llamaba la sirvienta, logró hasta alegrar al doctor.

Llegó un momento en que el vaso en que bebía el médico se le escapó de la mano.

—¡Eh! —dijo la criada—. ¿A ese punto habéis llegado?

El señor Brochet, pálido como un difunto, señalaba la puerta.

—¡Han llamado! —dijo.

Nanette salió a abrir, y retrocedió al punto dando un grito de espanto.

—¡Gendarmes!, ¡gendarmes! —balbuceó.

El doctor subió a escape la escalera que conducía al primer piso, mientras entraban en el comedor los gendarmes.

Como la puerta de la escalera estaba abierta, el cabo, que era el mismo que condujo preso a *Coco*, no tardó en llegar a la estancia en donde estaba el doctor.

Éste, después de encender una luz, tomó de encima de la chimenea un frasquito que ocultó en el bolsillo del chaleco.

—No trataré de huir —dijo al cabo—; sólo os pido que me deis tiempo para escribir dos letras.

Otorgada la licencia, el señor Brochet escribió lo siguiente:

«Mi legatario universal tendrá que abonar a Nanette Pichon, mi criada, mientras viva, una renta anual de seiscientos francos».

Después de firmar, rogó al cabo se hiciera cargo del codicilo para entregarlo al presidente del Tribunal de Primera instancia.

—Ahora, señores, cuanto hay aquí está a vuestra disposición —añadió—; podéis comer y beber con toda tranquilidad.

—Aceptamos —contestó el cabo—, con la condición de que no trataréis de escaparos.

—No trataré de huir, y os lo probaré.

Al decir esto sacó con calma el frasquito que había deslizado en su bolsillo y bebió su contenido.

El efecto fue tan instantáneo, que los gendarmes no tuvieron tiempo siquiera para impedir la acción. El doctor cayó muerto.

El cabo recogió el frasco.

—Ácido prúsico —dijo—. Dentro de algunos minutos, ese desgraciado estará en estado de descomposición.

La criada, que lo había visto y oído todo, se desvaneció en la escalera.

El cabo la sacudió brutalmente.

—¡Vamos, señora! Estamos hambrientos y helados; ¡despertaos, caramba, y dadnos de cenar! Vuestro amo se ha portado bien... os deja una pequeña renta... y si queréis nos casaremos.

Capítulo XXXIV

La noticia de que Coco era el heredero universal del señor Leroux de Champcarré había llegado antes que el joven Freysolles.

Nadie varía como el populacho; así que el joven abandonado la víspera fue un semidiós cuando supieron que era millonario.

Se preguntaban si el heredero seguirla viviendo en la aldea o en Champcarré.

Los que debían dinero al difunto eran los que más deseosos estaban de saber noticias.

Todos los moradores de la aldea se devanaban los sesos inventando a su placer la entrada que haría a su regreso; quién decía que montado en un magnífico caballo árabe; quién que en un lujosísimo carruaje; muchos se disponían a llenarse los bolsillos de cohetes para echarlos a volar si llegaba de noche.

Todo el mundo quedó chasqueado.

Entró como había salido, es decir, sin ostentación de ninguna clase y sin hacer alarde de su nueva posición.

Muchos, al ver a Jacobo con *Coco*, vituperaron al profesor de esgrima, pues suponían que tan sólo el interés le guiaba, ignorando fuesen hermanos. Y cuando el alcalde y parte de los concejales salieron al encuentro del heredero del señor de Champcarré para darle la bienvenida, nadie saludó a Jacobo.

Este nada notó. Contra su costumbre, estaba pensativo y taciturno. Aquella recepción, que no esperaba, le molestaba en extremo.

—Me voy —dijo a su hermano—. Cuando vayas a casa del maestro de escuela, me incorporaré contigo al pasar.

Y desapareció, sin prestar atención al discurso del alcalde, que trataba de desplegar toda su elocuencia en explicar a *Coco* los deberes que le imponía su inmensa fortuna.

Francisco, cansado del tal recibimiento, tomó del brazo al tío Mathieu y trató de alejarse para volver a su casa; mas no contaba con su repentina popularidad, y en un segundo se vio rodeado de varios jóvenes que en hombros le llevaron hasta casa del anciano; allí le esperaba una nueva sorpresa, pues los músicos del pueblo le despidieron con sus instrumentos, y la mayor parte de los mozos con cohetes y tiros.

Durante más de una hora estacionaron los grupos delante de la casa de Mathieu. *Coco*, cansado de tanta ovación, y temeroso de que se repitiera si salía, resolvió quedarse en casa del aldeano.

Retirada en su pequeño aposento, Julia oyó los ecos del entusiasta recibimiento que hicieron al recién llegado, y lo sintió, porque despertaron a su hijo.

La maternidad, esa suprema revelación de la mujer, la había hecho sensata y

reflexiva.

Sentada en un vetusto sillón que solía servir de reposo a su padre, Julia amamantaba a su tierno hijo; pero ya no era la robusta y fresca muchacha que se había dejado seducir por la desenvoltura del profesor de esgrima.

Pálida, más delgada y esbelta, era más que linda, interesante; la expresión de su mirada, mitigada por las lágrimas, aparecía melancólica, y las líneas de su rostro, antes mudas y frías, estaban iluminadas por los rayos de la inteligencia.

Su padre, sombrío y pesaroso, se separaba rara vez del lado de su hija. Cuando Julia arreglaba la cuna y tomaba a su pequeño querubín en brazos, mirándole como miran las madres sus inocentes hijos, hasta hacerles sonreír de gozo, el abuelo lloraba.

Aquella escena, que tenía lugar repetidas veces durante el día y aun en el silencio de la noche, era tan tierna y triste a la vez, que un artista de mérito se hubiese inspirado en ella para su cuadro más célebre. Y cuando, llegada la noche, la luz vacilante de la lámpara alumbraba la reducida estancia, y el disco plateado de la Luna iluminaba la verja de hierro, y las hojas de los árboles, mecidos por la brisa, dibujaban sombras chinescas en las cortinas blancas caídas delante de la ventana, aquel contraste de la claridad y de las tinieblas hacía resaltar de tal modo la expresión de las fisonomías, que el corazón se oprimía dolorosamente al contemplarlas.

A eso de las siete de la noche, *Coco*, acompañado de su hermano y del tío Mathieu, entró en casa del maestro ole escuela.

—He aquí la reparación ofrecida —dijo el anciano al señor Galoppot—. Jacobo se casará con Julia en cuanto lo dispongáis.

El maestro se levantó.

—¡Gracias mil veces, Mathieu! ¡Me devolvéis el honor! ¡Dios os lo premiará!

Y tomando de la mano a Jacobo añadió:

—Joven, me habéis causado grandes pesares; pero el paso que hoy dais me hace olvidarlos. ¡Ven, hija mía!

Julia, con el rostro oculto entre las manos, sollozaba.

Coco se le acercó.

—Prima mía —dijo con voz trémula— mi hermano viene como leal a cumplir su palabra. Aquí tenéis su promesa escrita; no sabe que la tenía guardada. Tomadla, Julia; os pertenece.

Julia levantó maquinalmente la cabeza y miró con indiferencia el escrito: luego tomando el papel, lo acercó a una lamparilla y le prendió fuego.

—¿Qué haces? —exclamó su padre.

La joven se acercó a la cuna y, poniendo la mano sobre la cabeza del ángel dormido, exclamó con acento triste y digno:

—¡Mi hijo será mi todo!

El rayo cayendo a los pies de Galoppot no le hubiera dejado más asombrado.

Abrió la boca para increpar a su hija, pero Mathieu le detuvo.

Coco, dirigiéndose de nuevo a la joven, le dijo:

—Es indiscutible que mi hermano os ha ofendido, querida prima. Extraviado un momento, reconoce su error, y creo no tendréis queja del marido como la habéis tenido del prometido.

—No me quejo, primo. La culpa ha sido mía... yo sola sufriré las consecuencias. La reparación viene tarde.

—¿Tarde?

—Jamás olvidaré la noche fatal en que nació mi hijo. ¡Cuánto frío hacía! ¡Oh, Jacobo! ¡No os he amado nunca como me siento capaz de hacerlo ahora! Era ingenua, ignorante. Os amaba con la vaga curiosidad de una joven al marido que conoce apenas. Os hubiera quizás consagrado, más adelante, esa abnegación que comprendo necesaria en el matrimonio... pero vuestra conducta de aquella noche borró para siempre vuestro recuerdo en mi corazón.

Y añadió por lo bajo:

—Lo reemplazó otro recuerdo mis dulce.

El militar, apoyado en el dintel de la puerta, se puso lívido pero no contestó.

Coco dijo:

—Al casaros con mi hermano, Julia, alejaréis de vos la deshonra, y no podréis temer que vuestro hijo sea señalado algún día con el dedo. La ilegitimidad es la mancha de aceite que más se extiende cuanto más va creciendo el inocente ser concebido bajo su siniestro influjo... Pensad en eso, Julia, y reflexionad.

—La mancha se extenderá sobre la madre, nunca sobre el hijo —replicó la hija del maestro de escuela con un ademán majestuoso.

Coco, vivamente impresionado, pero tranquilo, repuso:

—Bajo otro punto de vista, casada con mi hermano, podréis satisfacer todos vuestros deseos, todos vuestros caprichos... y educaréis espléndidamente a vuestro hijo... porque Jacobo es millonario.

El maestro le miró asombrado. Todos sus sueños de ambición se despertaron, más intensos, más brillantes, más profundos.

—¿Millonario?

—Sí —respondió Coco—, porque para los dos es la fortuna del señor de Champarré, nuestro padre.

—¡Millonario! —repetía el maestro de escuela fascinado.

Julia se acercó de nuevo a la cuna de su hijo y, extendiendo sobre él las manos, exclamó con firmeza:

—Aun cuando todos los tesoros de Creso fuesen suyos, jamás consentiría en ser su esposa. ¡Así lo he resuelto!

El maestro quedó anonadado.

Un profundo silencio siguió a las últimas palabras de la joven. Jacobo le interrumpió diciendo:

—Está bien, Julia. No he sabido apreciaros, y os vengáis... Estáis en vuestro

derecho. Comprendo que no soy digno de vuestro cariño, y por lo tanto me retiro; pero antes quiero cumplir un acto de justicia. El doctor Broche me ha dejado toda su fortuna... no la quiero. Se la doy a mi hijo.

Nuevo silencio acogió las palabras del profesor de esgrima.

—Ahora, dejadme abrazar a mi hijo —repuso—; será la primera vez, y tal vez la última.

Y acercándose a la cuna, besó la frente del niño, que despertó llorando:

—¡Llora! —dijo Jacobo apesadumbrado—. Mi primera caricia le hace verter lágrimas... ¡ay de mí!

Y con paso vacilante salió de la habitación, acompañado del tío Mathieu.

El maestro de escuela, sentado, miraba con fijeza un ángulo de la estancia.

Coco le puso la mano en el hombro.

—¿Recordáis lo que os ofreció el tío Mathieu? —dijo.

El maestro se estremeció.

—¡Me ofreció un padre para mi nieto! —contestó.

—¡Pues bien, ese padre seré yo!

Y acercándose a Julia, le tomó una mano diciéndole:

—Sé que sois pura, a pesar de vuestra falta, Julia, y os amo tanto como antes; tal vez más aún, porque habéis sufrido mucho, y la desgracia que os ha aniquilado es una garantía para el porvenir; necesitáis de un grande y constante afecto para olvidar y revivir con la frente erguida. Vengo a ofreceros un apoyo leal y desinteresado. — Julia, ¿consentís en ser mi esposa?

Julia sollozaba.

—He dejado de ser digna de vos —murmuró.

—En esa causa soy el solo juez, prima mía, y no quiero que se vuelva a hablar de un asunto que tantas lágrimas os ha hecho y hace derramar.

—¡Ay!, ¿cómo impedirlo?

—Vuestro hijo es ya sobrino mío... nuestra unión le hará mi hijo. Julia, por segunda vez os pregunto: ¿queréis ser mi esposa?

Julia abrazó a Coco.

—¡Desde aquella noche fatal os amo!... Francisco, yo sola os vi coger el niño de encima de la ventana, salvándole así la vida. Sois grande y noble, y pasaré la vida arrodillada a vuestros pies para probaros mi gratitud.

—Ya veis Julia, que el niño es mío.

—¡Oh, sí!... ¡al salvarle la vida le habéis hecho hijo vuestro!

Al día siguiente, Jacobo, preparado como para un largo viaje, se presentó a su hermano.

—Me marcho —dijo.

—¿Dónde? —preguntó Francisco.

—No lo sé... Todo derecho... adelante... Si quieres darme algo, dámelo... Me haría falta algo de dinero...

—Contraté con un banquero en Besançon un préstamo de cien mil francos. Te daré cincuenta mil.

—Es demasiado.

—¿Cómo?

—¡Sí! Voy a comenzar una nueva vida. Éste es el acta por el cual doy a mi hijo todo lo que me corresponde de M. Brochet. Sólo quiero diez mil francos para instalarme en cualquier ciudad, y trabajar...

—¿Qué pretendes hacer?

—Cambiar de nombre en primer lugar, luego dar clases de esgrima para ganarme la vida.

—¿Procurarás enviarme tu dirección?

—Te escribiré todos los años.

El *Barraquero* insistió en que su hermano debería quedarse con él al menos unos días, pero Bertrand fue inflexible. Con sus diez mil francos se fue el mismo día, a pie, con la bolsa a la espalda, tal como había llegado, hacía unos meses.

Le volveremos a ver de nuevo algún día.

Capítulo XXXV

Han pasado seis meses.

El nuevo castellano dueño de Champcarré se había casado con su prima, y el cielo bendijo esta unión al otorgar salud y alegría a ambos cónyuges.

Ya el sombrío castillo del difunto M. Leroux había cambiado por completo. Fue reconstruido de nuevo, no en las proporciones grandiosas y pintorescas que hacen las delicias de los artistas, sino en el estilo severo y elegante de la comodidad moderna.

Era una casa alegre como una granja y espaciosa como un palacio.

A un tiro de fusil del castillo, en el plano inclinado de los campos de Freysolles, los trabajadores estaban trabajando en otro edificio que debía ser destinado a un asilo de ancianos.

Francisco de Champcarré deseaba que, en toda la extensión de sus dominios, los antiguos trabajadores encontraran un retiro seguro y pacífico después de treinta o cuarenta años de vida de trabajo duro.

Él fue quien había diseñado el plan para el hospital y había elaborado el reglamento.

Las sencillas costumbres de su esposa no habían cambiado. Ella misma crió a su hijo y se ocupó de todos los detalles de la casa con la ayuda de su madre, a quien el *Barraquero* había elevado a la dignidad de ama de llaves.

Pero el ser más feliz de esta pequeña colonia agrícola era el viejo maestro. Se había apresurado a presentar su dimisión en cuanto se casó Julia. A veces hacía un viaje a Besançon, para hacer ejercicio y conocer alguna nuevas noticias.

Cuando volvía, traía suficiente cantidad de historias para abastecer durante varios días a los habitantes de Freysolles. La estrella de M. Grisey empezaba a palidecer ante la del maestro de escuela. Huelga decir que había reanudado su vieja dicción, toda erizada de imperfectos de subjuntivo.

Huésped asiduo del señor Grisey, pasaba la vida yendo de casa en casa, contando cuentos y chascarrillos que dejaban muy atrás a los del estanquero. Esos viajes a Besançon, que le costaban el dinero a su yerno, pues al señor Galoppot le dio la manía de coleccionar gramáticas, llegando a reunir siete u ocho ediciones de cuantas se conocían.

Con el pretexto de componer una biblioteca instructiva y moral, M. Galoppot había reunido, a un gran costo, todas las gramáticas francesas desde las de Arnaud Nicole y Lancelot, Régnier-Desmarais, Buffier, l'abbé Dangeau, l'abbé Girard, d'Olivet, Duclos, Dumarsais, Condillac, de Brosses, Beauzée, Destutt de Tracy, de Sacy, hasta aquellas de Lamare, Demarle, Girault-Duvivier, Burnouf, Dutrez, Lhomond, etc.

Todas estas satisfacciones le habían hecho engordar de una manera fenomenal.

Coco trabajaba en aumentar cuanto podía el bienestar de las dos aldeas donde radicaban sus dominios.

Entregó veinte mil francos al alcalde de Freysolles para mejoras de utilidad pública, fuentes, acequias y regueras; se hizo nuevo el puente del Mortard; los caminos vecinales se cubrieron de grava y se abrieron nuevas carreteras.

Todos decían que dentro de unos cuantos años las aldeas de Freysolles y Champcarré serían las más hermosas, como ya eran las más fértiles, del Franco Condado.

El nuevo dueño se encontraba tanto más dispuesto a favorecerlas, cuanto que, habiendo muerto el alcalde, había sido nombrado, casi contra su voluntad, para sucederle el tío Mathieu.

El anciano, a quien el cargo disgustaba, lo había aceptado sólo por complacer a Coco, y la comarca estaba perfectamente regida.

En cuanto llegaba la noche, Mathieu se dirigía a Champcarré. Las veladas eran tan amenas, que rara vez el recuerdo del pasado se interponía para turbarlas.

Coco, a pesar de su gran fortuna, tenía pocas visitas, y, para estar más a su gusto en familia, había fijado ciertos días para recibirlas.

Cierta noche, al entrar Mathieu, Coco vio dibujada en sus labios una sonrisa que no le era habitual.

—¿Qué hay de nuevo? —le preguntó.

El aldeano, después de sentarse, contestó:

—¡Un hecho muy curioso!

—Decid, pues.

—Todos sabéis que Diodot Maillard es tan roñoso, que desollaría una pulga para aprovechar el cuero... Pero no debemos criticar a los muertos.

—Pues qué, ¿ha muerto?

—Hará unas dos horas... Escuchad.

Todos se acercaron a Mathieu.

«—Vuestro padre, Francisco —prosiguió el anciano—, era muy sagaz.

»Al dejar al difunto Maillard una renta de mil doscientos francos al año para que cuidara de su caballo, sabía perfectamente lo que resultaría, y debe reírse en su sepultura al ver que no se equivocó.

»Cuando le pusieron en posesión del legado, le faltó poco para morir de alegría; le llevaron el caballo. Éste era un animal de diez años, y que, bien cuidado, podía llegar los treinta. A la primera ojeada, Diodot lo comprendió, y tal cariño le tomó, que no consentía que ninguno de sus sobrinos lo montase para llevarlo a beber. Le arregló una cama de medio metro de altura. El caballo se tiró con

gusto sobre la paja. Pero necesitaba mantenerle.

»Fue de casa en casa, y, bajo pretexto de que no había podido aún proveerse de lo necesario, se hizo con pienso para un mes. Es preciso confesar que, durante ese mes, el caballo estuvo perfectamente mantenido. Maillard le llevaba todas las tardes a paseo por los prados, con el pretexto de que el animal no se lastimaría así los cascos, pero en realidad para que comiera heno fresco.

»Al cabo del primer mes, el caballo estaba casi tan rechoncho como nuestro amigo Galoppot. Al cabo del mes, Diodot recibió la renta; mas, como ya nadie le quería dar pienso gratis, tuvo que comprarlo. Mantuvo, sin embargo, bien al caballo; pero le sabía mal gastar parte de la renta en ello, y en consecuencia le ocurrió una idea peregrina.

»—Si el caballo trabaja algo —se dijo—, no le vendría mal; además, la falta de ejercicio puede serle perjudicial; y como el momento de las labores llega, podría ganar algo con él.

»Así pensando, Diodot empezó a hacer trabajar al caballo, hasta el punto de dejarle apenas algunas horas de descanso. Cuando hubo poco que hacer, le acertó el pienso; el caballo, cansado y mal mantenido, empezó a desmejorarse.

»—Es porque estamos en verano —se decía el tacaño—; yo siempre adelgazo en verano.

»Llegó un momento en que los vecinos no vieron ya salir al caballo, y Diodot estaba pálido, desencajado.

»—¿Ya no hacéis viajes? —le preguntaron.

»—No —contestó el ruin—. Le dejo descansar.

»Pero notaron que Diodot ya no compraba pienso, y además, al pasar por delante de su casa, se percibía un olor tan fétido como el que exhalara un pudridero. No sabían a qué atribuir ese olor. En fin, el veterinario encargado de dar la certificación de vida del animal, se presentó. Diodot procuró no enseñar el caballo; mas aquél, que estaba al tanto de lo que ocurría, por referencia de los vecinos, insistió en verle, y lo vio, en efecto, con la cabeza sobre el pesebre, pero inmóvil.

»El veterinario quiso acercarse, pero tuvo que retroceder más que paso, tapándose las narices, pues el hedor del caballo era insufrible. ¡Horror! ¡El animal estaba muerto hacía cerca de un mes! Diodot lo había puesto de tal modo con tablas y estacas, que conservaba la posición de cuando estaba vivo. El veterinario dio cuenta del hecho, y ayer llegó la orden de devolución al fondo de la

herencia de la renta señalada a Diodot.

»—¡La pérdida de esa renta le ha quitado la vida!... Hace pocas horas que uno de su familia fue a verle, y lo encontró muerto en medio de un río de oro. Había en el suelo más de cuarenta mil francos, y el cuerpo del avaro estaba tendido boca abajo, encima de todo... Tales hechos deberían hacerse extensamente públicos, para que sirvieran de escarmiento a los avaros sin corazón. Desearía, querido Francisco, que desde su más tierna infancia les inculcárais a vuestros hijos sentimientos generosos y caritativos, para que, a ejemplo de su padre, fueran seres útiles a sus semejantes y su patria.

FIN



XAVIER HENRI AUMON PERRIN, conde de Montépin, nacido en Apremont (Alto Saona) el 18 de marzo 1823 y muerto en París el 30 de abril de 1902, fue un popular novelista francés.

Autor de folletines y de dramas populares, se hizo popular con los folletines. Es el autor de uno de los más vendidos del siglo XIX, *La Porteuse de pain*, publicado de 1884 a 1889, que fue adaptado sucesivamente al teatro, al cine y a la televisión.

Le Médecin des pauvres, publicado de enero a mayo de 1861 en el periódico ilustrado *Les Veillées parisiennes*, fue un plagio de una novela histórica de Louis Jousserandot, un abogado republicano. Jousserandot y Montepin se enfrentaron en un proceso que tuvo lugar en enero de 1863, en el que ambos fueron condenados a las costas.

Les Filles de plâtre, publicado en 1855, fue también un escándalo y le valió a Montépin una condena a tres meses de encarcelamiento y 500 francos de multa en 1856.